PRISCILA SERRANO

Tan sólo un DESTINO



Tan sólo un destino

PRISCILA SERRANO



Primera edición digital: marzo de 2024
Título Original: Tan sólo un destino
©Priscila Serrano 2024
©Editorial Romantic Ediciones, 2024
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-19545-77-0

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

INTRODUCCIÓN

AÑOS ATRÁS

La veo en mis sueños y amaneceres, siento que la pierdo. Mia se irá, me dejará para siempre. ¿Qué hago ahora con todo lo que siento? Mi corazón está comprimido, no puedo respirar y mucho menos después de la amarga despedida. A mis dieciséis años me siento perdido, enamorado de alguien que no es para mí. Mia tiene su vida, una vida en la que yo no entro.

Posiblemente piensen que soy demasiado joven para sentirme así, pero el amor que siento por ella desde que la vi por primera vez a los ocho años, se ha ido haciendo más fuerte con el paso del tiempo. Fue en Londres, viajé con mi madre y su esposo Henry, Mia es su sobrina. Cuando entré en aquella habitación en color pastel en la que había, al menos, veinte peluches de todos los colores. No se percató de mi presencia hasta que casi me caigo al entrar, tropezando con la silla del escritorio. Mia levantó la cabeza y sus ojos azules como el mar, se cruzaron con los míos. Justo, en ese momento, mi corazón dejó de latir hasta que ella dijo: «¡Hola!». Ahí desperté del mejor sueño que había tenido, despierto.

Se acercó a mí y cogió mi mano como si me conociera de toda la vida. Fue entonces cuando comenzó nuestra historia y es ahora, después de tres años, cuando acaba con todo lo que teníamos y no entiendo el porqué.

Ahora, con el corazón roto, en lo único que puedo pensar es en mi propia vida. Quiero estudiar, labrarme un futuro. Me siento en la obligación de, por primera vez, pensar en mí y lo que quiero. Estudiar medicina es mi primera opción, salvar vidas… sin darme cuenta de que la mía no tiene salida después de este revés.

Un día pensé que Mia y yo seríamos felices toda la vida y ella acabó con todo, decidió romper con todo esto sin mirar el daño que me estaba causando, solo con el propósito de tener todo lo que siempre soñó y que, no tendrá a mi lado.

Puedo obligarme a mí mismo, a no pensarla, a no soñarla, incluso a odiarla, pero sería más doloroso que recordarla como la que fue, es y será, la chica de la que me enamoré, la que no olvidaré. Mi destino…

CAPÍTULO 1

AÑOS DESPUÉS

Acababa de terminar el bachillerato y tenía que prepararme para mi graduación, estaba muy emocionado pues después de esta etapa, tocaba la más dura, estudiar en la universidad. Mi primera opción era medicina, quería salvar vidas desde que mi padre falleció en un momento delicado de nuestras existencias. No me había criado con él, pero saber que era mi padre hacía que sufriera por él. Por eso y mucho más, quería dedicar mi vida en salvar la de otros.

—¡Mamá, vamos, llegamos tarde! —grité desde el piso de abajo.

Mi madre era muy puntual, pero cuando se trataba de arreglarse, podría tardar horas. Menos mal que pensaba en nosotros y comenzaba temprano. Mientras seguía esperándolo, mi hermana pequeña, Alba, corrió hasta mí.

Alba era la viva imagen de nuestra madre, incluso podría decir que sacó hasta su carácter, con once años se metía en todo. Cómo no, nada más llegar, me soltó una de sus ocurrencias.

—Sami, estás muy guapo, hoy seguro que te echas novia. —Tuve que reírme al escuchar eso, pues ella sabía que yo ya tenía novia.

—Ya tengo novia, Alba, ya lo sabes —respondí sin parar de reír y ella arrugó la frente.

—Sí, pero Mell no me cae bien. Ya lo sabes —me imitó.

En ese momento mi hermosa madre bajaba las escaleras con Henry; él era prácticamente mi padre, así se portaba y así le llamaba, aunque no lo fuera. Me cuidó desde que comenzó la relación con mi madre. Así que no podría negarle como tal.

—¡Hijo, qué guapo! —Mi madre comenzó a llorar como una magdalena—. A la mierda el maquillaje —susurró y la abracé.

—Mamá, no llores.

—Campeón, estamos muy orgullosos de ti —dijo mi padre, dándome un fuerte abrazo.

—Gracias, papá. —Me apretó. Le gustaba que le dijera papá, eso hacía que se sintiera mucho más orgulloso del hombre en que me había convertido.

Salimos de la casa y nos dirigimos al coche. Debíamos llegar pronto al instituto. Nos pusimos en marcha y cómo no, en nuestro coche no podía faltar la música y mucho menos mi hermana cantando, lo hacía demasiado bien y a todos nos encantaba escucharla.

De camino, me llegó un WhatsApp de mi novia Melissa; llevábamos juntos dos años y me hacía la vida más fácil, incluso podría decir que feliz o eso esperaba conseguir ella, aunque yo aún tuviera el corazón baneado.

> «Sami, ¿cuándo vienes? Te estoy esperando».
> «Ya estoy llegando, en diez minutos estoy ahí».

Después de leer los mensajes me desconecté, pues estábamos a punto de llegar. Cuando llegamos, diez minutos más tarde, mi padre aparcó y salimos para encaminarnos al interior del centro. Miré a mi alrededor, chicas y chicos de dieciocho y diecinueve años estaban vestidos con sus mejores galas, la graduación era motivo de fiesta, era cambiar tu vida de adolescente para

convertirnos en adultos y salir del nido.

Al fondo, casi llegando al escenario, se encontraba mi mejor amigo junto a Melissa, estos dos al ver que ya había llegado vinieron directos a mí.

—¡Uf, Sam, estás guapísimo! —dijo Mell colgándose de mi cuello para besarme. La apreté a mi cuerpo y respondí a su beso con dulzura.

Desde que comencé con ella intentaba que mi mente se quedara en blanco para no pensar en nada, ni mucho menos en nadie más que en ella. A veces me costaba, sentía que no la besaba a ella e incluso que no hacía el amor con ella, pero poco a poco, mi cabeza dejaba de jugarme malas pasadas. No sabía si era porque ya la había olvidado del todo o si me enamoré de Mell; era una chica muy hermosa, tanto, que a veces me sentía abrumado. Sus ojos color miel eran enigmáticos, hacía que me perdiera en ellos.

Éramos amigos desde adolescentes, ella siempre estuvo enamorada de mí, así me lo confesó el día que comenzamos a salir. Quería amarla como merecía. Únicamente no sabía si lo conseguiría.

—Vale, estoy aquí, ¿podéis parar? —preguntó Jonathan poniendo cara de asco. Nos separamos y me acerqué a mi mejor amigo.

—Vale, tú también estás muy guapo, Jony —respondí burlándome de él.

Nos fuimos hasta nuestros asientos y miré hacia atrás para ver dónde se encontraba mi familia; los vi cuatro sillas más atrás y les sonreí, dándome cuenta de que mi madre estaba a lágrima viva. Pobre mujer, todo el tiempo que gastó en maquillarse y ahora lo borraba todo así. Me reí y le tiré un beso para que se relajara.

El director del centro subió hasta el escenario para dar comienzo a la graduación, con su gran discurso de más de media hora. No me equivoqué, ya que había pasado el tiempo, y el director seguía ahí parado hablando de todo el curso entero, sobre todo de las trastadas que cometíamos los alumnos. Mi nombre salió de su boca como en tres ocasiones y me reí al sentir su mirada puesta en mí.

—Qué pesado es, por Dios —habló Jon haciéndonos reír.

El director nos fulminó con la mirada y nos callamos. Él asintió y terminó el discurso. Ahora comenzarían a llamar a los alumnos por orden alfabético para que subiéramos hasta el escenario a recoger los diplomas.

Diez alumnos después dijeron mi nombre y me levanté de mi silla con una gran sonrisa. Estaba contento por cómo había terminado el año.

Cuando subí, la tutora me hizo decir unas palabras ya que me había graduado con matrícula de honor. Era el que más nota tenía, así que me eligió, detalle que no me gustó demasiado, pero que no podía rechazar.

—Buenas tardes a todos —carraspeé nervioso—. Perdonadme, pero no soy mucho de hablar en público. No sé qué decir en este momento… —Crucé mis manos y volví a bajarlas, pegando los puños a cada lado de mi cuerpo—. Por fin terminamos este año, donde ha estado lleno de muchas cosas, sobre todo de exámenes. —Rieron todos al oír eso—. Pero todo no ha sido malo, hemos pasado por momentos muy buenos. Hemos conocido a nuevos alumnos, unos se han ido y otros han vuelto. Creo que es lo mejor que nos llevamos de aquí, una amistad de años. Podría acabar mi discurso ya, pero no quiero hacerlo sin dar las gracias a todos y cada uno de los profesores de este centro. Nos habéis aguantado durante demasiado tiempo y eso… es algo muy fuerte. —Hice una pausa y después de sonreír, me puse un poco más serio—. Gracias por todo, por enseñarnos que la vida no es de color de rosa y que, sin estudios, no llegas a nada. Claro…,

que también nos hacía falta motivación y siempre nos lo habéis dado.

Cuando concluyó mi discurso, mi madre se levantó eufórica y comenzó a apLidiadir como una auténtica posesa. La gente la miraba, pero ella ni corta ni perezosa gritó:

—¡Es mi hijo! —Todos rieron, bajé corriendo del escenario para ir hasta ella.

Cuando llegué, la abracé fuerte. Algunas lágrimas tontas salieron de mis ojos y ella me las secó con cariño. Para mí, lo era todo; la que me enseñó a caminar, a hablar. La que me enseñó a vivir y todo lo hizo sola. Por eso era mi guerrera, la amaba muchísimo.

—Te quiero, mamá…

—Y yo a ti, mi niño. —Le sonreí y besé su mejilla. Luego me acerqué a mi hermana y la besé. Por último, me acerqué a mi padre y le di un abrazo.

Era feliz con la familia que tenía, no la cambiaba por nada en el mundo.

—Te quiero, papá.

—Yo también, campeón, muchísimo, y me siento muy orgulloso de ti.

Emocionado, me separé de ellos y volví a mi lugar donde, al sentarme, besé a Mell en los labios.

Media hora después, el acto terminó. No iríamos a cenar y luego a mi playa, como todos decían, para la fiesta que teníamos preparada. Mis padres y hermana irían a casa de mi madrina Olga para dejarnos intimidad y poder disfrutar de la fiesta sin interrupciones.

Cenamos con todos los padres en uno de los hoteles de mi padre. Todos al principio querían hacer la fiesta allí mismo, pero luego decidieron la playa. Decían que era mía porque mi casa está en primera línea, entonces es como si fuera mía.

Sobre las doce de la noche, ya estábamos con las antorchas encendidas por todos lados. La música se escuchaba en todo el lugar y el alcohol inundaba cada rincón. Bailaban, bebían e incluso ya había algunos teniendo sexo en las rocas o manoseándose. ¿Qué más? Era una fiesta de jóvenes.

Yo estaba sentado en la arena al lado de mi amigo con unas cervezas en la mano. Era nuestro momento y nos relajamos.

—¿Has visto al estúpido de Carlos? —preguntó Jon y lo miré con el ceño fruncido o, más bien, cabreado.

—Sí, lo vi hace un rato. ¿Quién lo invitó? —escupí.

Carlos era un grano en el culo, no me dejaba en paz y menos desde que Mell y yo estamos juntos. Ella era su novia y lo dejó por mí. Eso fue algo que el muy capullo no soportó, pero no se daba cuenta que no era mi culpa. Ella ya no quería estar con él, yo no la obligué a salir conmigo.

—Oye… ¿Dónde está Mell? —se interesó Jon, mirando hacia ambos lados.

—No sé, hace un rato me dijo que iba al baño y me pidió las llaves de la casa. Iré a buscarla, tal y como iba se habrá quedado dormida abrazada a la taza del inodoro. —Soltamos una carcajada y me levanté para buscar a mi novia.

Caminé entre los jóvenes tardando más de la cuenta, pues a cada paso que daba me paraba algún amigo para ofrecerme una cerveza o alguna chica para ofrecerme sexo del bueno. Sí, eso me dijo una tal… ¿Ana? No, Amanda. Sí, ella. Le di esquinazo y salí corriendo del centro de la fiesta.

«¿Por qué no se valoran?», me dije.

Unos minutos después, llegué hasta la puerta de mi casa y esta estaba abierta. Iba a matar a Mell por dejarla así, podría entrar cualquiera. Fui hasta la cocina para beber agua, tenía la garganta seca. Hacía mucho rato que había dejado de beber, ya me sentía mareado. Justo cuando

dejaba el vaso en la encimera, escuché unas risas en el piso superior y juraría que era Mell que estaba con alguien.

Subí las escaleras de dos en dos y a cada paso, las risas se escuchaban más fuertes. Hasta que me di cuenta de que provenían de mi habitación. Abrí la puerta y mis ojos se abrieron como platos, no lo podía creer. Efectivamente mi novia no estaba sola, se encontraba a horcajadas sobre Carlos, follando en mi propia cama. Pegué un portazo para abrir la puerta de par en par y que así se dieran cuenta de que los había pillado.

—Sam… —susurró Mell asombrada.

—¡Eres una puta mentirosa! —grité con la cara desencajada.

—Cálmate, Jones —soltó Carlos diciendo mi apellido.

—¿Que me calme? ¡Sal ahora mismo de mi casa, cabrón, y llévate a esta puta contigo! —Estaba fuera de mí, mi voz sonaba temblorosa y era por retener lo que estaba sintiendo.

Me sentía humillado, engañado de nuevo y no le iba a perdonar la mentira. ¿Cómo fue capaz de engañarme con ese hijo de puta? Y peor aún, ¿cómo pudo hacerlo en mi propia casa, en mi cama?

—Sami, por favor… —lloriqueó Mell.

—¡No me llames Sami! No, mejor aún, no vuelvas a llamarme, esto se ha terminado, olvídate de mí.

—¡Tío, no la trates así! —seguía sin cerrar la boca.

Escucharlo de nuevo hizo que terminara de cabrearme y me abalancé sobre él para darle su merecido. Le di un puñetazo que le partió la nariz y provocó que cayera al suelo de espaldas.

—La trato como se merece. ¡Marchaos de una puta vez de aquí!

Cuando conseguí que se marcharan, me senté en el suelo y recordé el día que Mell me juró que no sería como ella, que me haría olvidarla. Otra que no cumplía su palabra y eso hacía darme cuenta de que era imposible, ninguna me haría olvidarla. Nunca olvidaría a Mia. Me abracé a mis piernas, agotado por tantos recuerdos que me invadían, lo único que podía hacer era llorar y emborracharme. Sí, eso haría, perdería la conciencia con el alcohol. Me levanté y salí de mi casa con la cabeza gacha, la mirada ensangrentada y lleno de odio.

CAPÍTULO 2

Cuando llegué hasta Jon me senté a su lado de nuevo, sin mirarlo. Pero mi amigo me conocía demasiado.

—Sam, ¿qué ha pasado? He visto salir a Carlos de tu casa con la nariz llena de sangre y a Mell echa un mar de lágrimas —preguntó preocupado.

—Estaban follando en mi cama. ¿Te lo puedes creer? —Abrió los ojos lleno de sorpresa—. Dame una cerveza —exigí.

—No creo que debas beber en ese estado —me recriminó preocupado.

—Joder, Jon, ¡dame una maldita cerveza! —grité cabreado.

Este me tendió la cerveza y me la bebí de un solo trago. Luego cogí otra y otra y así pasé lo que quedó de noche, bebiendo como nunca en mi vida. Lo peor de todo es que me había dado cuenta de que no bebía por el engaño de mi novia, sino porque sabía que no iba a olvidar jamás a Mia y eso me dolió mucho más que unos cuernos.

A las cinco de la madrugada ya no me tenía en pie y decía cosas sin sentido. Jon no volvió a beber para cuidar de que no me metiera en problemas. Sentí cómo me cogía y me arrastraba hasta mi casa. Yo era demasiado alto y fornido y no podía conmigo. Hubo un momento en el que intenté seguir yo, pero el mareo que tenía era demasiado grande y tuve que agarrarme a mi amigo para no caerme. Unos minutos después llegamos hasta mi habitación y mi amigo me tumbó en la cama para que durmiera la mona. Sinceramente estaba borracho, pero no lo suficiente para no darme cuenta de todo lo que estaba haciendo mi mejor amigo.

Jon se fue al cuarto de invitados donde ya se había quedado miles de veces, parecía más su propia habitación, que de invitados.

Por la mañana la luz se coló por las persianas llegando hasta mis ojos, jodiéndome así el sueño. Me levanté con un terrible dolor de cabeza, sentía que me iba a estallar en cualquier momento. Sin contar que todo me daba vueltas y tuve que salir corriendo al baño para echar hasta la primera papilla que mi madre me dio.

«No volveré a beber», me dije levantándome del suelo. ¡Ja! Eso no me lo creía ni yo.

Arrastrando los pies me fui acercando a la ducha y me metí en su interior. Abrí el grifo y puse el agua fría, sería mejor para despertarme y poder recordar la mayor mierda de fiesta de graduación de la historia, al menos para mí.

Estuve bajo el agua un buen rato y me vino a la cabeza todo lo que pasó anoche y maldije mil veces a Mell por traicionarme, y a Carlos por hijo de puta, porque no tenía otro nombre. Salí de la ducha y me puse unos pantalones deportivos y una camiseta de tirantes. Minutos después, salí de mi habitación y bajé a la cocina para preparar zumo de naranja para la resaca. Mientras seguía preparando el desayuno, llegó Jon asustándome.

—¿Vitaminas por un tubo para la resaca? —preguntó riéndose.

—Sí —respondí cortante, seguía muy enfadado.

—Está bien…

—Lo siento, tú no tienes la culpa y no debería hablarte así —me disculpé.

Jon asintió, se acercó a mí y me dio una palmada en el hombro. Si con solo ese gesto me

sintiera mejor, sería todo más fácil, pero no, nada cambiaría lo mierda que me sentía en este momento.

—Ahora me lo vas a contar todo —dijo, pero fue más una exigencia que otra cosa.

¿Qué podría decirle que no supiera ya? Lo único que pasó fue que me di cuenta del error tan grande que cometí al confiar en Mell. Y más saber que Mia, jamás saldría de mi cabeza, mucho menos de mi corazón. ¿Será que se quedará para siempre en mi vida? Tenía que olvidarme de ella de una maldita vez.

—Es lo que te conté anoche —bufé cabreado mirándolo—. Únicamente me di cuenta de que no podré olvidar a Mia con ninguna, ni siquiera viendo unos cuernos. En ella fue en la primera que pensé al ver a Mell con Carlos.

Después de desayunar, decidimos ir a la playa a bañarnos. El día había amanecido demasiado soleado y hacía un calor de mil demonios, así que haríamos tiempo hasta que llegaran mis padres y hermana. Antes de salir de casa la limpiamos un poco, no había mucho que recoger, solamente lo que desordenamos ayer. Cogimos un par de toallas y nos encaminamos a la playa. De camino, mi móvil comenzó a sonar, pero al ver quién era, colgué. No estaba para escuchar gilipolleces tan temprano.

—¿No lo coges? —se interesó mi amigo.

—No —mi voz sonó brusca y Jon no se merecía que lo tratara así—. Lo siento…

Seguimos nuestro camino, Jon no me quitaba la mirada de encima. Mi móvil volvió a sonar y no, de verdad que no quería responder. Volví a sacarlo del bolsillo de mi pantalón y Jon me lo quitó de las manos, descolgó y puso el altavoz.

—¿Qué quieres, Mell? —habló él.

—Jon, ¿dónde está Sam?

—No está, ¿qué quieres? —Mell bufó desesperada.

—¡Joder, Jon, pásame a Sam! —Antes de que Jon le contestara hablé yo.

—¿Qué quieres, Melissa? —pregunté de mala manera.

—¿Ya no soy Mell?

—¡Al grano, no tengo todo el día!

—Quiero verte, tenemos que hablar.

—Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar, así que dale el coñazo a Carlos y a mí, olvídame. —Y con esa última aclaración, le colgué el teléfono.

Metí el móvil en mi bolsillo de nuevo como si nada hubiera pasado, para qué amargarme por alguien que no quería y nunca quise. Cuando llegamos, colocamos las toallas en la arena y me metí directamente en el agua. Al salir, Jon me esperaba con dos cervezas y puse cara de asco, pero me la bebí igualmente. Mi móvil volvió a sonar y terminé apagándolo, si no, lo estrellaría y el móvil no tenía la culpa. Después de ese último suceso, ambos cogimos las cervezas para brindar.

—¡Brindo por el cambio! —exclamó Jon y chocamos las botellas.

Los dos íbamos a estudiar lo mismo, pero diferentes ramas. Esta semana teníamos el examen de selectividad, llevábamos tres meses estudiando para poder sacar la nota que nos hacía falta para la carrera de medicina, aunque yo en realidad quería salir de aquí, quería ver mundo y probablemente sería lo que haría. Jon me dijo que vendría conmigo donde yo me fuera.

Pasaron las horas y encendí el móvil. No podía tenerlo apagado tanto tiempo. Me di cuenta de que tenía treinta llamadas perdidas, veinte de Mell y diez de mi madre, fruncí el ceño. Mi madre nunca me llamaba a no ser que fuera algo importante. Me levanté de la arena preocupado,

marqué el número de mi madre y me lo cogió enseguida.

—Sam, ya era hora, hijo. ¿Dónde estás? —expresó preocupada.

—Mamá, ¿qué pasa? Estoy en la playa, ¿habéis llegado ya? —suspiró y comencé a ponerme nervioso—. ¡Mamá, habla de una vez…!

—Hijo, entraron a robar en la casa, creemos que se llevaron algo de tu habitación, porque es lo que peor está. La casa quedó destrozada…

—¿Cómo? Voy para allá.

Colgué y Jon me miró con el ceño fruncido.

—¡Entraron en mi casa a robar!

Solo le dije eso y salimos corriendo. Maldita la hora en que nos fuimos lo más lejos posible de mi casa, si nos hubiéramos puesto justo delante habríamos visto al ladrón. A los diez minutos llegamos casi asfixiados. Comencé a buscar mis llaves para abrir la puerta, pero me di cuenta de que no las tenía.

—¡Mierda, joder! —grité. Me sentía más engañado que nunca por Mell.

Le di anoche la maldita llave para que entrara… No me lo podía creer. ¿Cómo pude ser tan estúpido? Esto no se iba a quedar así.

—¿Qué pasa, tío?

—¡Seguro que fue Carlos! —afirmé y escuchamos cómo se abría la puerta dejando ver a mi padre.

—Sam, yo… no entraría —dijo descolocándome—. Antes me gustaría hablar contigo —me pidió.

Jon entró en casa para dejarnos a solas. Nos sentamos en las sillas que había en el porche. Mi padre se veía preocupado y eso hizo que me sintiera peor, porque todo lo que había pasado, había sido mi culpa. Si no hubiera confiado tanto en esa…, esa chica, no habría pasado esto y no tendría que darle ninguna explicación en este momento a mi padre.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Pasó algo anoche? —Agaché la cabeza avergonzado—. Ya sabes que me puedes contar lo que sea, hijo —habló en tono conciliador, tocándome el hombro.

—Anoche pillé a Mell en mi cama con Carlos. —Abrió los ojos sorprendido.

—¿Cómo?

—Los eché —suspiré—. Carlos se puso tonto, le di un puñetazo y le partí la nariz.

—¿Eso es todo?

¿Qué quería decir con eso? ¿Acaso había algo que sé me había escapado en aquel momento? Me quedé pensando, intentando recordar si después de la borrachera había pasado algo más, pero no. Asentí para hacerle ver que eso era todo. Entonces me lo contó.

—Hijo, en tu habitación había coca esparcida en el escritorio, como si hubieran estado metiéndose. —Me levanté nervioso y mi padre me imitó.

No podía ser, esto no podía estar pasando. Comencé a dar vuelta de un lado al otro, pensando sin llegar a una explicación. Me di la vuelta para hablarle a mi padre. No podía dejar que pensara eso de mí, yo jamás me había drogado y mucho menos lo había probado.

—¡Esto no puede estar pasando, tú sabes que a mí eso no me va, papá! —asintió.

—Te creo, hijo, no te preocupes…

—Voy a matar a ese cabrón —susurré entre dientes.

Entramos en la casa y estaba todo destrozado. Subí a mi habitación y tenía pintadas en las paredes amenazas de muerte.

«Esta me la pagas, Jones, y me lo cobraré. Estás muerto».

CAPÍTULO 3

No daba crédito a lo que veía, encima de que me quitaba la novia, me hacía esto, pero no lo iba a permitir. Estuve mirando que no se hubieran llevado nada y me di cuenta de que la caja en donde guardaba los recuerdos de Mia estaba abierta. Me acerqué y la cogí entre mis manos. Mi cara cambió tensando mi mandíbula al instante, solté la caja y le pegué una patada a la mesita de noche.

—No está. ¡Hijo de puta! —bramé colérico.

Justo después de eso, mi padre entró en mi habitación para ver qué me había pasado.

—¡Sam!, ¿qué pasa?

—¡No está, se lo ha llevado!

—¿El qué?

—El colgante que me regaló Mia con su nombre. Se lo llevó ese desgraciado. Ahora mismo voy a buscarlo y lo mato —sentencié esquivando a mi padre para salir corriendo a buscar a ese malnacido.

—¡Tú no vas a ninguna parte en ese estado! —dijo agarrando mi brazo para impedirlo.

—Pero papá, era lo único que me quedaba de Mia. Sabes lo importante que es para mí —supliqué.

Mi padre asintió, comprendiendo. No dejaría que fuera solo, él vendría conmigo. Salimos de mi habitación y al bajar le dijimos a Jon lo que había pasado, quería venir con nosotros, pero pensamos que sería mejor que se quedara con mi madre y hermana. No quería dejarlas solas. Jon no se quedó muy conforme, pero comprendió que era lo mejor.

Comenzamos la búsqueda, habíamos entrado ya en varios bares que este frecuentaba, aunque todo sin resultado, no dábamos con él. Entonces pensé en llamar a Mell sabiendo que seguramente ella sabría dónde estaba su amante, o incluso podría estar con ella. Cuando me disponía a llamarla, vi a Carlos cruzando la carretera para meterse en el antro del que acabábamos de salir y antes de que entrara, me abalancé sobre él y comencé a pegarle puñetazos en la cara. Mi padre tuvo que agarrarme. Yo estaba muy nervioso y podía cometer una locura. Una locura de la que, seguramente, después me arrepentiría. Era tal la ira que sentía en este momento, que no podía ver con claridad. Solo sentía la necesidad de matarlo, arrancarle el colgante de donde lo tuviera guardado y cobrarme lo que, en todo este tiempo, me había hecho. Mi padre me agarró fuerte y Carlos se levantó con la cara ensangrentada.

—¿Qué haces gilipollas? —me insultó Carlos.

—¡Te voy a matar, hijo de puta! ¡Devuélveme ahora mismo lo que te llevaste de mi habitación! —escupí nervioso, haciendo que Carlos soltara una carcajada. Cosa que hizo que me enervara aún más y quisiera arrancarle la cabeza.

—¡Eres un imbécil! Yo no entré a tu casa, bueno…, anoche sí, para follarme a tu novia. —Al oír eso, me solté del agarre de mi padre, sin saber cómo y le pegué una patada en el pecho.

—¡Dame el colgante y te dejaré vivir! —amenacé mientras le cogía del cuello.

Carlos se asustó, jamás me había puesto así, parecía un loco. Metió la mano en su bolsillo y me entregó el colgante. Lo agarré, lo miré y me levanté para dejarlo en paz.

—Te dejaré, pero la policía no, cometiste un delito entrando en mi casa —afirmé dándome la vuelta para encararlo de nuevo.

Después de eso, me marché con mi padre dejando a Carlos destrozado por la paliza.

Miré el colgante y unas estúpidas lágrimas salieron de mis ojos. Ese colgante era muy importante para mí, era una estrella con el nombre de Mia. Ella tenía otro igual, pero con la luna con mi nombre. Bueno, si es que lo seguía conservando.

Después de media hora, llegamos a casa en silencio. Entramos y en el salón estaba mi madre con Jon y Mell, ¿qué hacía en mi casa? Me cabreé muchísimo al verla, no quería terminar de descargar todo mi cabreo en ella.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no quería volver a verte —escupí echándole la peor de las miradas, aunque era la que se merecía.

—Os dejaremos a solas. —Mi madre se levantó y yo negué.

—No, mamá, quedaos. Mell y yo no tenemos nada de qué hablar —expresé agarrando a mi madre para que volviera a sentarse—. ¡Vete! —Volví a mirarla.

Mell comenzó a llorar, pero a mí sus lágrimas me daban igual. Ya no quería saber nada de ella. Era una mentirosa que me había engañado de la peor de las maneras. Mi confianza en ella se había esfumado anoche al verla cabalgando encima de Carlos. Y mucho más, después de haberle dado las llaves de mi casa a ese hijo de puta para que entrara.

—¡Sam, por favor, escúchame…!

—¡Tienes tres minutos, ni uno más! Mis padres y Jon se quedarán a escuchar lo que tengas que decirme —le grité—. Aunque no hay mucho que oír, ayer ya lo vi todo.

—Sam, anoche estaba borracha, no sabía lo que hacía, por favor, perdóname. Tienes que creerme, tú sabes que yo solo te quiero a ti —suplicó con lágrimas en los ojos, solté una carcajada, incrédulo.

—¿No tienes nada mejor? Te lo diré yo. No estarías tan borracha si estabas follándotelo en mi cama y para colmo, le diste las llaves de mi casa. —Mell iba a hablar, pero la callé—. ¡Vete, no quiero volver a verte! ¡No me busques nunca más! —hablé seguro y me fui escaleras arriba hasta mi habitación.

Cerré dando un portazo tras de mí, estaba muy cabreado, más que en toda mi vida. No volvería a confiar en ninguna mujer. A partir de ahora, las usaría como habían hecho ellas conmigo, como si fueran un trapo sucio. Me metí en el baño y me di una ducha para relajarme.

Mientras se duchaba escuché cómo alguien entraba en mi habitación.

—¡Sam!, ¿estás ahí? —dijo mi madre desde fuera.

—¡Enseguida salgo! —respondí alzando la voz.

Mi madre sería la única mujer en la que confiaría ciegamente. Me enrollé una toalla en la cintura y salí del baño. Me encontré a mi madre sentada en mi cama, me acerqué a ella y me senté a su lado. Su semblante estaba lleno de preocupación, pero cómo no estarlo, con todo lo que había pasado en nuestras vidas y encima, lo que pasó anoche. Ella sufrió mucho y ahora que volvía a ser feliz, pasaba esto para recordarle que la vida sigue siendo una mierda, o por lo menos, eso pensaba yo en este momento.

—¿Estás bien, hijo? —Se interesó y negué. Solo hizo falta esa pregunta por parte de ella para hundirme. Me abracé a ella como un niño perdido y comencé a llorar—. Ya, mi vida, tranquilo… —Me consoló.

Me encontraba confundido, perdido. Quería cambiar mi vida, vivir tranquilo y ser feliz, pero mientras el recuerdo de ella siguiera conmigo, no lo iba a conseguir.

—Estoy harto, mamá. Mujer en la que confío, mujer que me hace daño.

—Hijo, son cosas que pasan en esta vida. Eso significa que la tuya, no llegó todavía. Además, eres muy joven y tienes toda la vida por delante —dijo acariciando mi pelo.

—Ni creo que llegue, no creo que vuelva a enamorarme. Ya sabes cuáles son mis sentimientos. —ella asintió.

Me separé de ella y se levantó para salir de mi habitación. Tenía que vestirme.

—Baja, la cena ya está servida, Jon se quedará a cenar —anunció antes de salir.

Asentí sin ánimo, mi madre se fue cerrando la puerta tras de sí. Cuando me quedé solo, cogí unos pantalones cortos y una camiseta. Me sequé y vestí en pocos minutos.

Miré a mi alrededor, ya tenía la habitación recogida y pensé en todo lo que había de cocaína en mi escritorio. ¿Por qué dejarían eso ahí? Todavía no comprendía qué buscaba Carlos, además de joderme. Salí de mi habitación y bajé las escaleras. Cuando estaba llegando a la cocina, escuché a mi madre hablando con mi padre.

—Está muy mal, Henry, nunca había visto a mi hijo así y todo es por Mia.

—Ya lo sé, por eso cuando vayamos a Londres al cumpleaños de Annia, será mejor que no venga. Mia estará allí e irá acompañada de su novio, Ethan.

Al escuchar su nombre y enterarme de que tenía novio, el techo se me cayó encima, aplastando del todo mi cuerpo. Ya había hecho su vida, me había olvidado y yo no conseguía siquiera pronunciar su nombre sin echar una maldita lágrima por ella. Ahora más que nunca, tenía que olvidarme de ella. Si ella consiguió olvidarme, yo también podía hacerlo…

—Sí, lo hablaré con él, que él mismo decida qué hacer.

Entré en la cocina interrumpiendo a mis padres, estos se callaron enseguida, pero ya lo había oído todo.

—No os calléis, lo escuché todo y estoy de acuerdo. No iré, no quiero ver a Mia con otro, no me apetece verla —sentencié y salí para sentarme con mi amigo en el jardín.

***

Cenamos y nos tomamos unas cervezas. No volvimos a hablar del tema. A la una de la madrugada, Jon se fue, yo subí a mi habitación para dormir o al menos intentarlo. Siempre pensando en ella y ahora que estaba con un tal Ethan, más todavía.

—Podría ir, pero…, no, quizás podría ir con una «novia». No creo que sea buena idea… —dije en voz alta.

Estuve dando vueltas mucho rato hasta que caí rendido. El día había sido muy duro, tenía que relajarme y estar con la mente despierta para el examen, no podía suspender, eso era ahora mismo mi prioridad. Dejaría de pensar en Mia, para centrarme en mi carrera de medicina, lo iba a conseguir.

Estuve toda la semana en casa estudiando, y seguía repasando para el examen de mañana. Aun así, después de tanto estudiar, no me sentía completamente preparado. Estaba en mi escritorio con el libro pegado a la cara y ya estaba agobiado, me levanté, salí de mi habitación y bajé las escaleras para ir a la cocina a por un café bien cargado. La noche iba a ser muy larga, ya que ni siquiera iba a dormir para seguir estudiando. El examen era muy importante y tenía que sacar la mayor nota posible. Entré en la cocina y mi madre estaba cocinando. Cuando notó mi presencia, se dio la vuelta y con la mayor de las sonrisas me preguntó:

—Hola, hijo, ¿tienes hambre?

—No, solo vine a por un café.

—Pero hijo, ¿un café a esta hora? Al menos cena algo y luego te tomas el café. —Asentí y dejé de prepararlo, mi madre tenía razón como siempre.

Me senté en un taburete alrededor de la isla y puse los codos en la misma, me pasé las manos por la cara exasperado, estaba muy cansado.

—¿Y papá? No lo he visto en todo el día.

—Está trabajando, hoy tenía varias reuniones —dijo sin borrar la sonrisa.

Entonces me di cuenta de que mi hermana estaba jugando en el patio sola con una pelota. Salí para saber si quería que jugara con ella y asintió con una gran sonrisa.

Me encantaban los momentos que pasaba con ella, aunque no estaba todo lo que quisiera por los estudios y al ser más mayor, tampoco ayudaba demasiado. Aun así, de vez en cuando, jugaba con ella. Solo con la condición de no jugar a las muñecas.

Minutos más tarde, mi madre nos llamó para cenar y entramos al interior de la casa.

CAPÍTULO 4

La mesa ya estaba lista para cenar, pero mi pequeña Alba decía que sin su papi no se podía comer y era verdad, muy pocas veces comíamos sin él. Entonces se escuchó la puerta.

—¡Ya llegué! —Habló mi padre entrando por la puerta.

A Alba se le iluminó la cara, era delirio lo que sentía por él. Llegó y sonrió al vernos todos en la mesa esperándole, se acercó a mi madre y la besó. Luego besó a mi hermana y llegó hasta mí, sentándose a mi lado.

—¿Cómo estás, campeón? ¿Cómo va ese examen? —preguntó.

Henry era un buen padre, se preocupaba por todo, daba igual lo que fuera, por eso lo queríamos tanto.

—Lo llevo bien, espero sacar la nota que necesito. —Mi padre asintió y miró a mi madre.

—Elisabeth, mañana por la noche saldremos para Londres —explicó de pronto.

Al oírle decir eso, me puse nervioso. Mi mente voló hasta allí llenándola de un solo nombre que ni siquiera me atrevía a pronunciar. Durante toda la semana, me obligué a mí mismo a no pensar en ella, era la única manera de poder concentrarme en mis estudios, en lo que realmente importaba, en mi futuro. Ese futuro en el cual ella no estaría. Había pensado en ir, quería hacer la prueba, quería verla en brazos de otro para darme cuenta de una vez que ya no era mía, pero no, no podía ir. Primero, porque había hecho planes con Jon y no podía dejarlo tirado. Y segundo, por miedo a lo que pudiera sentir al verla.

—Está bien… —respondió mi madre.

—Mamá, ¿le podrías decir a la tía Annia que me perdone por no ir?

—No te preocupes, hijo, ella ya lo sabe, así que tranquilo…

Terminamos de hablar y se hizo un silencio muy incómodo. Cuando acabamos de cenar, como mi madre hizo la cena, mi padre y yo recogimos la mesa y la cocina mientras ella acostaba a mi hermana.

Media hora después, terminamos de recoger todo, me preparé el café y me fui a mi habitación para seguir estudiando, iba ser una noche muy larga.

Sobre las cinco de la madrugada me sonó el despertador, me había quedado dormido en el escritorio. Me metí en el baño para ducharme, si no, no sería persona en el examen. Puse el agua fría, ya que hacía un calor asfixiante. Estuve un buen rato y salí de la ducha enrollándome una toalla a la cintura. Salí del baño y cuando me sequé me puse unos vaqueros, una camisa de rayas azules y las deportivas, ya estaba listo. Cogí la maleta y bajé a la cocina a desayunar.

Cuando entré en la cocina mi madre estaba tomándose un café, miré el reloj y eran las seis de la madrugada.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —Me preocupé.

—Buenos días, cielo, no podía dormir —susurró nerviosa.

Me acerqué a ella y le di un beso. La encontraba extraña.

—¿Te pasa algo, mamá? —Negó con la cabeza agachada—. ¿Estás segura?

—Es solo que…, cuando entré en casa y la vi. —Suspiró—. Recordé algunas cosas del pasado y me entró el pánico.

Asentí comprendiendo, era normal. Lo que pasó con su ex cuando yo era pequeño, eso la marcó.

—No te preocupes, mamá, no nos pasará nada, ya nadie nos hará daño. Papá y yo no lo permitiremos. —La estreché entre mis brazos y besé su cabeza.

—Te quiero, mi niño. —Sonreí al notarla más tranquila.

A veces se preocupaba demasiado y se olvidaba de vivir ella. Ahora era feliz, casada con el hombre perfecto, teniéndonos a nosotros como hijos que la adoramos. Pero no podía evitarlo, ella era así.

—Yo también te quiero, mamá. Bueno, me voy al examen, deséame suerte.

—Suerte, hijo. Coge mi coche, el tuyo se lo llevó papá.

—¿Por qué?

—El suyo estaba soltando aceite. Tenía que llevarlo al taller.

Asentí y salí de casa, entré en el coche de mi madre y arranqué. Conduje de camino a casa de Jon, tenía que recogerlo.

Por el camino, seguía repasando en mi mente todo lo que había estudiado durante la semana. Estaba muy nervioso y preocupado. Quería sacar buena nota, necesitaba irme, salir de aquí. No estaba mal, pero me sentía con la necesidad de ver mundo, de hacer mi vida lejos de todo esto.

Minutos después, llegué a casa de mi amigo, este entró en el coche y seguimos nuestro camino hasta la universidad de Málaga. Media hora después llegamos y aparqué. Eran las ocho de la mañana, el examen lo teníamos a las nueve, así que nos metimos en una cafetería. Nos sentamos y, al fondo, vi a Mell. Cuando nos vio, se levantó y vino hasta nosotros. Yo me iba a levantar, pero Jon me agarró.

—Déjame, Jon.

—Siéntate. No ves que estás dando un espectáculo… —susurró para que solo yo lo escuchara.

Jon tenía razón, pero como Mell se pusiera tonta el espectáculo iba a ser peor. Entonces sin darnos cuenta llegó hasta nosotros.

—¿Puedo sentarme? —preguntó mirándome a mí.

—Por mí, no hay problema —respondió Jon y lo miré con mala cara.

—Si se sienta ella, me voy yo —repliqué cabreado.

—Sam, por favor, ante todo somos amigos, ¿no?

—¿Amigos? Te recuerdo que hace una semana éramos novios y lo jodiste todo, ¡así que déjame vivir en paz! —grité mientras me levantaba para dejarla sola con Jon.

Me metí en el aula donde haríamos el examen y me senté en una de las sillas apartadas. Llegó la hora del examen, Jon entró y se sentó a mi lado, no le dije nada y tampoco lo haría más tarde. Estaba muy cabreado y no iba a dejar que se burlaran más de mí.

El examen duró más de una hora, yo había terminado, me levanté y se lo entregué al profesor, miré a Jon que todavía estaba metido en el examen y con una señal le dije que lo esperaría fuera del aula. Diez minutos después salió mi mejor amigo del aula y fuimos hasta el *parking* para coger el coche, ya que iríamos a su casa a almorzar, su madre me había invitado.

Mientras íbamos en el coche, Jon no dejaba de mirarme y bufar. Yo sabía que estaba cabreado, pero más lo estaba yo. ¡Joder!, tenía derecho a estarlo, ¿no? Entonces lo miré y le dije:

—¡Suéltalo de una vez!

—¿Por qué te comportas así con Mell? —preguntó.

—¿Esto es en serio? ¿Me estás preguntando eso? ¡Joder, Jon!, me puso los cuernos en mi

cama, ¿qué quieres, que la apLidiada?

—Está bien, tienes razón, lo siento, es que me da pena. Somos amigos desde hace un montón, es solo eso.

Asentí y no dije nada más en todo el camino, no discutiría con mi mejor amigo y menos por una chica. Llegamos a su casa en silencio, aparqué en la puerta y entramos. La hermana de Jon, Lidia, salió a saludarme; tenía diecisiete años, aunque parecía mayor, era muy alta.

—Hola, Sam, no sabía que venías a comer. —Me dio un beso en la mejilla y su hermano la miró mal.

Cualquier día esta chica me mete en problemas con su hermano. Siempre que me ve, me mira y sonríe demasiado, más de lo que debería. Y no es que sea fea, porque no lo es, es preciosa, pero no, ella es hermana de mi mejor amigo y está más que prohibida.

—Hola, Lidia, cada vez que te veo estás más alta. —Esta me sonrió y Jon rodó los ojos.

—Gracias, tú estás muy..., guapo. —Solté una carcajada.

—Tú hermana es un caso.

—Son las hormonas —dijo riéndose.

Entramos en la cocina y saludé a la madre de Jon que ya tenía la comida hecha, nos sentamos y empezamos a comer. Lidia no me quitaba ojo y me sentía incómodo. Jon se dio cuenta y regañó a su hermana, entonces dejó de mirarme avergonzada.

Estuve en casa de mi amigo hasta las cuatro de la tarde, tenía que volver a mi casa para despedirme de mi familia, pues viajaban a Londres por el cumpleaños de la tía Annia. Me metí en el coche y puse rumbo a mi hogar. Un rato después, llegué y mis padres estaban metiendo las maletas en el coche.

—Hola, campeón —me saludó mi padre.

—Hola, papá, ¿ya os vais?

—No, nos vamos a las siete —asentí con pena.

No estaba acostumbrado a estar tantos días solo en casa y me sentía con ganas de ir, pero cada vez que pensaba el motivo por el que no iba, me cabreaba.

—Hijo, ven con nosotros. —Mi padre intentó convencerme.

—Aunque quisiera ir, no hay pasaje, papá.

—Te equivocas, te saqué uno, por si acaso. Piénsalo, a las siete nos vamos. —Agaché la cabeza y me metí en casa. Estaba hecho un lío, por una parte, quería ir, pero por otra si iba, la vería y no le daría el gusto de verme mal. No sabía qué hacer.

No dejaba de pensar las mil formas por las que ir. Poner cualquier excusa e ir, o dar la cara e inventarme una vida y una felicidad que no tenía. Entonces me di cuenta, que sí, quería verla, el motivo de no ir era para no verla con otro que no fuera yo.

Vinieron a mi mente recuerdos, momentos que pasé con ella. Los más bonitos de mi vida. La noche que hicimos el amor por primera vez, fue la experiencia más perfecta que había tenido. Fue la primera vez de ambos y resultó espectacular. Teníamos mucho miedo, pero con nuestro amor, pasó a ser algo inolvidable.

Flashback

Mia y yo estábamos solos en la casa. Mis padres habían salido con mi tía Annia que había venido de vacaciones. El hecho de tenerla cerca me hacía muy feliz. Lo pasaba muy mal por tenerla demasiado lejos y estos días, aprovecharía el tiempo con ella al cien por cien.

Habíamos pedido unas pizzas *y Mia estaba preparando la mesa en el salón para ver la tele*

mientras cenábamos. Ya llevaba aquí dos días y estaban siendo perfectos. No podía dejar de mirar su belleza. Sus labios rosados, sus ojos azules como el mar, y lo que más me gustaba, su cabello rojo como el fuego. Era dulce, tentadora; era una dulce tentación que me moría por hacer mía.

Coloqué las pizzas *en la mesa y me senté a su lado, la atraje hasta mí y besé sus labios con dulzura. Sentía cómo Mia se estremecía con solo mi contacto, y eso me hacía sentir vivo.*

—Para, Sam. Se nos enfriará la cena —susurró con sus labios aún pegados a los míos.

Le hice caso y me separé de ella antes de que mi locura, me jugara una mala pasada. La deseaba tanto, que no soportaba tenerla cerca y no tocarla o besarla. Mia me miraba con esa inocencia que la caracterizaba y se mordió el labio inferior provocando una llamarada en todo mi cuerpo. Volví a acercarme a ella y la besé, quedándome más tiempo en ese labio mordido, lo lamí y ella gimió.

Mis recuerdos se vieron interrumpidos por el sonido de la puerta. Alguien estaba pegando en mi habitación.

—¡Joder! —exclamé ofuscado.

Me levanté de la cama y abrí la puerta. Mi madre me miró de arriba abajo con media sonrisa.

—Sam, ¿puedo pasar? —preguntó.

—Sí, pasa. —Entró y se sentó en mi cama.

—Hijo, ya nos vamos, ¿vendrás? —Negué, no iría, no quería verla.

—No puedo, mamá…

—Está bien, hijo, por favor, ten cuidado, volveremos en una semana. —Asentí y acompañé a mi madre hasta abajo, tenía que despedirme de mi padre y hermana.

Por un momento me quedé abstraído y mi mente comenzó a maquinar algo.

—Papá, lo he pensado mejor, iré.

CAPÍTULO 5

Mi padre me miró con los ojos abiertos como platos y se acercó a mí. Ya me estaba arrepintiendo de haber sido tan impulsivo, pues la realidad era que no quería ir, no podía ver a Mia y mucho menos con alguien que no era yo. No iba a seguir sufriendo por ella más, no merecía la pena.

Mi padre por un momento creyó que sería capaz, que hablaba en serio y al ver el cambio de mi gesto, se dio cuenta de que no lo haría. Se acercó a mí y me abrazó para consolarme. Me dijo al oído que no me preocupara y que me entendía. No obstante, me sentía muy mal por no poder ser lo suficientemente fuerte para pasar por el mal trago de ver a la única chica que había amado de verdad con otro tío.

Minutos después, su coche se alejó y fui perdiéndolos de vista. Agaché la cabeza decaído y me metí en la casa. Caminé hasta el salón y me tumbé en el sofá. Quería volver a retomar el recuerdo que mi madre había interrumpido al entrar en mi habitación, pero hasta eso quería olvidarlo.

—¿Qué haré toda esta semana solo? —susurré para luego resoplar cabreado.

Entonces, encendí la televisión y busqué la película que hacía días quería ver, cuando la encontré la puse y sin darme cuenta, me quedé dormido.

Escuchaba el sonido insistente de mi móvil, alguien me llamaba desde hacía rato y me negaba a cogerlo. Por fin paró y volví a cerrar los ojos, pero poco duró, cuando el móvil volvió a sonar. Lo cogí sin mirar quién era.

—¿Diga? —contesté medio dormido.

—Sam, te llamaba para decirte que ya hemos llegado —respondió mi padre.

—Vale, papá, dale un beso a mi tía Annia.

—Está bien hijo, cuídate.

Dejé el móvil en la mesa y me levanté para hacerme algo de cenar. Aunque no sabía muy bien qué prepararme, no era muy buen cocinero y estando solo, seguro que me iba a alimentar de comida basura. Mientras estaba en la cocina, sonó el timbre y fui a abrir. Mi amigo Jon había llegado y traía una *pizza*.

—Hola, ¿has cenado?, traje *pizza* —dijo este señalando la caja. Yo negué.

—Ahora me iba a hacer algo para cenar, pero lo tuyo es mejor opción. —Sonreí.

—Pues saca dos cervezas. —Asentí y fui a la cocina a por las cervezas.

Llegué al salón y mi amigo ya tenía todo preparado, me senté y comenzamos a comer. Charlamos sin parar, de todo un poco, aunque el tema de conversación era el examen de selectividad. Las notas nos la darían el lunes y para eso faltaban tres días aún, solo esperábamos sacar las mejores notas.

—Si no sacas suficiente nota, ¿qué harás? —se interesó mi amigo.

—Quiero hacer una cosa, pero no me atrevo. No sé cómo se lo tomarán mis padres —expresé de pronto.

—¿El qué?

—Quiero echar la matrícula en la Universidad de Medicina de California, en Los Ángeles. —

Jon escupió el trago que había bebido.

—¿En serio? No sé, digo… estaría bien. —Se quedó callado un momento—. Hazlo, yo iré contigo. ¡Vayámonos a California! —gritó Jon y solté una carcajada.

Entonces sin pensarlo, subí a mi habitación para coger el portátil. Bajé y me senté de nuevo al lado de Jon. Este miraba todos mis movimientos y sonreí de lado. Abrí el buscador y busqué las universidades de California. Jon no se lo creía, pero al final, puso toda su atención en el portátil.

Después de mirar fotos de la universidad y todos los datos, enviamos la solicitud. Escaneamos alguna documentación que nos pedían en el despacho de mi padre y le dimos a enviar sin pensarlo. Cuando apagué el portátil estábamos sentados en el sofá con las cervezas en las manos.

—¡Por California! —Brindó Jon.

—¡Por California y los cambios que nos esperan!

***

Jon se quedó todo el fin de semana conmigo, lo pasamos viendo películas, bebiendo cerveza y bañándonos en la playa. Estos días había hablado con mi padre y me cabreaba que no disfrutaran de sus vacaciones por mi culpa, aunque yo les rogara que lo hicieran. Mi madre no podía hacerlo, no mientras yo estuviera aquí solo y mal por todo. ¿No podía dejar de preocuparse por una vez en su vida?

El lunes llegó, me levanté sobre las nueve de la mañana. Jon seguía en casa, pues le pedí que se quedara. Además, de igual forma iríamos juntos a ver las notas. Me fui al baño para darme una ducha y arreglarme, teníamos que ir a la universidad para ver las notas del examen de selectividad. Cuando estuve listo, salí de mi habitación y bajé a la cocina. Jon estaba preparando el desayuno.

—Buenos días, cariño —dije con sorna—. Gracias por prepararme el desayuno. —Ambos soltamos una carcajada.

Jon se acercó a mí y me pegó un puñetazo en el hombro. Así, de broma en broma, no sentamos a desayunar.

Cuando terminamos de desayunar, salimos de mi casa y nos montamos en mi coche para ir a la universidad. Veinte minutos después estábamos en el aparcamiento. Nos dirigimos hasta secretaría para preguntar por las notas de selectividad y nos dijeron que estaban puestas en la pared que había frente al aula donde hicimos el examen, así que caminamos hasta allí, tuvimos que esperar a que se despejara un poco, ya que había un montón de alumnos. Poco a poco nos fuimos acercando, Jon fue el primero en mirarlo y sonrió.

—¡Saqué un 13,8! ¡Entré! —dijo feliz.

Entonces me acerqué yo y cuando vi la nota, agaché la cabeza cabreado. No podía ser, maldita sea. No había sacado la nota que necesitaba.

—8,7 ¡Mierda, joder! Sabía que venía mal, pero pensé que el examen me había salido bien. —Jon se acercó a mí y me dio dos palmadas en el hombro.

—No te preocupes, todavía tiene que llegarte la respuesta de la Universidad de California, ya verás cómo sale todo bien.

—Y si te admiten, ¿vendrás o te quedarás aquí? —Jon se quedó callado, no sabía qué responder y me di cuenta—. Da igual, me acabas de responder, lo entiendo, me iré solo, no te

preocupes, Jon —afirmé y me fui dejándolo allí preocupado.

No estaba pasando por el mejor momento de mi vida. El tener a Mia en la cabeza me hacía daño y lo sabía, pero ¿qué podía hacer? Si la amaba más que a mi propia vida y ahora no tenía suficiente nota para medicina. Todo era una mierda.

Llegué al coche y volví a mi casa, dándome igual que mi amigo hubiera venido conmigo, ya volvería en autobús. Cuando llegué a mi casa, aparqué el coche y entré desganado y aburrido, escuché el sonido del móvil. Era mi madre, así que colgué, no tenía ganas de hablar con nadie, subí las escaleras y me acosté. Estuve mirando al techo por un buen rato y el móvil no dejaba de sonar. Me cansé y al final lo cogí.

—Sí, mamá —contesté de mala gana.

—¿Hijo, que te pasa? Te llamaba para saber de ti y…

—Saber la nota. —Terminé la frase por ella.

—Sí, cariño, pero si no te sientes con ánimos de decírmelo ahora, espero a que me llames tú. —Mi madre iba a colgar.

—8,7, mamá, saqué un triste 8,7 ¿Sabes qué es eso? Una mierda, no entro en medicina y yo quiero estudiar medicina sí o sí.

—No te preocupes, cariño, ya habrá otras oportunidades —respondió mi madre y como siempre llevaba razón.

Seguí hablando con ella una media hora, luego hablé con mi padre y mi hermana que no paraban de preguntar por mí. Hasta mi tía Annia quiso hablar conmigo, incluso podría jurar que escuché su voz y me paralicé al instante, pero mi padre cambió de tema rápidamente para que me olvidara un poco.

Cuando colgué, bajé a la cocina para prepararme algo de comer. Almorcé y me fui al sofá para ver una maldita película, como llevaba haciendo todo el fin de semana. Solo llevaba un rato viendo la tele o eso creía y me quedé dormido.

El sonido del timbre me despertó. Me levanté bufando, resoplando y todo lo que pudiera salir por mi boca. Seguramente sería Jon y vendría cabreado por dejarlo tirado. Abrí la puerta y mi ceño se frunció.

—Lidia, ¿qué haces aquí? —La hermana de Jon me miró y me preocupé al verla en el estado que se encontraba.

—¿Puedo pasar? —preguntó con la voz entrecortada. Asentí y la dejé pasar.

Llegamos al salón y le señalé el sofá para que se sentara.

Estaba nerviosa y lloraba desconsolada. No sabía qué hacer, me estaba preocupando y no quería pensar que le hubiese pasado algo a Jon, a su madre o a ella misma. Aunque no éramos amigos, era la hermana de Jon, y para mí era muy importante su seguridad.

—¿Qué te ha pasado? ¿Has peleado con alguien? —negó secándose las lágrimas.

—Me escapé de mi casa. —Abrí los ojos sorprendido, no me lo podía creer.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Se quedó en silencio unos segundos y me temí lo peor.

—Mi madre volvió con su novio y lo metió en casa. Ya sabes cómo es ese hombre.

Me pasé las manos por el rostro dándome cuenta de lo que había pasado, ese hombre era un hijo de puta que maltrataba a la madre de Jon y también había golpeado alguna vez a Lidia. No sabía qué de bonito tenía el amor cuando nos hacía tanto daño a veces.

Tenía que llamar a Jon para decirle que su hermana estaba aquí, seguramente se volverá loco buscándola. Le pregunté si sabía dónde estaba su hermano.

—Pensé que estaba aquí, por eso vine —negué y le conté lo que había pasado entre nosotros, sobre todo que lo dejé tirado en la universidad.

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que Lidia me preguntó si podía quedarse conmigo hasta que su hermano apareciera. Le dije que sí, ¿qué podría decirle?, así tendría compañía.

Estuvimos viendo la tele, ya estaba anocheciendo. No paraba de llamar a Jon, pero me fue imposible localizarlo, así que fuimos a la cocina para preparar algo de cenar. Lidia me ayudó con la cena, se le daba bastante mejor que a mí. Cuando terminamos de prepararla, nos sentamos en los taburetes alrededor de la isla.

Entre risas y recuerdos de cuando éramos pequeños, cenamos. Era la primera vez en toda mi vida que me lo pasaba bien y no pensaba en Mia. Me gustó pasar este tiempo con ella.

Después de cenar recogimos la cocina y fuimos al salón a ver la tele. Miré el reloj y este marcaba las once de la noche.

—Ya es tarde y tu hermano no aparece. Si quieres puedes quedarte, hay habitaciones de sobra. —Lidia asintió agradecida.

—Gracias, Sam, y perdona si te he ocasionado algún problema.

—No, qué va, me lo he pasado genial. —Se sonrojo y la verdad me gustó.

Era bastante guapa, de esas bellezas naturales que podía enamorar a cualquiera. Me senté a su lado y, por un momento, me puse nervioso sin saber por qué. Cogí el mando de la tele y puse una película. Pensé que me ayudaría a no estar así con ella, pero fue imposible. Me pasé toda la película mirándola de reojo. Era la primera vez que la miraba a ella, que me fijaba en cómo era y sus gestos. Sonreí complacido al comprobar que estaba tranquila, sonriente, feliz. Sin querer, mis ojos fueron bajando y se clavaron en su escote, haciendo que mi cuerpo se calentara sobremanera. Deseché la idea de inmediato, Lidia era menor, solo tenía diecisiete años y, además, era la hermana de mi mejor amigo.

Siempre la había visto como a una hermana, aunque quisiera, no podría ser nada más. Simplemente por respeto a Jon y a ella misma.

Lidia se percató de que la estaba mirando e hizo lo mismo, clavó sus oscuros ojos en los míos y me sonrió. No sabía cómo y mucho menos el por qué, pero el mundo se paró en ese momento, quedándonos prendados el uno del otro. Poco a poco nos íbamos acercando más, era como si un imán invisible nos atrajese al otro. Todo a cámara lenta, todo despacio y sin prisa hasta que nuestros labios chocaron haciéndome sentir, por una vez en mi vida, vivo.

La besé y me gustó, no quería despegar mis labios de los de ella, me había perdido en ese beso. De pronto, el sonido del móvil avisando de un WhatsApp, nos despertó del trance. Me separé de ella y la miré negando. Estaba roja, acalorada, se levantó y corrió hasta el baño.

CAPÍTULO 6

La había cagado, pero bien. ¿En qué momento pasó esto? No tenía que haber dejado que pasara, ella no se merecía todo esto y yo, no podía estar con nadie. Era de locos. ¿Qué haré ahora? ¿Cómo podré mirarla después de ese beso? ¿Cómo disimular lo mucho que me encantó? ¡Dios!, estaba hecho un maldito lío, mi cabeza era un puto caos y mi corazón era una mierda. Me senté en el sofá y escondí la cara entre mis manos.

—¿Qué hiciste, Sam? ¿Cómo se te ocurre besarla? Jon me matará —me dije a mí mismo.

Lidia estuvo un rato en el baño, ya iba a ir a buscarla cuando escuché sus pasos acercándose al salón. Yo seguía sentado, en la misma postura, pero cuando sentí que se sentaba a mi lado, levanté la cabeza para mirarla.

—Lo siento. Yo no quería que esto pasara —me disculpé, era lo menos que podía hacer. A Lidia se le cambió el semblante y eso me confirmó que ella deseó ese beso todo este tiempo.

—No… no te preocupes. Tienes razón.

—Eres preciosa, Lidia, y me gustas, pero no creo que sea lo correcto.

Cuando dije eso, se levantó nerviosa, dio vueltas de un lado a otro y de pronto se paró justo delante de mí, me miró y se agachó a mi altura.

—¿Por qué no? ¿Todavía estás enamorado de ella? Sam, yo te puedo ayudar a olvidarla. Tú ya sabes lo que siento por ti y no creo que cambie.

Me sorprendió su modo de actuar, la veía más madura de lo que pensaba, pero eso no cambiaba nada, ella seguiría siendo la hermana de mi mejor amigo. Además, lo mismo que ella me estaba diciendo, lo dijo Mell antes y mira lo que pasó. Pero, por otro lado, me sentía atraído por ella y la creía, aunque pareciese mentira. No obstante, podrían ser las ganas de olvidar a Mia.

Me quedé callado, pensando en todo lo que me decía, en todo lo que podía pasar si salía con ella, en el odio de Jon cuando se enterara. Y por un momento, pensé en mí, en lo que yo necesitaba en este instante, y la necesitaba a ella; su frescura, su alegría, su locura. Lidia podía ser la mujer que me hiciera olvidar a Mia.

Sin pensarlo más, cogí sus mejillas con ambas manos y la acerqué a mí para poder degustar de nuevo esos labios que me había transportado a otro lugar. Sentí cómo se ponía nerviosa, no se esperó en ningún momento lo que haría. Me rodeó el cuello con sus brazos y yo la apreté a mi cuerpo, haciéndola estremecer entre mis brazos. El beso se tornó intenso, desesperado, y me separé de ella un momento.

—Lidia, esto no puede ser, no quiero hacerte daño. —Ella negó.

—Sam, déjate llevar —susurró acercándose a mí.

Y eso mismo fue lo que hice, dejarme llevar por el momento, por el deseo y el calor abrasante que Lidia me provocaba. La acerqué a mi cuerpo y la besé con desesperación, volviéndola loca. La levanté y enroscó sus piernas alrededor de mi cintura, posé mis manos en sus nalgas y se le escapó un gemido que fue atrapado con mi boca. Caminé despacio para no tropezar, pero sin dejar de besarla, llegué hasta las escaleras y subí lentamente, parando de vez en cuando, apoyándola en la pared para poder saborearla mejor. No quería hacer lo que estaba haciendo, por Jon, pero tampoco podía parar, ella me estaba volviendo loco y sabía que después de lo que iba a

pasar tendría muchos problemas.

Ahora no importaba nada más que ella y yo, solo el momento que estaba viviendo y que ella me permitía. Llegué a mi habitación y la puse con cuidado en mi cama, la miré desde mi altura y creí morir al ver sus labios hinchados y rosados. No podía explicar lo que Lidia me estaba haciendo sentir, me estaba haciendo perder la poca cordura que me quedaba. Me coloqué encima de ella despacio y la besé con dulzura y al separarme, me miró y susurró:

—Sam, debes saber algo… —Fruncí el ceño, pero imaginé qué pasaba.

—¿Eres virgen? —asintió avergonzada—. No te avergüences, si no estás preparada, lo dejamos aquí.

—Siempre soñé con mi primera vez y pensaba que sería contigo, pero no me siento preparada aún.

—Está bien. Ven, acuéstate a mi lado.

Me tumbé, la abracé por la espalda y la apreté contra mi pecho. Me quedé pensando en todo lo que había pasado esta noche y en lo que no pasó. Después de todo parecía una señal. Lo mejor sería que ella y yo no tuviéramos nada, por ella, por mí y por su propio hermano. Sentí su cuerpo relajado y comprobé que se había quedado dormida entre mis brazos. Verla así, abrazándola por detrás y apretándola contra mi pecho tranquila, me gustó y más saber que era gracias a mí. Lidia me atraía demasiado, más de lo que yo pensaba, pero mi corazón estaba ocupado, amaba a otra. Estos sentimientos eran difíciles de cambiar.

Por la mañana me desperté por los golpes que sentí en la puerta de casa. Me levanté y dejé a Lidia que seguía dormida. Me gustó verla en mi cama y sonreí como un tonto al contemplarla. Salí de mi habitación y bajé las escaleras para abrir la puerta. Quien fuera, venía muy cabreado pues no dejaba de pegar. Abrí la puerta y un Jon muy cabreado entró como una bala al interior de mi casa.

—¡¿Dónde está?! —vociferó.

—Donde está, ¿quién?

—¡No te hagas el tonto! ¡Mi hermana! ¿Dónde cojones está? ¡Más te vale que me digas la verdad! —Miró las escaleras, se disponía a subirlas, pero lo impedí.

No podía dejar que viera a su hermana en mi cama dormida. Jon podría pensar lo peor y no podía permitirlo. No me quedó más que decirle la verdad, aunque omitiendo un pequeño detalle.

—Está dormida. —Jon me miró y su gesto cambió del todo, dejándome ver el lado malo de mi amigo.

—¿Y lo dices así tan tranquilo? ¿No te habrás acostado con ella? —Negué rápidamente.

—¿Cómo se te ocurre preguntarme eso?

Este momento era precisamente el que quería evitar a toda costa. Jon era mi mejor amigo, casi mi hermano y no podía fallarle, no de esta manera y mucho menos por sentirme atraído por su hermana. Jon me iba a responder, pero la voz de Lidia lo detuvo.

—Jon, ¿qué te pasa? —preguntó tranquila.

—Lidia, ¡joder! Te escapaste de casa y estuve toda la noche buscándote, estábamos muy preocupados. Tienes que volver, por favor —habló Jon algo más calmado.

—Mientras esté allí Rubén, no voy a volver, no soporto ver cómo pega a mamá todos los días y no podemos hacer nada porque ella no quiere. —Jon sabía que su hermana tenía razón, pero no podían abandonar a su madre en ese momento.

Tantas veces habíamos hablado de ese tema y siempre sufría mucho por su madre y su hermana por culpa de ese tipo.

—Lidia, tu hermano tiene razón. Tienes que volver a tu casa con tu familia —expresé mirándola fijamente.

Ella abrió los ojos, no se esperaba mi respuesta, con ella le hice comprender que lo que pasó anoche, no volvería a pasar. Sin más, se dio la vuelta y miró a su hermano, luego agachó la cabeza y asintió apenada. Jon se despidió de mí y luego se acercó ella y la abrazó.

—Lo siento… —me susurró al oído para que Jon no la escuchara.

Sentí cómo se le escapaba una lágrima y besé su mejilla para borrarla. Después de eso, se marcharon. Cuando me quedé solo, miré a mi alrededor y me sentí peor, pues de nuevo estaba solo en casa, solo en todo. Necesitaba un cambio en mi vida urgentemente. Si no me aceptaban en la Universidad de California pues sería en otra, pero tenía que cambiar de aires y conocer a otras personas, eso es lo que necesitaba y eso haría…

***

Dos días habían pasado desde que Jon vino a casa a buscar a Lidia, dos días sin saber nada de él y mucho menos de ella. Ni un mensaje ni una llamada, nada. A mi amigo se lo tragó la tierra.

«¿Qué le pasa a Jon?», pensé.

Me levanté del sofá, estos días ni siquiera había dormido en mi habitación. No salía de casa y estaba aburrido. Salí a tirar la basura y vi que sobresalía del buzón un sobre grande, lo saqué y al ver el sello de la Universidad de California, comenzaron a temblarme las manos. Entré en casa de nuevo y lo dejé en la mesilla de centro del salón sin saber qué hacer. ¿La abría o no? Esa era la cuestión.

Se me secó tanto la garganta, que tuve que ir a la cocina a tomarme un vaso de agua helada. Volví al salón y me senté frente al sobre, lo cogí entre mis manos y suspiré. Lo miré por varios segundos o minutos, no sabía el tiempo que había pasado con exactitud hasta que decidí abrirlo, así que me armé de valor y rasgué la parte superior y saqué el documento. Lo leí detenidamente y al terminar tuve que releerlo, no me lo podía creer.

—Me han aceptado… ¡Me han aceptado! —grité eufórico.

Me pasé las manos por la cara y no sabía si llamar a mis padres para decírselo, ya que en la documentación ponía que, la próxima semana debía estar en California para una entrevista con el decano, antes de que comenzaran las clases.

Subí a mi habitación y me metí en el baño para darme una ducha, la necesitaba y me vendría bien para pensar en lo que tenía que hacer. Estuve bajo el chorro casi una hora y salí, mi cuerpo se estaba arrugando como una pasa. Fui al armario y cogí unos vaqueros, un polo blanco y mis deportivas, cuando estuve listo, salí de mi habitación y bajé las escaleras de dos en dos. Tenía que ir a ver a Jon para saber si también fue aceptado o no.

Salí de casa y entré en el coche, arranqué y salí a toda prisa del aparcamiento. Estaba loco por llegar y hablar con Jon. Minutos después, llegué y pegué en la puerta de la casa de mi amigo, Lidia fue la que me abrió la puerta.

—Sam, ¿qué haces aquí? —preguntó Lidia sorprendida.

La miré y sonreí de lado, estaba preciosa. Desde aquel día, no volvimos a vernos y aunque había tenido muchas ganas de verla y estar con ella, no podía ser.

—Hola, Lidia, ¿está Jon? —Negó con la cabeza.

—No está, pero no tardará en llegar. Si quieres puedes esperarlo dentro —me ofreció y asentí

entrando en la casa. Lidia me llevó hasta el salón y ahí me invitó a sentarme en el sofá.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, estoy bien, ¿sabes si tu hermano tardará mucho?

Estaba nervioso y no entendía qué me pasaba con ella. Se suponía que solo era atracción, pero ¿y si era algo más? No, eso era imposible, mis sentimientos estaban muy claros.

—¿Te molesta mi presencia? —expresó decaída y negué. Me acerqué a ella y agarré sus manos.

—No digas eso, Lidia. No me molesta tu presencia y respecto al otro día, te pido perdón, no quería que te sintieras así —me disculpé y vi cómo un par de lágrimas se le escapaban de sus bonitos ojos.

Subí mi mano derecha a su mejilla y le sequé las lágrimas que rodaban por la misma. No quería que se sintiera así y me odiaba por ser tan gilipollas y haberle dado unas ilusiones que no correspondían. No sabía si algún día podría enamorarme de otra persona. No sabía si algún día podría olvidar a Mia y mucho menos tenía la certeza de que Lidia pudiera ser esa mujer que me ayudaría a olvidarla para siempre. Pero lo que sí sabía era que no podía hacerle daño, no se lo merecía. Menos mal que me iría lejos muy pronto y no volveríamos a vernos, aunque una parte de mí sentía que debía estar con ella y protegerla.

CAPÍTULO 7

No me sentía bien viéndola así, derramando lágrimas por mi maldita culpa.

—Ya sé que no te gusto y que eres el mejor amigo de mi hermano, pero Sam, yo estoy enamorada de ti y eso no va a cambiar, solo quería que lo supieras —dijo de pronto sorprendiéndome. La atraje hasta mi cuerpo y la abracé.

—Lidia, me gustas, me gustas mucho. Es verdad que no siento por ti lo que tú por mí, pero que me gustas, eso sí es cierto —confesé y ella agachó la mirada.

No dejé que lo hiciera, quería mirarla a los ojos, cogí su barbilla e hice que me mirase. En ese momento, sentí la necesidad de besarla y así lo hice, pegué mis labios a los de ella fundiéndonos en un dulce beso, un beso que, poco a poco, se fue convirtiendo en algo más intenso, más posesivo. Se sentó a horcajadas sobre mí y la apreté para que sintiera la erección que comenzaba a apretar mi pantalón.

Era cierto que no la amaba, pero tampoco era de piedra y algo sentía cuando estaba a su lado. Tenía un modo de encenderme, como si fuera una hoguera. No entendía qué me pasaba, pero la deseaba, la deseaba como un auténtico demente y necesitaba hacerla mía. Entonces, cuando pretendía desnudarla, escuchamos la puerta de la casa y nos separamos de golpe, tan rápido, que conseguimos que Jon no nos pillara. Mi amigo al verme frunció el ceño.

En estos momentos en los que veía a mi mejor amigo, era cuando pensaba que si me viera besar a su hermana como lo estaba haciendo, me daría una paliza, de eso estaba seguro.

—¿Qué haces aquí, Jones? —Vaya que mi amigo seguía cabreado, pero tuve que reírme al recordar el motivo de ese cabreo.

—Jon, ¿qué te pasa conmigo?

—¿Qué me pasa contigo? Nada, a mí no me pasa nada. Ahora si quieres ve a la universidad a buscar al amigo que dejaste tirado hace tres días a ver si te lo cuenta —refunfuñó y solté una carcajada que lo enfadó más. Lidia al ver la escena, no podía reprimir más la risa y comenzó a reírse conmigo—. Y ustedes… como que se hicieron muy amigos, ¿no?

Lidia y yo callamos de golpe y nos miramos. Se puso nerviosa y eso hizo pensar a Jon o por lo menos, lo parecía. Ella aprovechó para ir a la cocina a por un vaso de agua y cuando volvió se sentó de nuevo a mi lado bebiendo.

—Jon, siempre he sido amigo de tu hermana, ya lo sabes. ¿A qué viene eso? —intenté desviar el tema.

—Viene a que cuando recogí a mi hermana aquella noche, la noté muy rara y encima el abrazo que le diste me hizo pensar que hay algo entre ustedes —escupió provocando que Lidia casi se ahogara con el agua.

—Jon, por favor, no pienses tonterías —respondí de nuevo, intentando desviar el tema—. Además, vine para saber si te había llegado la carta de la universidad de California —asintió y me la enseñó, esta seguía cerrada.

—Ni siquiera la he abierto. ¿Tú sí?

—Sí, pero hasta que no abras la tuya, no te diré lo que pone la mía. —Jon asintió y abrió el sobre, comenzó a leer y esbozó una sonrisa que entendí a la perfección.

Mi mejor amigo me miró y asintió con la cabeza. Eso me puso feliz, por fin nuestras vidas iban a cambiar de una vez por todas. Estaba deseando que llegara la semana siguiente para irnos.

—¡Nos vamos a California! —gritó Jon y chocamos las manos.

Miré a Lidia y vi la tristeza en su cara, suponía que estaba así por su hermano, aunque después de cruzar nuestras miradas, me confirmó que también era por mí. No quería que estuviera así, entonces le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

Decidimos ir a un bar a celebrar nuestra nueva vida y cuando llevábamos un rato allí, le envié un WhatsApp a Lidia, quería verla más tarde en mi casa.

«Lidia, te espero en mi casa a las diez. Inventa alguna excusa, besos».

«OK, besos».

Esta noche la haría sentir especial, como yo así la sentía. Lidia, para mí, era especial y me hervía la sangre no poder corresponderla como se merecía, pero sabía que, si ponía de mi parte, ella sería la que me haría olvidar a Mia de una vez.

Eran las ocho de la tarde y aún estábamos en el bar bebiendo cerveza, hablando de mil y una cosas y pasándonoslo en grande, como cada vez que nos juntábamos. A mi mente acudieron todos los momentos vividos con Mell y Jon, éramos grandes amigos y todo se fue a la mierda por una mentira. Nos faltaba nuestra amiga, era una pieza fundamental en el grupo, los tres siempre fuimos inseparables. Pero una traición así no podía perdonarla, aunque, por otro lado, no sentía nada por ella.

El tiempo pasaba volando, miré el reloj de mi muñeca para ver qué hora era, eran las nueve y tenía que volver a casa para ver a Lidia.

—Jon, ya me marcho. Tengo que hacer algunas cosas —dije mirándolo.

—Venga, voy contigo y me quedo esta noche en tu casa —respondió, no podía dejar que eso pasara.

Entonces vi cómo una chica miraba a Jon con ganas de comérselo, me vino de perlas para quitármelo de encima y poder llegar a casa solo.

—¿Y… vas a dejar a ese bombón tirado? Te está comiendo con la mirada. —Jon se dio la vuelta y sonrió.

—No me había dado cuenta, pues si me perdonas, me voy a pasar una buena noche. Mañana nos vemos, hermano.

Suspiré tranquilo y me abrazó. Salí del bar a toda prisa y me monté en el coche. Conduje bastante rápido o todo lo que el tráfico me permitía y, minutos después, llegué a mi casa y Lidia me esperaba en la puerta. Ya eran más de las diez.

—Perdona el retraso, pero no podía quitarme de encima a tu hermano. —Me acerqué a ella y le di un beso.

Fuimos hasta la puerta y entramos en mi casa. Al cerrar la puerta, me abalancé sobre ella. La besé ferozmente, metiendo mi lengua en su boca y ella gustosa me respondía. Me separé un momento y pegué mi frente a la suya.

—No sé qué me pasa contigo, pero tienes el poder de hacerme arder con solo mirarte —susurré sorprendiéndome a mí mismo.

Era verdad lo que le decía, hacía que ardiera de deseo por ella. Volví a pegar mi boca a la suya y gimió con solo sentir nuestras lenguas jugar. La alcé para que enroscara sus piernas

alrededor de mi cintura y me la llevé a mi habitación sin dejar de saborear su boca. Al llegar, la pegué a la pared, lamí sus labios, bajando por la barbilla, saboreando su cuello, hasta que llegué a sus pechos. Por encima de la blusa, los besé y sentí cómo su cuerpo temblaba, al igual que sentía mi erección apretar mi pantalón. La deseaba y la necesitaba para poder olvidarme de todo. Volví a caminar con ella y la recosté en mi cama, colocándome encima de su cuerpo despacio. Poco a poco, fui despojándola de su ropa y besaba cada parte de su piel que aparecía, volviéndola loca y deseosa de más.

—Sam… Sam. Por Dios, me volverás loca —susurró y sonreí complacido.

La tenía en ropa interior y me estaba volviendo loco, así que se la quité despacio. Cuando la dejé desnuda, sintió un poco de vergüenza e intentó taparse, pero yo no la dejé.

—No te tapes, Lidia. Eres hermosa, pero si no estás segura de hacerlo, no haremos nada que tú no quieras —aclaré para que confiara en mí.

—Sé que te irás, que incluso te olvidarás de mí, pero sí… quiero hacerlo, necesito hacerlo. Te deseo, Sam.

Eso me demostró que con ella debía ir despacio, que no era cualquier chica. Era virgen y me estaba entregando lo más preciado que tenía una mujer. Yo quería amarla como se merecía y lo iba a intentar, aunque tuviese que matarme con mi mejor amigo por ella. Volví a besarla despacio, con amor, con dulzura, adorándola como ella necesitaba y demostrándole que yo intentaría hacerla feliz.

La miré de arriba abajo y pude contemplar su cuerpo, era precioso, tenía un cuerpo de infarto. Fui dando besos desde su cuello, bajando por sus pechos, donde me quedé más tiempo del debido. Lamí, chupé, Lidia se reprimía, pero conseguí hacer que gimiera de placer. Miré hacia arriba y tenía los ojos cerrados, estaba mordiéndose los labios. Verla así, me puso mucho más loco de lo que ya estaba, entonces bajé por su vientre, hasta que llegué a su intimidad y sus piernas. La sentía temblar con cada beso, con cada caricia. Me quité el polo y Lidia suspiró, le gustaba lo que veía. Luego me quité los pantalones quedándome en bóxer. Volví a recostarme, pero esta vez a su lado para poder acariciarla y así me quedé por un tiempo, besando, acariciando y diciéndole lo hermosa que era. Volví a sus pechos para saborearlos de nuevo y mientras lo hacía, bajé mi mano hasta su sexo para comprobar que estuviera preparada.

—¡Dios!, estás preparadísima. —Volví a besarla y me quité el bóxer.

Miró abajo y abrió los ojos sorprendida y asustada. Entonces cogí su mano y la bajé hasta mi miembro duro gracias a ella para que me lo tocara, y así lo hizo. Estaba muy nerviosa, pero con mis caricias la fui calmando. Cogí un preservativo del cajón de mi mesilla de noche, con su ayuda me lo puse para luego abrirle las piernas con suaves caricias. Me coloqué entre ellas y puse mi erección en su entrada, solo rozándola.

—¿Preparada? —Asintió.

La besé mientras, poco a poco, fui entrando en ella. A Lidia se le escapó un grito que fue ahogado con mis labios. Paré para que no le doliera y así, besándola, volví a moverme despacio, a un ritmo lento. No quería hacerle daño.

—Sam, sigue, por favor…

—¿Te duele? —Negó.

Su petición hizo que mi cuerpo ardiera aún más y la complací. Comencé a moverme más rápido, más duro, con desesperación, besándola; mordiendo sus labios, su barbilla, lamiendo su cuello, haciéndola gemir… gritar mi nombre. Lidia levantó las piernas alrededor de mi cintura y la penetré más profundo. Estábamos al límite y ambos lo sabíamos, pero era tal el placer que

sentíamos, que no queríamos que acabara.

—Lidia, ayúdame a olvidar —pedí entre susurros.

Lidia me miró fijamente y una lágrima rodó por su mejilla, con sus manos, agarró las mías y me besó. Con ese beso, llegamos al clímax juntos. Mordí su labio y un gruñido se escapó desde lo más profundo de mi garganta, caí laxo encima de ella, levanté la mirada y volví a besarla. Rodé mi cuerpo hasta la cama para quitarme de encima y la abracé por detrás.

—Gracias, Sam.

—¿Por qué?

—Por esta noche. Ha sido mágica, te quiero. —La apreté aún más a mi cuerpo y después de darle un beso en el hombro, nos quedamos profundamente dormidos.

CAPÍTULO 8

De madrugada, me desperté por un sonido fuerte que provenía del piso de abajo. Fui abriendo los ojos lentamente y el ruido seguía cada vez más fuerte y rápido. Entonces me di cuenta de que estaban pegando en la puerta. Miré el reloj y marcaba la cinco de la madrugada.

—¿Quién será a estas horas? —dije cabreado.

—¿Qué pasa, Sam? —preguntó Lidia aún dormida.

—Nada, preciosa, sigue durmiendo.

Me levanté y me coloqué el bóxer, salí de mi habitación y bajé las escaleras. Cuando llegué abajo, la puerta seguía sonando fuerte. Me acerqué y la abrí. Jon entró en la casa hecho una furia y me miró de arriba abajo.

—¿Te estás follando a mi hermana? —preguntó Jon con odio.

Abrí los ojos sorprendido y sin darme cuenta, Jon comenzó a subir las escaleras, corrí tras él, pero cuando llegué, Jon ya estaba en la puerta de mi habitación. Este, al ver a su hermana desnuda en mi cama, se le desencajó la cara y apretó la mandíbula a la misma vez que los puños. Me esperaba lo peor. Jon se dio la vuelta y me miró con un odio que jamás había visto en él. Sabía que esto pasaría y me dolía perder a mi mejor amigo por esto.

—No es lo que parece, Jon —expresé, pero no me escuchó y me pegó un puñetazo.

Lidia se despertó y al ver a su hermano, le entró el pánico y se levantó de la cama con la sábana enrollada en su cuerpo.

—¡Eres una puta! ¡Hasta que no te metiste en su cama no has parado, eres igual que mamá! —gritó Jon colérico.

Lidia comenzó a llorar y le pegó un guantazo a su hermano.

—¡No vuelvas a hablarme así! ¡Yo tengo sentimientos y yo elijo a quién dárselos, ese no es tu puto problema! —Me puse a su lado para parar a Jon, no iba a permitir que la tratara mal.

—Sí es mi problema si te acuestas con mi mejor amigo, ¡joder! Vístete ahora mismo, nos vamos de aquí. —Lidia entró al baño hecha un mar de lágrimas.

Ambos sabíamos que todo lo que estaba pasando llegaría y no iba a ser fácil, pero no podía dejar que Jon pensara mal de ella o de mí. Solo teníamos que dejar que pasara el tiempo, ya que, en este momento, Jon no nos escucharía, ahora, era mejor dejarlo…

—Jon, no saques conclusiones erróneas. A mí tu hermana me gusta de verdad —afirmé y Jon soltó una carcajada.

—¡Qué!, ¿también la vas a utilizar para olvidar a Mia? ¡Madura de una vez, Mia pasa de tu culo y no voy a permitir que utilices a mi hermana! —escupió haciéndome daño.

Sus palabras me dolieron demasiado, pero no se lo tuve en cuenta, porque sabía que no lo sentía realmente. De pronto, Lidia salió del baño vestida, se acercó a mí y me besó, importándole muy poco que su hermano estuviese presente. Jon la cogió del brazo para separarla de mí y ella se soltó con fuerza.

—¡No vuelvas a ponerme una mano encima! Ahora sí, vámonos —declaró mirándolo con decepción.

Ella salió de la habitación y Jon me miró antes de ir tras ella para decirme algo que sabía que

me dolería.

—No vuelvas a acercarte a ella, a nosotros. Olvida que algún día fuimos amigos… No te quiero en nuestras vidas y no iré contigo a California —sentenció y se fue dejándome completamente destrozado.

Me dolía en el alma haber perdido a mi mejor amigo, pero más me dolía el no tener libertad para volver a ver a Lidia. Ahora que la tuve, que la hice mía, la necesitaba en mi vida.

—¿Cómo se enteró? Seguro que alguien nos vio entrar en casa —dije yendo al baño.

Necesitaba una ducha, relajarme y pensar en todo, pensar en qué hacer para poder estar con Lidia y recuperar a mi amigo. De verdad que sentía algo por ella, no sabía el qué. ¿Sería amor o no? Solo el tiempo lo diría...

Unos días después

Con todo lo que pasó estos últimos días, ni siquiera me di cuenta de que ya era domingo y que mis padres estaban a punto de llegar. Entonces escuché la puerta y mi hermana entró gritando mi nombre. Alba me daba la vida.

—¡Hola, enana! Te he echado de menos —dije abrazándola.

Mis padres entraron y se acercaron a mí para hacer lo mismo conmigo, parecía que no nos veíamos desde hacía un año.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó mi madre al separarse de mí.

—Bien, mamá —respondí con una sonrisa forzada, pero ella me conocía muy bien.

—Campeón, te he echado de menos. —Me abrazó mi padre.

Con la llegada de mi familia, al menos no me sentiría tan solo. Ya no estaba Jon para estar conmigo y mucho menos dejaba a Lidia verme. Estuve estos días llamándolo, pero no me respondía. Al siguiente día de lo sucedido, fui a buscar a Lidia, pero no salió de casa, supuse que su hermano no la dejaba salir para que no pudiera verla y ciertamente lo necesitaba.

—Hijo, hijo… —Sentí el golpe de mi padre en mi hombro—. ¿Estás bien? —asentí y mi madre me echó una mirada de, «luego me cuentas».

Mis padres subieron al piso de arriba para dejar las maletas, mientras que yo me fui al salón y me senté en el sofá. Eché la cabeza en el respaldo y suspiré exasperado. No sabía qué hacer para volver a acercarme a Jon, quería ver a Lidia, tenía la necesidad de estar con ella, pero… Jon no nos dejaría en paz. Habían pasado unos pocos minutos, cuando mi padre bajó y se sentó a mi lado. Me miró y palmeó mi rodilla.

—¿Ya te ha mandado mamá para que me preguntes? —dije sin mirarlo y se rio. Al igual que mi madre me conocía a mí, yo a ella también, demasiado.

—Algo así… —Solté una carcajada.

—No pasa nada. Es que esta semana me sentí frustrado por todo lo que pasa en mi vida. —Mi padre asintió comprendiendo.

—Hijo, si es por lo de la nota de selectividad, no te preocupes ya habrá otras oportunidades.

—No es solo eso, papá, me peleé con Jon y no me quiere ni ver —expliqué y frunció el ceño.

Solo le había contado la primera parte y ya me estaba mirando así, no quería ni pensar cuando le contase lo que pasó con Lidia.

—¿Qué pasó? Sabes que puedes confiar en mí y si no quieres que le cuente a tu madre no lo haré.

En eso decía la verdad, mi padre me había guardado más de un par de secretos. Lo miré y le sonreí agradecido. No sabía si contarle o no, aunque confiaba en él, no me atrevía por miedo a lo que él pensara de mí, y de Lidia. No me gustaría que mi padre me juzgara por nada. Seguía mirándome, esperando a que le contara el motivo por el que Jon y yo nos habíamos peleado, así que no me quedó más que confesar mi «error» por llamarlo de alguna forma.

—Me enrollé con Lidia —confesé de pronto.

—¿Que has hecho qué? ¡Hijo, es como tu hermana!

—Ya, pero no lo es y me gusta, me gusta mucho. Y estos días que estuve con ella, me hizo sentir bien, confiar en ella. Además, me gusta de verdad —afirmé seguro de lo que sentía.

—Te creo, hijo, pero es normal que Jon se pusiera así. Es su hermana pequeña. —Asentí sabiendo que mi padre tenía razón. Yo conocía a Jon muy bien y no me iba a perdonar fácilmente que me hubiese acostado con su hermana.

Estuvimos hablando a solas bastante tiempo. Hablamos de todo lo que pasó, prácticamente me obligó a contarle todo. Obvio, no podía contarle detalles… Recordé que tenía que decirles lo de mi partida a California, pero preferí comentarlo en la cena. Quería que mi madre estuviera presente. No sabía cómo se lo iban a tomar, solo esperaba que me apoyaran en esta decisión.

—Tengo que contaros algo, pero os lo diré en la cena.

—Pues venga. Vamos a hacer la cena, ya es tarde —dijo mi madre entrando al salón y los dos soltamos una carcajada.

Nos levantamos y fuimos a la cocina a prepararla, así entre los tres, acabaríamos antes. Mientras ayudaba en la cocina, sonó mi móvil, avisándome de que tenía un WhatsApp. Lo miré y comprobé que era de Mell.

> «Hola, Sam, necesito verte. Hay algo que tienes que saber, te espero luego en la orilla de la playa, un beso».

No le respondí, pero iría. Teníamos que hablar y arreglar las cosas, por lo menos antes de irme. Después de todo, no quería perder una amistad de tantos años. Guardé el móvil en el bolsillo de mi pantalón y fui a preparar la mesa mientras mis padres servían la comida. Una vez todo puesto, nos sentamos para cenar.

—Bueno, hijo, habla de una vez —exclamó mi madre antes de meterse el primer bocado.

—Mamá, ¿no puedes esperar a los postres? —Negó riendo.

—Sabes que no. ¿Para qué preguntas? —Mi padre la besó.

Yo quería un amor como el de mis padres, puro, verdadero, fiel. Eran de admirar. Mirándolos, pensé en Lidia y no entendí por qué. ¿Sería que sentía por ella algo más que una atracción? Si era así, quería comprobarlo. No quería quedarme con la duda de lo que podría haber sido.

—Está bien… En unos días me voy a California. —A mi madre se le cayó el tenedor al plato y mi padre me miró con el ceño fruncido.

Comencé a contarles todo sobre la universidad, pero por mucho que le contase a mi madre, a ella le daba mucho miedo que me fuera tan lejos de mi familia, donde no me podían proteger del mundo. Mi madre no se daba cuenta de que ya era un hombre y que tenía sueños. Mi padre, al contrario, estaba orgulloso de que quisiera cumplir esos sueños.

Cenamos en total silencio. Supuse que ellos estaban pensando mil cosas sobre la universidad, así que no quise hurgar más en la llaga. Al final de la cena, mis padres aceptaron mi decisión y no pudieron hacer otra cosa más que apoyarme. Total, no les quedaba otra, me iría igualmente.

CAPÍTULO 9

Agradecí a mis padres la confianza que ponían en mí. Ya estaba todo más que aprobado y solo me quedaban días para marcharme de este sitio. Cuando terminamos, me levanté para ayudar a recoger la mesa y fui de nuevo a decirles que iba a salir.

—¡Ahora vuelvo!

Salí de mi casa y me encaminé hacia la playa. Me metí en la arena con la linterna del móvil encendida, ya era de noche y no se veía apenas. Seguí mi camino hasta la orilla donde me esperaba Mell, tal y como ella me había dicho. Al verme me sonrió entre apenada y sorprendida. Supuse que no se esperaba que fuera y no la culpaba. Después de todo le había dejado claro que no quería volver a verla.

—Pensé que no vendrías —dijo casi en un susurro.

—Te equivocaste, aquí estoy. —Me senté a su lado—. ¿Qué es eso que tengo que saber?

Conseguí hacerle sonreír de verdad y ya sabía que, a partir de este momento, había recuperado a mi amiga.

—Sé que has estado con Lidia y sé quién se lo dijo a Jon. —Fruncí el ceño creyendo, por un momento, que había sido ella—. Yo no fui, Sam —respondió percatándose—. Fue Carlos, vino a buscarte problemas y te vio entrando en tu casa con Lidia. Luego lo gritó a los cuatro vientos en el bar que estaba Jon. Claramente sabía que estaría allí.

Me levanté cabreado, maldiciendo a ese hijo de puta que se había propuesto joderme la vida. Me dolía saber que Jon se había enterado así y más lo que pasó después de eso. Necesitaba recuperar a mi mejor amigo.

Metí los pies en el agua y Mell se posicionó a mi lado. Me miró con los ojos vidriosos, sabía que estaba pensando en nosotros y en lo que había hecho.

—¿Estás enamorado de Lidia? —se interesó haciéndome conocedor de sus pensamientos.

Me había equivocado, pues no esperaba esa pregunta. La miré nervioso, no sabía qué responder a eso. ¿Estaba enamorado? No tenía la certeza de que fuera así, aunque sabía que algo sentía. Me quedé en silencio, buscando las palabras, buscando una respuesta coherente que me hiciera entender a mí mismo lo que quería.

—Me gusta muchísimo… Me hace sentir diferente, pero no sé si estoy enamorado. —Asintió.

Estuvimos en la playa hasta las dos de la madrugada hablando de muchas cosas, incluida mi marcha a California. La noche y la conversación ayudaron a que nos reconciliáramos y volviéramos a ser amigos. Estaba a gusto con ella, no debimos empezar una relación sentimental cuando en realidad, como amigos estábamos mejor.

Cuando creímos que había que volver a casa, me levanté de la arena y la abracé. Me sentía mejor después de haberla recuperado, solo me quedaba recuperar a mi hermano.

Llegué a mi casa y subí hasta mi habitación para después quitarme la ropa y acostarme. Di vueltas en la cama, pensando en la pregunta que me había hecho Mell y que no era capaz de responderme. Buscando la respuesta, me quedé dormido.

¿Estaba enamorado de ella? ¿Realmente lo estaba? Quién lo sabría, el corazón solo elegía una vez, ¿no?

Por la mañana me desperté sobre las diez, entre la luz del sol que se coló por la cortina, ya que se me había olvidado cerrar la persiana y el sonido de mi móvil avisándome de un WhatsApp, no pude volver a quedarme dormido. Me incorporé y cogí el móvil para leer el mensaje que me había llegado.

> «Sam, estamos en el hospital. A mi hermano le pegaron una paliza».
> «Enseguida voy».

Me vestí lo más rápido que pude y salí de mi casa, no sin antes contarles a mis padres lo que había pasado. Me subí al coche y arranqué y aceleré lo más que pude, llegando así, al hospital, en tiempo récord. Si la policía me hubiese pillado, me caería una buena multa.

Aparqué y entré a toda prisa en el hospital buscando a Lidia. Cuando la encontré, en la sala de espera de urgencias, caminé hasta ella y la abracé, estaba destrozada. El semblante blanquecino de su rostro la delataba. Con la yema de mis dedos levanté su cabeza para que me mirara, al hacerlo, la besé. La había echado tanto de menos, que no me había dado cuenta de cuánto hasta que no estuve frente a ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunté preocupado.

Se separó un poco de mí y nos sentamos. Lidia estaba sola y me cabreé al no ver a su madre aquí. ¿Por qué no estaba? Era su hijo el que estaba en una camilla de hospital.

—Fue Carlos. —Me cabreé al instante en cuanto escuché su nombre—. Comenzó a molestarlo diciéndole que yo era una puta que se había metido en la cama de su mejor amigo. Mi hermano no lo soportó y comenzó a golpearle, pero Carlos llevaba una navaja y lo hirió.

Me levanté colérico, no podía creer que mi mejor amigo hubiera pasado por eso por mi culpa, por mi maldita culpa. Le pegué un puñetazo a la pared destrozándome los nudillos mientras lo maldecía, era un hijo de puta y lo iba a matar.

Lidia se asustó y no era para menos, pues mi cara se desencajó y es que no podía creer que Carlos le hubiese clavado una navaja a mi mejor amigo, a mi hermano. Si me lo llegaba a encontrar en este momento, lo mataba con mis propias manos. Ella se levantó y se acercó a mí para calmarme… agarró mi rostro con ambas manos para que la mirase y cuando lo hice, me besó. Sentí cómo, poco a poco, todos mis músculos tensados, se calmaban. Juraría que estaba sintiendo algo muy fuerte por esta chiquilla.

Nos separamos al escuchar un carraspeo, nos giramos y vimos a Mell que nos miraba sorprendida. Lidia la avisó también a ella.

—¿Cómo está, Lidia? —preguntó Mell con notable preocupación.

—No sabemos nada. Lo metieron en el quirófano, estaba perdiendo mucha sangre.

Al recordar en el estado en el que llegó su hermano, comenzó a llorar y yo la estreché entre mis brazos bajo la atenta mirada de Mell, sin poder creer lo que pasaba entre nosotros.

Estuvimos en la sala de espera por más de dos horas, hasta que salió un médico. Vino hasta nosotros y nos levantamos para acortar la distancia y saber de una vez del estado de Jon.

—¿Cómo está, doctor? —preguntó Lidia.

—Se encuentra estable, pero venía muy mal. El arma casi toca el pulmón y ha sido una operación complicada —explicó concentrado.

Lidia se puso una mano en la boca asustada. La abracé y ella enterró la cabeza en el hueco de mi cuello. Casi perdíamos a Jon y no lo podíamos soportar. Solo el hecho de saber que podía haber muerto, se me encogía el estómago.

Le preguntamos al médico si nos dejaba verlo y nos pidió que lo siguiéramos para llevarnos a su habitación. Al llegar, entramos despacio, pensando que estaría dormido o sedado, pero no, él estaba despierto.

Lidia caminó apresurada hasta su hermano y yo no sabía si acercarme o no, si me echaría de la habitación. Quise acercarme, pero deseché la idea y me giré para salir de la habitación.

—Sam, no te vayas…

Escuché de pronto y me di la vuelta. Jon me sonrió y fui hasta él para abrazarlo. No sabía si le hacía daño, si todavía estaba cabreado. No sabía nada, solo que quería recuperar a mi mejor amigo y sabía que lo lograría.

—Lo siento, Jon, de verdad. Te juro que las cosas no las hice con mala intención —me disculpé y él asintió.

Me había perdonado, Jon me había perdonado. Me confesó que días atrás estuvo hablando con su hermana, pero no se atrevió a llamarme por miedo al rechazo. Al verme en la habitación comprendió que nuestra amistad no podía acabar así.

—¿Necesitáis intimidad? —expresó Mell y los cuatro soltamos una carcajada.

Estuvimos con él un rato más, hasta que la enfermera nos echó, tenía que descansar. Jon le dijo a Lidia que se marchara conmigo, que él estaba bien y que dejara de preocuparse. Ella asintió, no muy convencida, pero aceptó lo que le pidió su hermano. Así que, tras despedirnos de Mell, que también tenía que marcharse, salimos del hospital. Con las manos entrelazadas caminamos hasta el coche. Me gustaba esa sensación, la sensación de que, por un simple roce, convertía todo mi mundo lleno de miedos y oscuridad, en luces fluorescentes. La miré y paré en pleno aparcamiento para abrazarla y besar sus labios con dulzura. Podría jurar que Lidia se estaba metiendo en mi pecho tanto que podía llegar a amarla como ella merecía.

Durante el camino hasta su casa, le pregunté a Lidia por su madre. Volví a sentir su tristeza y me contó que su madre se había largado con su novio hacía tres días y no sabían nada de ella. Agarré su mano para que se calmara, pues estaba llorando. Estaba pasando por demasiadas cosas y me apenaba el saber que estos días no había estado con ella para hacerle los días un poco más llevaderos.

Conduje en silencio, no quería hablar más del tema de su madre ya que le hacía bastante daño y era lo que menos quería hacer. Cuando llegamos a su casa, aparqué justo delante de su puerta.

—¿Quieres pasar? —asentí y nos encaminamos hasta el interior de la casa—. ¿Tienes hambre? Puedo pedir una *pizza*.

Era buena idea, así que pedimos la *pizza*. Caminamos hasta el salón y nos sentamos en el sofá. Me sentía muy bien con ella, incluso podría decir que desde que estaba con Lidia, no pensaba en Mia, ni siquiera les pregunté a mis padres.

Cuando la comida llegó, decidimos cenar en el salón viendo una película. Después de eso, llamé a mis padres para informarles sobre Jon y que no se preocuparan, además de decirles que esa noche no dormiría en casa porque me quedaría con Lidia. Mi padre me dijo que tuviera cuidado, yo sabía el mensaje escondido entre esas palabras y no pude más que reír. Colgué y volví a sentarme con ella.

Así pasamos la noche, viendo películas, abrazados en el sofá, hasta que Lidia se quedó dormida. La cogí entre mis brazos y la llevé hasta su habitación para acostarla en su cama. Cuando la dejé y me disponía a salir, escuché su voz llamándome.

—No te vayas, Sam, quédate conmigo. —Suspiré asintiendo.

Me acosté a su lado, la abracé y besé. No pretendía tener sexo con ella, pero el beso fue

subiendo tanto, que comenzamos a desnudarnos con desesperación, necesitados el roce del otro. Nuestras manos bailaban acariciando cada parte de nuestros cuerpos, llevándonos al limbo. Al hacer el amor con Lidia me sentía, ¿feliz? Estaba hecho un maldito lío. De lo único que no tenía certeza era de que cuando no estábamos juntos, ahí, me sentía necesitado de ella, de sus besos, de sus manos acariciando cualquier parte de mí, esa sonrisa que hacía que no pensara en nada más que no fuera ella.

Los ojos de Lidia me miraban con amor, mucho amor y me gustaba. Entré en ella despacio, como si estuviéramos bailando una balada. No estaba desesperado, no quería que sintiera que solo era sexo. Quería que se sintiera querida en cada momento, cada beso, cada vez que hiciéramos el amor.

Entonces lo comprendí… Sí, lo entendí. Mi corazón estaba sintiendo algo por ella. El sentirme así con solo una mirada, o cómo mi piel reaccionaba a cada caricia. Lidia estaba entrando en mi corazón de una manera abrumadora y solo quería que se quedara y echara de una patada a mi antiguo amor. Ese que me destrozó el alma, que tiró a la basura todo lo que sentía por ella, ese que se estaba convirtiendo en rencor.

¿Podrá Lidia sacar a Mia de mi mente? ¿Y de mi corazón? Dos preguntas que aún no tenían respuesta.

***

Solo veía una cabellera larga y roja. Yo corría tras ella, pero cada vez estaba más lejos. Cuando la alcancé, esta se dio la vuelta y vi el rostro de Lidia.

Me desperté sudando, con el corazón latiendo a mil por hora. Miré a mi lado y Lidia dormía plácidamente. Recordé el sueño. Claramente la del sueño era Mia, pero ¿por qué era Lidia al darse la vuelta? Bufé desesperado y me volví a quedar dormido. Jamás contaría este sueño. Al quedarme dormido, volví a soñar lo mismo.

CAPÍTULO 10

Dos días después

Jon salía del hospital, ya estaba mejor. Lidia y yo fuimos a recogerlo para llevarlo a su casa. Su madre seguía sin dar señales de vida, los había dejado completamente tirados, aunque no creían que su madre hiciera eso. Ella era una buena mujer, algo tuvo que pasarle.

Cuando llegamos al hospital, Jon ya nos esperaba con todo preparado para irse, estaba como loco por salir de allí.

—¡Por fin llegáis! Quiero irme ya, joder… Estoy harto de estar aquí —expresó cabreado.

—Venga, tío, que ya estamos aquí y además tengo algo que decirte —exclamé mirando a Lidia.

—A ver, ¿qué me vas a decir ahora, cuñado? —Soltamos una carcajada.

Escucharle decirme cuñado fue como un soplo de aire fresco y algo que no me esperaba. Ya sabía que había aceptado mi relación con Lidia, pero de igual forma me sorprendió.

Le conté que ya teníamos un apartamento en California, además de que nos iríamos el jueves. Se puso feliz y más después de saber que no dejaría sola a su hermana, pues se vendría con nosotros.

—¿En serio? ¿Pasado mañana? Bien… Ya me quiero ir. Esto hay que celebrarlo —propuso sin dejar de sonreír.

—Ya mi madre está preparándolo todo. Ya sabes cómo es, así que mañana fiesta de despedida.

Salimos del hospital y nos dirigimos al coche. Un rato después, llegamos a su casa. Entramos y mi amigo se sorprendió al ver que ya teníamos las maletas preparadas. Se giró y me abrazó.

—Por cierto, la casa, ¿de dónde la has sacado? —preguntó Jon intrigado.

—Ayer llegó mi padre con unas llaves y me dijo que era mi regalo de graduación.

Cuando mi padre se enteró de que nos íbamos a California, no lo pensó y un apartamento que tenía allí, nos lo cedió para que no tuviéramos problemas de alquileres ni nada por el estilo.

Almorzamos juntos y por la tarde, me despedí de mi amigo y Lidia me acompañó a la puerta. La abracé y besé, fue un beso largo e intenso. Cada vez sentía más por ella, aún no podía descifrar lo que era, pero no tenía las fuerzas para dejarla. Me separé de ella y le di un corto beso.

—Hasta mañana, preciosa —susurré y me sonrió.

—Hasta mañana. Todavía no te has ido y ya te estoy echando de menos. —Volví a besarla.

—Yo también.

—Te quiero, Sam.

Le guiñé un ojo y después de besarla, me monté en mi coche y me fui.

Media hora después llegué a mi casa, salí al jardín para buscar a mis padres y al verlos tan acaramelados en la piscina, no quise interrumpirlos y deduje que mi hermana estaría en casa de la amiga de mi madre. Mi padre me vio y le sonreí, con las mismas, me di la vuelta para entrar de nuevo en la casa y subir a mi habitación. Necesitaba descansar, así que me acosté un rato. Estos días había dormido poco pues me había quedado con Lidia y nos pasábamos todo el día

enganchados. Sonreí al recordar los momentos que habíamos pasado en tan corto tiempo. Lidia se estaba metiendo bajo mi piel, con el propósito de llegar a mi corazón. Yo la estaba dejando entrar, pero aún me costaba. El recuerdo de Mia seguía presente en mi vida.

—¿Por qué tengo que pensar en ella ahora? —bufé desesperado.

Pensé en el sueño que había estado teniendo desde hacía varios días, no entendía a qué se debía y mucho menos el mensaje que escondía. Me quedé absorto por unos minutos, y el sonido en mi puerta me despertó de lo que parecía un recuerdo de Mia… Di gracias por la interrupción.

—¿Puedo pasar? —Mi padre estaba esperando que le abriera.

Me levanté y le abrí, este se me quedó mirando y yo volví a recostarme, se sentó en la silla de escritorio frente a mí.

—¿Qué pasa, papá? —pregunté.

—¿Cómo vas con Lidia? —Fruncí el ceño, no entendía a qué venía esa pregunta en este momento.

—¿A qué viene eso ahora? Ya sabes que estoy bien con ella. —Mi padre me miró y parecía que ocultaba algo.

—Hijo… No sé cómo decirte esto. Han encontrado el cuerpo sin vida de una mujer en uno de mis hoteles. —Abrí los ojos sin entender qué tenía que ver una cosa con la otra.

—¡Papá, escúpelo ya!

—Es la madre de Jon y Lidia, la encontraron está mañana, fue asesinada. La policía está buscando al novio, es el único que estuvo con ella.

Me levanté como un resorte al escucharlo. No me lo podía creer. ¿Cómo le decía a Jon y Lidia que su madre había muerto? Y lo que es peor, que fue asesinada por su novio, porque estaba seguro de que ese hijo de puta era el culpable.

—Tengo que avisar a Jon —dije apenado—. Gracias por contármelo, papá.

Después se levantó y salió dejándome completamente confundido. Decidí que sería mejor ir a casa de Jon y contarle todo en persona, así me aseé y vestí con ropa cómoda. Bajé a la cocina y vi a mi hermana cenando, le di un beso y salí de mi casa.

Durante el trayecto no dejaba de pensar en cómo decirles a Jon y Lidia que su madre estaba muerta. Era muy difícil dar una noticia así, pero era mejor saberlo por alguien cercano, a que llegara la policía para darte la triste noticia.

Al llegar, me bajé del coche nervioso, pues yo aún seguía asimilando la noticia. Llegué hasta la puerta y toqué el timbre. Lidia fue la que me abrió.

—Sam, ¿qué haces aquí? —preguntó extrañada. Entré y le di un beso en los labios.

—Hola, preciosa, ¿no te alegra verme? Te echaba de menos. —Se puso roja.

Todavía no se acostumbraba a estar conmigo. Nos sentamos en el sofá al lado de Jon, que me miraba extrañado.

—Qué pasa, tío, ¿ya te estás enganchando a mi hermana? —Solté una carcajada, me acerqué a Lidia y la besé asintiendo.

De un instante a otro, me puse serio, pues el tema no era para nada fácil. Me eché para atrás y miré hacia arriba para encontrar la fuerza. Jon y Lidia me miraban algo preocupados y ansiosos.

—Tengo que contaros algo —dije de pronto.

—¿Ha pasado algo, Sam? —preguntó Lidia cogiendo mi mano.

La miré y asentí con el gesto contraído. La atraje hasta mí para arroparla unos segundos antes de contarles que había encontrado a su madre.

—¿Dónde? —la voz de Jon salió casi en un susurro. Se temía lo peor.

—Encontraron su cuerpo en una habitación de hotel… lo siento, lo siento. Sé que es una noticia…

—¿Es… está muerta? —musitó Lidia levantándose. Yo asentí intentando acercarme a ella.

Jon se quedó bloqueado, ni hablaba ni pestañeaba, no hacía nada. Yo abracé a Lidia que se derrumbó tras unos segundos.

Cuando mi amigo reaccionó, maldijo al hijo de puta del novio de su madre, estaba seguro de que ese hombre fue quien mató a su madre. Juró que lo encontraría y mataría con sus propias manos. Estaban derrumbados, no se lo creían y no era para menos.

Decidí quedarme con ellos el mayor tiempo posible y sobre las dos de la mañana, volví a mi casa. Cuando llegué, mi madre me estaba esperando en el salón, se había quedado muy preocupada. Me senté a su lado y eché la cabeza en sus piernas, necesitaba sus caricias relajantes como cuando era pequeño.

—Voy a echar de menos estos momentos contigo, mamá —declaré provocando que unas lágrimas involuntarias salieran de sus ojos.

Me incorporé y la abracé. Sabía que la iba a extrañar. Después de lo que pasó con la madre de Jon y Lidia, pensar en que la mía me podía faltar, hacía que me replantease muchas cosas y desistiera de irme a California. Pero no, lo tenía decidido, me marcharía.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó y asentí.

—Fui a darles la noticia a Jon y Lidia de la muerte de su madre. No sabes lo mal que lo están pasando, mamá.

—Es normal, hijo, perder a una madre es doloroso, pero ni te imaginas lo que es perder a un hijo… Eso es lo peor —me mandó una indirecta y le sonreí.

—Mamá, no me vas a perder… Solo me voy a otro país a estudiar. Vendré en vacaciones. —Mi madre seguía llorando. Llevaba muy mal mi partida.

Estuve consolándola por un rato y miré el reloj, este marcaba las cuatro de la madrugada. Mi madre se fue a dormir y yo me quedé en el sofá, me había acostumbrado a dormir ahí. Al rato me quedé dormido, aunque para nada iba a descansar, el sueño se hizo presente… Con el cabello rojo de Mia y la cara de Lidia. Era como si el sueño me dijera que busco a Mia, pero Lidia es a la que encuentro. Era algo extraño.

Sobre las diez de la mañana me desperté, parecía no haber nadie. Me fijé que en la mesa había una nota.

> Hijo, fuimos a casa de Lucía. Llegaremos por la tarde para preparar la fiesta. Te dejé comida en la nevera. Te quiero. Mamá.

Sonreí al leer el mensaje que me dejó mi madre. Pensaba en todo, y todo lo tenía controlado siempre.

Me levanté del sofá y subí a cambiarme de ropa, iría a recoger a Jon y a Lidia para que comieran conmigo. Se quedarían aquí, ya que mañana el avión hacia California salía muy temprano. Cuando estuve listo, bajé las escaleras y al salir de mi casa, me encontré en la puerta a Carlos y este no venía solo.

—¿Qué quieres, Carlos? No estoy para tus juegos ahora. —Este soltó una carcajada.

—No te preocupes, Jones, aquí solo jugaré yo. Agarradlo.

Los dos tipos que venían con Carlos me agarraron como pudieron, pues yo pegaba puñetazos y patadas a diestro y siniestro, pero al ser dos, terminaron por agarrarme bien y hacer que parara.

Carlos se acercó y me pegó una patada en el estómago que me dobló.

—Eres un hijo de puta y un cobarde. ¡Pelea contra mí, sin que me agarren! —grité mientras tosía por el golpe.

Carlos no escuchó. Patadas y puñetazos volaban y ya no podía mantenerme en pie.

—¡Una patada más y te vuelo la cabeza! —gritó mi padre apuntando a Carlos con una pistola —. Ya estáis soltándolo. —Lo hicieron y caí al suelo. Carlos miró a mi padre con odio—. Largo de aquí. ¡Ya!

Mi padre se agachó para ver cómo estaba y Carlos aprovechó la distracción para sacar una navaja del pantalón e intentar clavársela a mi padre por la espalda. Como pude, le quité la pistola a mi padre y le pegué un tiro en el pie. No lo iba a matar, yo no era un asesino.

—¡Eres un hijo de puta, Jones! —gritaba este tirado en el suelo.

Mi padre llamó a la policía y no tardaron en llegar. Cuando se lo llevaron a él y a los dos tipos que lo acompañaban, mi padre me ayudó a levantarme y entramos en la casa. La ambulancia llegó poco después, junto con mi madre que, al llegar y verme, casi se desmaya. Estaba bastante magullado. Los sanitarios me curaron, mientras tanto, mi padre fue a recoger a Jon y Lidia.

Me sentía dolorido, me habían pegado una buena paliza… Menos mal que al fin lo agarraron y pagaría por todo lo que nos había hecho todo este tiempo.

Mi madre estaba muy preocupada, les preguntaba a los sanitarios cómo estaba y estos le decían que estaba bien, pero ella no se lo creyó hasta que no me levanté y le di un abrazo… Habíamos pasado por tanto juntos que, ver que nos pasara algo ahora, la mataría.

CAPÍTULO 11

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que mi padre salió en busca de Lidia y Jon, pero llegaron enseguida. Lidia entró en casa y, al verme, corrió hasta mí y me abrazó fuertemente a la vez que me besaba en la mejilla.

—¿Estás bien? —se preocupó.

Agarré sus mejillas y la besé. Cada vez me gustaba más estar con ella, tenerla cerca, besarla. Todo iba muy rápido, pero no tenía miedo de lo que el futuro podía depararnos.

Después de todo el mal rato, llegó la fiesta y aunque Lidia y Jon no estaban para fiestas, ahí estaban pasándolo lo mejor posible. Había venido toda mi familia para desearnos buena suerte. Mi madre ya estaba más tranquila, así por lo menos estaría lejos de Carlos.

Brindamos, bailamos o lo intentamos Jon y yo, que éramos los heridos. La fiesta no duró mucho, más de dos horas, pues necesitaba acostarme para descansar y estar bien por la mañana, el viaje era muy largo. Me despedí de todos y con la ayuda de Lidia subí a mi habitación. Una vez arriba, nos acostamos juntos.

Mi necesidad por ella cada vez era más fuerte y el miedo de no poder amarla, también estaba presente.

—Sam… Cuando te vi, creí que moría. —Sonreí y la abracé aún más fuerte.

—No te preocupes. Estoy aquí, preciosa, no me alejaré de ti… Me tienes hechizado —declaré con sinceridad.

Se sonrojó e hizo algo que jamás habría esperado de ella, se puso a horcajadas encima de mí. Quería hacerme el amor ella, y eso hizo. Me hizo sentir que me lo daría todo y yo tenía que hacer lo mismo, le daría todo de mí, hasta mi corazón. Dios sabía que lo estaba intentando, aunque me estaba costando más de lo que creía.

Una noche llena de amor y pasión, dulce pasión en la que Lidia y yo, solo nosotros dos éramos los protagonistas. Después de todas las caricias y besos, de amarnos a oscuras, nos quedamos dormidos.

Volvía a correr tras ella, la chica de cabello rojo como el fuego, pero cada vez estaba más lejos, no la alcanzaba. ¿Por qué esta vez no lograba alcanzarla?

Por la mañana, Lidia se levantó temprano para arreglar todo y cuando me desperté ya lo tenía todo listo. Miré a ambos lados y no estaba por ninguna parte, poco después, salía del baño con una toalla alrededor de su cuerpo. La miré con picardía e hice que se acercara para verla mejor. Cuando la tuve lo más cerca posible, tiré de la toalla para que esta cayera al suelo y ella sonrió. Ya no se tapaba ni se escondía de mí. Al contrario, ahora se desnudaba para mí. Se subió encima de mis piernas y comenzamos a besarnos. Era increíble la confianza que teníamos el uno con el otro. Se levantó y me ayudó a quitarme los pantalones y me puso un preservativo. No apartábamos la mirada y estaba siendo lo más excitante que había hecho hasta el momento. Lidia volvió a sentarse, pero esta vez encima de mi erección, entrando despacio. Placer, eso era lo que sentíamos. Comenzó a moverse a un ritmo lento, volviéndome completamente loco, haciendo que olvidara todo, pensando solo en ella y claramente lo estaba consiguiendo. Siguió con ese ritmo infernal, hasta que la apreté más fuerte, arrancándole un grito por la sorpresa.

—Así… que quieres jugar —susurré en su oído y volví a hacerle lo mismo.

Ella, para castigarme, comenzó a moverse a un ritmo más fuerte, más frenético, haciéndome gritar como un puto demente. Me quería tener a su merced y no se lo pondría nada fácil. De un solo movimiento, me coloqué encime de ella.

—Sam, cuidado. Te harás daño —dijo asustada.

—No te preocupes, preciosa, me siento mucho mejor —exclamé penetrándola de una sola estocada.

Ahora era yo quien llevaba el control y le haría pagar por esa tortura. Besé todo su cuerpo, lamí cada centímetro de su piel haciéndola delirar.

—Sam, por favor, ¿me quieres volver loca? —preguntó extasiada y asentí.

Ya no podíamos más… Ya estábamos en ese punto que te hacía subir y bajar rápidamente, al igual que una montaña rusa. Los gemidos eran tapados por besos ardientes, para que nadie escuchara. Dos estocadas más y caímos en picado, dejándonos sin respiración, teniendo los latidos a mil por hora. Caí justo a su lado, completamente exhausto.

—Te quiero, Sam —manifestó y la miré. No sabía qué responderle, no sabía si era amor lo que sentía por ella. Era algo, sí, algo sentía, pero ¿qué?

—Yo... —musité preocupado por su reacción.

—No te preocupes. Sé que algún día me lo dirás —afirmó tranquila.

—Eres perfecta… No lo dudes. —Me levanté y tiré de ella para ducharnos juntos.

Después de haber hecho el amor de nuevo y habernos duchado, ya estábamos más que listos. Cogimos las maletas y bajamos a la cocina a desayunar. En la cocina estaba Jon, mi padre y mi madre. Nos estaban esperando y al entrar en la cocina, los tres nos miraron con una sonrisa socarrona que no me hizo ni pizca de gracia.

—Buenos días —saludamos a la vez.

—Buenos días, tortolitos —soltó Jon al vernos llegar agarrados de la mano.

Nos sentamos y me di cuenta de que mi madre estaba triste, me acerqué a ella y la abracé por detrás.

—Mamá, cuando menos te lo esperes, estaré aquí de nuevo. —Asintió a moco tendido y dejé que mi padre la consolara, era el único que la entendía.

Pasaron unos veinte minutos, cuando ya estábamos entrando en el coche. Teníamos que ir al aeropuerto. Cuando llegamos, nos dirigimos al mostrador para facturar las maletas. Minutos después, ya casi era hora de embarcar. Me acerqué a mis padres para despedirme de ellos y se me escaparon un par de lágrimas… También les echaría de menos, demasiado diría yo.

—Hijo, llama cuando te instales y, por favor, ten cuidado —susurró mi madre mientras me abrazaba.

Después me despedí de mi padre y por consiguiente Jon y Lidia. Mi madre le dijo a Lidia que cuidase de mí y ella asintió con media sonrisa. Las despedidas eran amargas, dolorosas y ya era hora de irse. Caminamos hasta el control policial y una vez lo pasé, eché la vista atrás y alcé la mano a mis padres con una sonrisa. Seguimos nuestro camino, pues teníamos que buscar la puerta de embarque. Pronto saldría el avión y ni siquiera sabíamos dónde era. Minutos después, la encontramos, había bastantes personas entregando los pasajes. Llegó la hora.

—Menos mal que no tenemos que esperar —expresó Jon nervioso.

—Sí, pero casi llegamos tarde —respondí.

Lidia tenía mi mano agarrada, pues estaba muy nerviosa. Era un cambio muy brusco en nuestras vidas. De pronto, nos veíamos en otro país viviendo juntos… Eso para ambos era un

paso muy grande a nuestra edad. Lidia con diecisiete y yo con diecinueve, no es que le llevara demasiada edad, pero éramos muy jóvenes.

Llegó nuestro turno, entregamos los pasajes y entramos emocionados, pero sobre todo muy nerviosos. Al entrar en el avión, nos sentamos, miré el reloj y este marcaba las diez de la mañana, estaríamos llegando a California sobre las tres de la madrugada, sería un vuelo largo y aburrido.

***

Después de pasar casi veinte horas de viaje, tenía las piernas dormidas. Nos levantamos y salimos del avión, caminamos hasta las cintas y esperamos a que salieran nuestras maletas. Una vez que las tuvimos, salimos del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Lidia se pasó las manos por los brazos y la abracé para poder abrigarla con mi cuerpo. No sabía que hacía tanto frío y no vinimos para nada abrigados.

—¿Para mí no hay abrazo? Yo también tengo frío —se burló Jon y los tres soltamos una carcajada.

Estábamos felices, sobre todo yo que, por fin, había llegado a mi destino, ese con el que siempre soñé. Además, sentía que mi destino estaba aquí, que era lo mejor que había hecho en toda mi vida y de lo que no me iba a arrepentir jamás. Cogimos un taxi y le dije en un perfecto inglés la dirección del edificio donde estaba el apartamento.

—Oye, no sabía que hablaras inglés tan bien —exclamó Lidia.

—Me enseñó mi padre, he aprendido mucho de él —respondí nostálgico.

Ya los echaba de menos. Tenía que mirar la diferencia horaria para poder llamarlos y decirles que habíamos llegado bien. Media hora después, llegamos a un edificio enorme y señorial, totalmente de lujo. Salimos del taxi y entramos en este. Había un señor mayor que supuse sería el portero, me acerqué a él y comencé a hablarle en inglés, pero él me respondió en español al darse cuenta de que éramos españoles.

—Buenas noches, mi nombre es Samuel Jones… Tengo un apartamento en la planta veintiocho. —El portero asintió.

—Encantado Sr. Jones. Mi nombre es Arthur, su padre se comunicó conmigo hace tres horas informándome de su llegada. Su apartamento está en la última planta —respondió amablemente.

—Gracias. Ellos son Jon y Lidia, ella es mi novia. Nos veremos muy a menudo, Arthur. Buenas noches.

—Que pasen buena noche —expresó.

Caminamos hasta el ascensor y subimos hasta la planta veintiocho. Cuando la puerta se abrió dejándonos verlo, nos quedamos con la boca abierta. Mi padre se había pasado, no era normal el «apartamento», más bien parecía una mansión lo que teníamos delante. Todo lleno de lujo, no le faltaba ni un detalle.

—¡Joder!, en mi vida he visto una casa de este tamaño, y mira que la tuya es grande, Sam. —Jon silbó mirando para todos los lados.

—Mi padre se ha pasado. Esto… esto es demasiado. ¡Joder! Pero si tiene hasta piscina —expresé al salir al balcón.

—Buenas fiestas vamos a hacer aquí. —Jon seguía mirándolo todo.

Lidia se quedó perpleja, le agarré la mano y tiré de ella escaleras arriba para ver las

habitaciones, había cuatro.

—¿Para qué tantas? —pregunté incrédulo.

—Yo creo que tu padre la compró pensando en tu futuro. Es una casa grande, donde vivirás con tu mujer y futuros hijos —dijo Jon con diversión detrás de nosotros y Lidia se puso roja.

—Como sea.

Abrimos la primera puerta y esta tenía una cama de matrimonio, un vestidor y un baño. Todo estaba decorado en tonos grises y blancos. Era bastante amplia, a decir verdad, era tres veces mi habitación de casa de mis padres.

—Esta para mí, ¡joder! Si el tamaño de esta habitación es igual que mi casa entera —habló Jon y comenzamos a reír.

Lidia y yo entramos en otra donde había un enorme escritorio con toda la tecnología necesaria y bastantes estanterías llenas de libros. Me acerqué a una de ellas y esta estaba llena solo de libros de medicina, cosa que hizo que unas lágrimas se me escaparan. Esto era más de lo que me esperaba. Salimos y entramos en la siguiente, también enorme, aunque más grande que la anterior. En cambio, esta era entera de color blanco y la decoración en tonos plateados. Tenía una cama de matrimonio y me di cuenta de que, encima de esta había un sobre grande que ponía *PARA SAM*. Lo cogí y abrí nervioso, reconocí la letra de mi padre enseguida. Dentro del sobre había dos tarjetas de crédito, yo seguía sin poder creer todo lo que estaba viendo. Comencé a leer la carta.

> Hijo, si estás leyendo esto, es porque llegaste a tu destino y sobre todo a tu habitación, y si eres Jon, «dale la carta a Sam, Jon».

Solté una carcajada.

> Bueno… Si Jon ya te dio la carta, prosigo. Dentro del sobre te dejé dos tarjetas, no tienen límite de crédito. Son para ti y tus gastos, yo confío en ti y sé que no malgastarás el dinero, incluso creo que serás como tu madre y no quieres ser un mantenido, pero a mí me da igual, úsalas, por favor. Bueno, no tengo nada más que decirte. Bueno, sí, que te quiero y que, sobre todo, seas feliz y consigas tus metas. Te echaremos de menos.

CAPÍTULO 12

Terminé de leer llorando, tenía al mejor padre del mundo, aunque no lo fuera biológicamente, él me había dado todo sin pedir nada a cambio… Por eso, le haría caso y conseguiría mis metas. Lidia se acercó a mí y me abrazó por detrás. Me di la vuelta y la estreché entre mis brazos.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Jon entrando en la habitación.

—No, aunque ya deberíamos acostarnos, mañana tenemos que madrugar para ir a la entrevista de la universidad —respondí y Jon asintió.

—Es verdad. Bueno, Lidia, vamos, que tú dormirás conmigo —dijo Jon serio.

Lidia y yo nos miramos y suspiré. Quería compartir la habitación con ella, quería compartirlo todo con ella, aunque aún siguiera sin saber qué sentía. Salí de la habitación y cogí del brazo a Jon para hablar con él a solas. Mi amigo debía saber que no le haría nada a su hermana que ella no quisiera, pero también debía entender que éramos novios y debía confiar en nosotros.

—¿Qué pasa, Jon? —pregunté y mi amigo frunció el ceño.

—Nada. Es solo que no quiero que durmáis juntos. Sé que sois novios y ya me ha quedado claro que no le harás nada malo, pero… —bufó—. Sam, entiéndeme, ¿qué harías tú en mi lugar?

—Tienes razón —exclamé—. Solo dormiremos, ¿vale? —Jon asintió y se fue no muy convencido a su habitación.

Volví a entrar en la mía y Lidia miraba por la ventana cabizbaja. Me acerqué a ella y la abracé por detrás; al hacerlo, la escuché sorber la nariz y la obligué a darse la vuelta.

—Eh, eh, ¿qué ocurre? ¿No estarás así por tu hermano? —Negó agachando la mirada.

—No es eso. Es solo que, aún no me creo que mi madre no esté… ¡Joder!, todo esto, todo lo que estamos viviendo es demasiado —expresó—. Necesito a mi madre y no sé hasta qué punto podré vivir sin ella. —Sus lágrimas se hicieron más visibles, más dolorosas.

La cobijé entre mis brazos y mientras acariciaba su espalda y su largo cabello negro, besaba su cabeza con cariño. Entendía su dolor y pensaba en mi madre, si a mí me hubiera pasado algo similar, estaría muerto en vida. Cuando estuvo más calmada, se separó de mí y después de darme un beso en los labios a modo de buenas noches, caminó hasta la puerta para marcharse, agarré su brazo y se dio la vuelta.

—¿Dónde vas? —pregunté ansioso.

—A mi habitación —respondió Lidia confundida y sonreí negando.

—Ya estás en tu habitación, preciosa. —La atraje hasta mí y la estreché de nuevo entre mis brazos.

—Sam, yo creo que debería tener mi propia habitación —susurró y fruncí el ceño.

Pensé que ella quería dormir conmigo, yo no quería que se apartara de mí. Cada vez me sentía más posesivo con ella y la necesitaba a mi lado.

—¿Por qué? Somos novios. ¿Qué hay de malo?

—Llevamos muy poco tiempo juntos, creo que, si empezamos a compartir todo tan rápido, puede que te aburras. —Solté una carcajada.

—Anda, ven aquí, no digas tonterías. Me encanta estar contigo y no creo que me aburra —afirmé—. Vamos a la cama. Mañana guardaremos todo. —Lidia asintió no muy convencida y

nos cambiamos de ropa.

Nos acostamos y Lidia echó su cabeza en mi pecho, lo acariciaba mientras yo a ella, la espalda. Era muy reconfortante estar así de a gusto. Estuvimos un rato hasta que se quedó dormida. En cambio, yo seguía despierto pensando en lo que haría a partir de ahora. Lo tenía claro, me sacaría la carrera y luego intentaría una vida junto a Lidia, aunque el recuerdo de Mia perdurara para siempre.

Por la mañana

Me levanté temprano, teníamos la entrevista en la universidad y no podíamos llegar tarde. Fui al baño y me metí en la ducha. Todo lo hice en un tiempo récord y en tan solo quince minutos estaba listo. Me acerqué a Lidia y le di un beso en los labios.

—Mmm. ¿Ya te vas? —preguntó perezosa.

—Sí, pero después vendré a por ti. Hay que buscar un instituto para que termines tus estudios —respondí y asintió.

Volví a besarla y salí de la habitación en busca de Jon, al no encontrarlo en su habitación, bajé las escaleras y me dirigí hasta la cocina para tomarme un café. Mi amigo estaba ya desayunando, me acerqué a él y le quité una de las tostadas que tenía en su plato. Me echó una mala mirada y le tiré el trapo en la cara haciendo que se levantase a pegarme.

—Pero ¿qué cojones te pasa?, coge tu propia tostada —escupió Jon y soltamos una carcajada.

—¿Cómo dormiste? Porque con lo grande que es la cama, debiste dormir muy bien —hablé con sorna.

—Muy bien. En cambio, tú, no habrás dormido nada… —respondió cabreándome. No me gustaba hablar de mis intimidades y menos si eran con su hermana.

¿En qué cabeza cabía que hable con mi cuñado de lo que hacía con su hermana? Encima menor de edad. Cualquiera diría que estábamos locos. Pero ¡joder!, qué locura más preciosa. Sonreí como un idiota al pensar en Lidia. Poco a poco, mis recuerdos estaban pasando a tercer plano en mi vida y todo gracias a ella. Nunca pensé que pudiera dejar de pensar en Mia por más de un día y lo estaba consiguiendo.

Cuando acabamos de desayunar, salimos del apartamento. Después de bajar en el ascensor y llegar a la entrada, donde el conserje ya estaba en su puesto de trabajo, este nos saludó con una grata sonrisa.

—Buenos días, Arthur —saludé. Me dirigí hasta la salida, pero me paró.

—Sr. Jones, anoche se me olvidó entregarle las llaves de su auto. —Abrí los ojos sorprendido.

—¿Qué auto? —pregunté y Arthur extendió su mano derecha y me entregó las llaves de un Audi.

—Su padre dejó el auto aparcado en el aparcamiento privado del edificio —declaró y no me lo podía creer.

Volvimos a entrar en el ascensor y bajamos al aparcamiento. Le di al botón de la llave para saber cuál era y, a lo lejos, había un Audi A8 de color plata que parpadeó las luces. Jon y yo nos miramos y sonreímos, nos acercamos al coche y entramos. Metí la llave despacio, como si lo fuera a romper y arranqué. Indiqué en el GPS la dirección de la universidad y puse música. Y cómo sonaba…

—¡Pedazo de coche! —exclamó Jon.

—Mi padre estuvo en todo —hablé impresionado.

Seguimos nuestro camino y después de media hora de trayecto llegamos. Aparqué y un grupo de chicas nos miraban y sonreían. Nos bajamos del coche y cruzamos el campus para llegar a la entrada de la universidad. Una vez dentro, nos acercamos al mostrador.

—Buenos días, el decano Thomson, ¿está? —pregunté en inglés a la señora que había detrás.

—¿Quién lo busca? —preguntó mirando por encima de las gafas.

—Samuel Jones. —Abrió los ojos y asintió.

—Ah, los españoles. Esperad un momento, voy a avisar al decano que habéis llegado —explicó y se metió en el despacho.

Después de dos minutos salió, indicándonos que podíamos pasar. Entramos y había un señor mayor que, en su placa ponía: Carl Thomson. Nos indicó que tomáramos asiento y eso hicimos.

Estuvimos por más de una hora hablando con él. Jon y yo íbamos a estudiar medicina y comenzábamos al siguiente día. El decano era simpático, pero claro, eso era solo al principio. Salimos de la universidad y fuimos al apartamento para recoger a Lidia. Teníamos que ir al instituto más cercano de la universidad para que echara la matrícula. Al llegar, Lidia ya nos esperaba abajo y esta al ver el coche, se quedó con la boca abierta. Entró con una sonrisa de oreja a oreja, se veía hermosa.

—¡Vaya cochazo! —Silbó haciéndonos reír. Era tan parecida a Jon.

Arranqué y fuimos al instituto. Cuando llegamos, nos bajamos del coche y Lidia me agarró de la mano nerviosa. La miré y le hice una señal para saber si estaba bien, ella asintió y caminamos al interior del centro. Al llegar, nos acercamos a secretaría y pedimos los papeles de la matrícula.

Jon y yo nos quedamos en segundo plano mientras ella rellenaba la solicitud. Por un momento, la vimos suspirar y ambos nos miramos. Jon se acercó a su hermana para preguntar qué pasaba, mientras que yo, en ese momento, en ese maldito momento, no estaba aquí. Mi mirada estaba en otra parte, mi corazón latía desbocado y estaba a punto de salir corriendo y huir de todo. ¿Por qué a mí? ¿Por qué aquí?

—Sam, ¿me estás escuchando? —Lidia me tocó el brazo y así reaccioné.

«¿Será ella?», pensé.

—¿Eh?, sí. Lo siento, me distraje un momento. ¿Has terminado? —Negó y me besó. La correspondí, aunque seguía en otro planeta.

—¿Qué ocurre? —pregunté nervioso.

Lidia miró hacia donde mi mirada seguía y se tapó la boca con su pequeña mano. Ella pensó lo mismo. Ambos mirábamos a una pelirroja de largo cabello. Entonces, se dio la vuelta y nuestros ojos conectaron. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo. Agarré fuerte la mano de Lidia y salí del centro a toda prisa, tirando de ella y dejando a Jon en su interior. No podía seguir en el mismo lugar que ella. Entramos en el coche y me quedé mirando a un punto muerto.

Lidia me miraba y yo seguía perdido. Tocó mi mano y yo seguía perdido. De pronto Jon entró en el coche y bufó cabreado, quejándose de haberlo dejado tirado en el instituto. Pero se calló al ver que yo no decía nada, ni una sola palabra salía de mi boca. No podía.

—¿Qué pasa? Tío, parece que has visto un fantasma —habló Jon, pero yo no escuchaba nada.

Era como si me hubiera encerrado en mi interior, como si todo lo que había avanzado con Lidia estuviera pendiendo de un hilo. No podía consentir que, con solo verla, consiguiera joderme la vida de nuevo. No lo iba a permitir.

—Yo creo que la vio, o lo imaginó —bufó Lidia desesperada.

Al escuchar su voz temerosa, no pude más que reaccionar.

—¡No vi nada! ¿Queréis ir a conocer California? —pregunté intentando tapar mi nerviosismo y ambos asistieron, así por lo menos olvidaríamos lo que acababa de pasar.

CAPÍTULO 13

Estuvimos toda la tarde paseando por California. Entramos a una cafetería del centro para tomar un café y entre risas pasamos el día, aunque yo seguía distraído. Ver a esa chica, me afectó más de la cuenta además de hacer sufrir a Lidia, porque, aunque ella intentaba pasarlo bien, no lo conseguía y yo me di cuenta de ello.

—De verdad, me encanta el café de este sitio —dijo Jon y reímos.

—Bueno, creo que deberíamos irnos, ya son las diez y mañana todos tenemos que madrugar —sugerí y Lidia negó agachando la cabeza. ¿Qué le pasaba?

—En realidad… Yo no tengo que madrugar, Sam —expresó Lidia y arrugué la frente sin entender nada—. No puedo entrar en el instituto a menos que venga mi madre. Y ella… no está. Jon no es mi padre, soy menor. ¡Dios! Esto es una mierda. ¿Qué haremos ahora?

—Tranquila, Lidia. Ya verás cómo todo se arregla. Hablaré con mi padre para que nos ayude —le expliqué y la atraje hasta mi cuerpo para abrazarla.

Minutos después nos levantamos y fuimos a la barra a pagar los cafés. Nos dirigimos hasta la salida, y antes de salir, en una de las mesas volvimos a ver a la chica de cabello rojo. Volteé la cabeza y la miré, volviéndome a quedar estático. La desconocida volvió a mirarme y se puso seria, aunque no apartaba la mirada de mí. Luego bajó su mirada hacia mis manos entrelazadas con las de Lidia y sus ojos azules como el cielo se cristalizaron. Miré a Lidia y tiré de ella para salir del lugar. No me sentía bien.

Ya en el coche, arranqué y salí a toda prisa, pisé el acelerador, tanto, que no me di ni cuenta de lo rápido que iba.

—¡Eh, tío!, afloja un poco, vas muy rápido. Nos mataremos.

—Lo siento, no me di cuenta —respondí y volví a mirar a la carretera.

Aflojé un poco, aunque ya estábamos llegando. Dejamos el coche en el aparcamiento y nos bajamos. Entramos en el ascensor y un silencio incómodo inundó el cubículo. Al llegar al apartamento, caminé dirección a las escaleras para subir a mi habitación y encerrarme por horas.

—Sam, ¿te sientes bien? —Lidia estaba preocupada.

—Sí, solo necesito una ducha —respondí sin mirar atrás.

Subí las escaleras y entré en el dormitorio, luego fui directo al baño, me desnudé y después de entrar en la ducha, abrí el grifo. Me metí bajo el chorro para relajar los músculos tensados. Me sentía frustrado, pegué un puñetazo en la pared de mármol, haciéndome daño, hiriéndome. Aunque nada era comparado con el dolor que sentía en el alma.

—¿Era ella? Sí, era ella, pero ¿por qué ahora? —susurré con lágrimas en los ojos. Sabía que era ella. Era Mia.

Pero ¿qué hacía aquí? Estaba en Noruega. Preguntas y más preguntas, así no lograría relajarme. Escuché unos toques en la puerta.

—Sam, ¿puedo pasar? —preguntó Lidia al otro lado de la puerta y le dije que sí.

Entró y al ver mi mano ensangrentada se asustó. Corrió hasta mí y se metió en la ducha para ver mi mano, sin darse cuenta de que se estaba mojando. Yo no podía ni mirarla, en este momento estaba teniendo una crisis sentimental que me estaba destrozando por dentro y sabía

que podía hacerle daño.

—¿Qué te pasó?

—Nada, no te preocupes —respondí despreocupado, aunque me dolía horrores, seguro me la había roto.

—Sam, sé por qué estás así y lo comprendo, pero...

—Tú no comprendes nada. —Mi voz sonó dura.

Provoqué que saliera del baño sorbiéndose la nariz, lo que hizo que me diera cuenta de mi error. Salí de la ducha y me enrollé una toalla alrededor de mi cintura para ir a buscarla. La encontré a punto de salir de la habitación, pero antes de que lo hiciera la abracé por detrás. Lidia se resistió.

—Lo siento, lo siento. Tú no mereces que te trate así. Perdóname, por favor —supliqué.

No quería perder a Lidia, aunque me sentía muy confundido. Sabía que la quería, no de la misma manera que a Mia, pero ya era un paso, ¿no?

—Sam, tienes que pensar. Será mejor que está noche duerma en otra habitación —habló apenada, pero me rehusaba a dejarla ir.

—Lidia, yo… Te quiero —confesé y sentí cómo su cuerpo se tensaba entre mis brazos.

Se dio la vuelta y me miró con los ojos vidriosos. Las lágrimas no me dejaban ver sus preciosos ojos. Entonces cogí sus mejillas con ambas manos y la besé, pegué mis labios a los de ella. Sí, quería besarla. Sí, la quería. ¿La quería? Sí, claro que sí… Pero no la amaba. Aunque qué mejor modo que empezar con un te quiero.

—Yo también te quiero —respondió con nuestros labios aún pegados.

La apreté más fuerte, la subí a mi cintura, ella enroscó sus piernas. Seguía besando sus labios con puro deseo, un deseo irrefrenable, algo que no sabría explicar. Le levanté la falda que llevaba puesta y de un tirón le arranqué el tanga que llevaba y que ahora yacía en el suelo hecho trizas. La penetré sin contemplaciones, a un ritmo frenético, haciéndola delirar de pasión. Le hice el amor de pie, apoyados en la pared.

—Sam… Sam —susurraba Lidia mientras que un gemido se escapó desde lo más profundo de su garganta.

Seguí moviéndome con desesperación, intentando no pensar en nada, solo ella y yo. Digo intentando, porque la cara de Mia se proyectaba en mi mente como llamaradas de fuego, quemando todo a su paso. Cerré los ojos con fuerza y volví a abrirlos para volver a ver a Lidia. Lo conseguí, la vi a ella y no a Mia. Sin terminar, caminé con ella hasta el baño y nos metimos en la ducha, donde seguí penetrándola con dureza.

Poco a poco, me fui dando cuenta de que esto no era amor, esto era puro deseo, sexo y nada más y no quería sentir esto. Necesitaba hacerle el amor, hacerla sentir amada, deseada, pero no lo estaba consiguiendo. Lidia me miró y con voz aterciopelada me dijo:

—No temas, Sam… Poco a poco.

Poco después, terminamos. Tan desesperados, tan ansiosos, tan agotados. Lidia era puro amor, pura pasión y con eso debía bastar para conseguir que cayera a sus pies. Salí de su interior y después de ducharnos, salimos del baño y nos acostamos. Ya era tarde y yo sí tenía que madrugar.

—Buenas noches, preciosa. Descansa —dije dándole un beso en la cabeza.

Ya estaba dormida, yo seguía despierto. No podía dormir, solo podía pensar en Mia, en Lidia, en el lío que tenía en mi cabeza y en mi corazón.

«No voy a dejar que me jodas la vida, Mia», pensé.

—Yo quiero a Lidia… Sí, la quiero. Ella me hará olvidarte —me dije auto convenciéndome.

¿Pero, era así realmente? No sabía qué iba a pasar. Lo único que tenía claro era que no iba a dejar que Mia se acercara a nosotros siquiera. No iba a permitir que más personas sufrieran por su culpa. Dando vueltas, al final me quedé dormido, aunque volví a soñar con Mia, porque sí, era ella todo este tiempo.

CAPÍTULO 14

Mia
Horas antes

Me levanté esa mañana muy temprano, aunque estaba bastante cansada, ya que llegué el día anterior de Noruega. Ya tenía bastantes problemas con mis abuelos, así que decidí irme a vivir con mi tía Nora. Ella era la hermana de mi padre, la única hermana y familia que me quedaba. No quería estar más con mis abuelos, no me llevaba bien con ellos y siempre decidían por mí, sin dejar que tomara mis propias decisiones.

Cuando decidí irme a vivir con ellos, dejé a mi madre totalmente tirada, no lo pensé realmente, pero es que… Simplemente estaba muy cabreada con ella y fue la única solución que encontré al problema. Ahora me arrepentía de todo lo que le hice pasar a mi madre. Pero es que no estaba de acuerdo con ella. Que se quedara con una niña que no era suya, solo por el simple hecho de que se lo pidiera su nueva pareja. Se quedaron con la hija de la prima de Eduardo, ella murió y le dejó la custodia a Elisabeth, la madre de Sam, pero mi madre y su novio pensaron que sería bueno para ellos, así que la adoptaron. Eso pasó cuando yo tenía diez años y con quince me fui a vivir con mis abuelos. La situación con mi madre era insostenible y peleábamos en todo momento.

Al irme con mis abuelos, mi relación con Sam se fue enfriando, tanto, que me obligaron a dejarlo. Mis abuelos volvieron a decidir por mí y me jodieron la vida, no dejándome ver al chico que amaba y seguía amando más que a mi propia vida, pero ¿qué podía hacer? Ya lo había perdido. Y mis abuelos comenzaron a meterme a un chico por los ojos, era de buena familia, pero Ethan, que así se llamaba, no era él, no era Sam.

Me fui a la ducha, tenía solo una hora para arreglarme. Era mi primer día de mi último año de instituto y lo terminaría en California. No quería llegar tarde, menos mal que estaría mi prima Britany que también terminaba este año. Así que, seguramente estaría en su misma aula.

Me estaba arreglando en el mismo momento que entró a mi habitación mi prima. Venía en mi busca como las locas.

—Mia, ¿te falta mucho? Mi madre ya está como loca esperándonos —dijo metiéndome prisa.

Aunque ya estaba casi lista, solo me quedaba maquillarme un poco y peinarme. Fui al baño y decidí dejar mi cabello suelto. Tenía el pelo muy largo y rojo, pasaba bastante calor a veces, pero me rehusaba a cortármelo, Sam me dijo que le encantaba y aunque quisiera, no podría hacerlo.

—Ya, ya estoy. No seas impaciente, ya sé que quieres presentar a tu mejor prima a la sociedad —exclamé y Britany soltó una carcajada.

—Eres mi única prima y, sí, es verdad, estoy loca por presentarte a todos mis amigos. No tengo hermanos y tenerte aquí es como si los tuviera —declaró y la abracé con cariño.

Brit y yo no habíamos pasado mucho tiempo juntas por culpa de nuestra familia y estar con ella ahora, era mucho para mí. Por lo menos sabía que alguien me quería de verdad y no me utilizaba. Bajamos las escaleras y mi tía nos esperaba en la puerta, salimos de casa y entramos en el coche, ella nos llevaría hasta que pudiéramos tener nuestro propio vehículo. Menos mal que

ella trabajaba desde casa, ya que era promotora de eventos y todo lo hacía desde su despacho.

Íbamos en el coche escuchando música y sonó una que me recordaba a Sam, por instinto me toqué el colgante que ambos teníamos, ese que no me quité al dejarle y que no me quitaré jamás. Yo tenía una luna con su nombre por detrás. Era el único recuerdo que me quedaba de él. La canción que sonaba era **Flash light - Jessie J**.

Después de un rato de trayecto llegamos al instituto y salimos del coche como locas. Brit ya estaba buscando a su amiga Alison para presentármela. Entramos en el instituto y Alison estaba al lado del despacho del director. Llegamos hasta ella y Brit la saludó con un efusivo abrazo.

—Alison, ¿qué hiciste esta vez? —preguntó mi prima preocupada, su amiga siempre estaba metida en problemas.

—No te preocupes, solo le di su merecido a Emma. Empezó a decirme lesbiana, ya sabes cómo es esa zorra… —expresó Alison.

Mi prima me explicó que esa tal Emma siempre las andaba molestando, aunque era una realidad. Alison era lesbiana y claro, en el instituto era como tener un marciano, la gente puede llegar a ser muy cruel.

—No le hagas caso, ¡en realidad es que está enamorada de ti! —gritó Brit en el momento en el que Emma pasaba por nuestro lado.

De pronto, mi prima dejó de tomarle atención a Emma, para quedarse embobada con una chica morena guapísima. Por cierto, sí, es lo que estáis pensando. Brit también era lesbiana.

Brit no dejaba de mirar a esa chica y no era para menos. Entonces, mi prima me hizo voltearme y miré a la chica de nuevo, ahora estaba acompañada de un chico que, por lo visto no dejaba de mirarme. Cuando lo hice y nuestros ojos conectaron, sentí cómo mi pecho se paraba en ese instante. La morena se dio cuenta y lo besó. Después de estar mirándonos unos largos minutos, él rompió el contacto y salió corriendo como si hubiera visto a un fantasma, pero yo…, yo me quedé estática, con mis pies anclados al suelo, sin poder moverme.

—Mia, ¿quién era? —preguntó Brit.

—Sam. —Solo dije eso y lo hice tan bajito que casi no me oyó.

Me sentía frustrada y a la vez feliz de volver a ver después de tres años a la persona que más amaba y a la que nunca pude olvidar, pero ¿quién era ella? ¿Y por qué lo besaba?

—¿Qué Sam? ¿Tu Sam? —Asentí rompiendo en lágrimas. Brit me abrazó para calmarme, pues me había quedado en un estado deplorable.

Minutos después, sonó la campana avisando que debíamos entrar a nuestras respectivas aulas. Y como ya creíamos, estaba en la misma que Brit y Alison. Al entrar, mi prima y su amiga estaban sentadas juntas y solo quedaba un sitio libre al lado de un chico moreno de ojos verdes. Este me miró y me sonrió.

El profesor me presentó y me indicó que me sentara al lado del «ojazos» como ya le había apodado, le hice caso y me senté.

—Hola, soy Colton —se presentó.

—Mia —dije sin más con una minúscula sonrisa.

No sabía por qué, pero me cayó bien. Las clases habían sido un tostón y más si no dejaba de pensar en Sam. Nunca hubiera imaginado encontrármelo justo aquí.

Después de pasar una mañana aburrida, terminamos y salimos del aula hablando de Colton. Mi prima me dijo que era el hermano de Alison, así que ya conocía a los amigos de Brit. Salimos del instituto y fuimos a una cafetería del centro. Todos iban allí después de clases y allí mismo comimos y pasamos la tarde y parte de la noche. El local tenía billares y varios juegos para tener

a los jóvenes entretenidos y cómo no, gastando dinero.

Colton se pasó todo el día haciéndome reír y lo agradecí, pues con su simpatía hizo que me olvidase un poco de todo. En cambio, Alison estaba muy loca, serían hermanos, pero no se parecían en nada.

Sobre las diez de la noche estábamos hablando animadamente, cuando nuestros ojos volvieron a conectar. Sam estaba en la puerta de la cafetería, ya se iba.

«¿En qué momento llegó que no lo vi?», pensé.

De pronto miré hacia abajo y vi su mano entrelazada con la de la chica morena que habíamos visto en la mañana. Una estúpida lágrima se me escapó, haciendo que Sam volviera a reaccionar y volvió a huir. Me levanté y salí corriendo en su busca, tenía que hablar con él, pero cuando salí a la calle, había arrancado el coche y salió muy rápido. Iba a mucha velocidad, enseguida me preocupé por él, pero no podía hacer nada, así que volví a entrar y mi prima me miró con preocupación. Me senté y escondí mi cara entre mis manos y me puse a llorar.

—¿Qué pasa, Mia? —se interesó Colton.

—Era él, estaba aquí. ¿Por qué huye de mí? Ni siquiera me dejó hablarle —dije con un nudo en el estómago.

Colton miraba a mi prima sin entender, pero yo en ese momento no estaba por la labor de explicar nada.

—Es Sam, su exnovio. No lo veía desde hacía tres años y ella todavía lo quiere —explicó Brit.

Me levanté y miré a mi prima.

—Vayámonos a casa, Brit, por favor —supliqué.

—Yo la llevo, no te preocupes. Vosotras quedaros más tiempo si queréis —se ofreció Colton y mi prima asintió.

Salimos de la cafetería en silencio y nos montamos en su coche. Él quiso entablar conversación, se le notaba, pero no se atrevía. Yo estaba hecha una mierda, con mi mente bloqueada, solo con recuerdos del pasado. Muchos recuerdos buenos, pero también estaban los malos, esos que me han martirizado estos tres malditos años sin él.

CAPÍTULO 15

Mia

Llegamos a casa de mi tía y seguíamos en total silencio. Me sentía mal por Colton, ya que él no tenía la culpa de nada, pero ¿qué podía hacer? Colton detuvo el coche y me quedé sentaba en su interior.

—Gracias por traerme —dije de pronto rompiendo el silencio.

—¿Estás bien, Mia? —me preguntó preocupado.

—Lo estaré… No te preocupes —respondí y salí del coche. Colton esperó hasta que entré en la casa y después se fue.

Al entrar, mi tía salió a recibirme, claro, llegaba sola. Se enfadó al no ver a mi prima, pero ya estaba acostumbrada, mi prima siempre aparecía más tarde. La verdad, a mi tía le extrañó mi hora de llegada, se dio cuenta del estado en el que yo estaba y se acercó a mí preocupada.

—¿Te pasa algo, cariño? —me preguntó con dulzura.

Ella me quería mucho, siempre me decía que sería mi segunda madre, que siempre estaría para mí y no me defraudó. Yo era lo único que le quedaba de su hermano, mi padre.

—No es nada, solo estoy cansada. Me voy a la cama —respondí, pero mi tía no me creyó y me arrastró al sillón.

—Cuéntame qué te pasa cielo.

—He visto a Sam y ¡Dios!, al principio me puse feliz de verlo, está guapísimo. Ya es todo un hombre. Pero... estaba acompañado. Tiene novia, es una chica muy guapa —hablaba alterada y no era para menos.

—Entiendo. Entonces estás así porque lo viste con otra, ¿me equivoco? —asentí sorbiéndome la nariz.

Eso era justamente lo que me pasaba, estaba celosa. Siempre soñé con este encuentro, pero nunca me imaginé que sería así. Nunca pensé que él rehiciera su vida sin mí y eso me dolía, dolía demasiado, pero ¿qué podría hacer ahora si fui yo quién lo apartó de mi vida? Me culpaba por ello. Nunca tuve que hacerles caso a mis abuelos, me habían arruinado la vida separándome de la persona que amaba. Había cometido el peor error y lo estaba pagando con creces.

Lidia

Me desperté por los movimientos de Sam. Lo miré y estaba sudando, balbuceando cosas sin sentido. Hasta que dijo su nombre.

—Mia… Mia.

Estaba soñando con ella, con Mia. Me desesperé tanto que necesitaba despertarlo, pero no pude hacerlo, no cuando dijo: «Mia, te amo». Me levanté y me fui directa al baño, no podía seguir escuchándolo y tampoco lo despertaría. La amaba, ¡joder!, sabía que esto pasaría, pero estaba tan ciega de amor y llena de esperanza, que no me di cuenta. Reconocerlo dolía, dolía

como si un puñado de cuchillos se clavaran en mi corazón, desquebrajando todo a su paso. Era horrible sentirse así.

Después de un rato en el baño, consideré que debía salir; al hacerlo, miré a la cama y Sam ya no estaba, fui a buscarlo y se encontraba en el balcón. Se le veía preocupado, pero sobre todo muy triste.

—¿Se estará arrepintiendo de estar conmigo? —me pregunté a mí misma.

Sam se dio cuenta de mi presencia y miró en mi dirección. Nuestros ojos conectaron y mi corazón se paralizó al comprobar que estaba llorando, me acerqué a él y lo abracé, lo acuné entre mis brazos, pues era lo que sentía que debía hacer.

—Eh, ¿qué ocurre? —pregunté mientras acariciaba su espalda desnuda.

—Me escuchaste, ¿verdad? —asentí y agaché la cabeza, aunque Sam no permitió que lo hiciera y me miró a los ojos.

—Lo siento, de veras que lo siento… Pero es que no lo puedo evitar. Yo sé que te quiero. Es que es.... Es que es Mia y no sé. Estoy hecho un puto lío, perdóname —dijo para después marcharse y dejarme sola en el balcón.

No podía con esto, no podía permitir que Sam jugase conmigo. A lo mejor la solución era que volviera a España e intentar rehacer mi vida allí.

Samuel

La dejé sola en el balcón, sabía que estaba haciéndolo mal, que la estaba cagando, pero en este momento no me sentía nada bien. Subí a mi habitación y me vestí. Necesitaba salir de aquí. Miré la hora en el reloj de la mesilla y marcaban las cuatro de la madrugada. Me dio igual y salí, bajé las escaleras y Lidia seguía en el mismo sitio donde la dejé. Estaba destrozada, lloraba sin consuelo. Le había hecho daño, algo que juré que no haría… Pero ¿qué podía hacer si yo estaba peor que ella? Me di la vuelta y me marché. Solo quería desaparecer y que no me encontraran jamás.

Bajé al aparcamiento y me monté en el coche. Mientras conducía, cogí el móvil y conecté él manos libres, marqué el número de mi padre y me lo cogió enseguida. Menos mal que en España no era demasiado tarde.

—Sam, hijo, por fin llamas. ¿Cómo estás? —me preguntó mi padre.

—Bien, papá. ¿Mia tiene algún familiar aquí en California? —hablé un poco alterado.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Solo dime, papá. —Estaba desesperado. Tenía que verla y hablar con ella, aunque fuera de madrugada.

—Su tía Nora… Vive allí, pero ¿por qué quieres saberlo?

—Te lo diré, pero primero dime dónde vive, por favor. Te prometo que te llamo más tarde para contarte —respondí y mi padre bufó desesperado. A veces era muy insistente. En eso había salido a mi madre.

—Está bien, te lo enviaré por mensaje, pero hijo, por favor, llámame después y no te metas en líos —exclamó y colgué.

Después de diez minutos, mi padre me envió la dirección de la tía de Mia, no estaba muy lejos, así que fui hasta allí.

Cuando llegué no sabía qué hacer, miré a todas las ventas, buscando la de Mia, pero ¿cuál

sería? Podría ser cualquiera de las cuatro. Me daba igual, yo solo quería verla y conseguiría hacerlo, aunque avisaran a la policía. Estuve un rato dando vueltas, mirando y rezando que alguna se abriera y me dejase verla, hasta que de pronto, una de las puertas del balcón se abrió y por obra del destino era Mia la que salía. La miré y pude ver su gesto preocupado, arrugando la frente. Aun así, era la más hermosa de todas. De pronto, sus ojos conectaron con los míos haciendo que se quedara estática. Quería hablar, decirle mil cosas, pero mi lengua parecía pegada al paladar, sin dejarme hacerlo.

—¿Puedes bajar? Necesito hablar contigo —dije al recuperarme.

Su mirada me perforaba el alma, estaba pensativa y no era para menos. Aposté a que no quería bajar, pero me equivoqué al ver cómo asentía. Sonreí satisfecho y entró, minutos después, la tenía frente a frente a menos de veinte centímetros. Mi corazón latía desbocado. Ninguno sabíamos qué hacer o decir, solo nos mirábamos. Todo pasó tan deprisa que no nos dimos cuenta de que nos estábamos abrazando, hasta que nuestros labios se buscaron, encontrándose después de tres años, tres malditos años de tortura. Había sido un auténtico infierno no saber de ella. La besé como había soñado tanto, la deseaba como un auténtico loco, pero… Era todo tan complicado.

—Sam —susurró ella en mis labios y sus mejillas llena de lágrimas.

—Mia, yo…, yo te amo —confesé y ella sonrió. Parecía no haber esperado mi declaración.

Supuse que ella pensó que la odiaba por haberme dejado tirado sin ninguna explicación y sí, a veces lo hice, a veces la odié por hundirme la vida, pero ahora que la tenía aquí conmigo, entre mis brazos, todo fue olvidado, expulsado de mi mente, de mis recuerdos y de mi corazón.

—Yo…, también te amo, Sam —respondió y volvimos a besarnos.

Mi pecho se inundó tanto que no pensaba con claridad. Aún me amaba, aún estaba en su corazón. Entonces algo se removió en mi interior. ¡Joder! No podía hacer esto, no estaba haciendo lo correcto. No podía engañar a Lidia, ¿cómo hacerlo después de todo? Yo solo vine para hablar con ella, pedirle explicaciones, no para serle infiel a Lidia.

—¿Qué ocurre? —me preguntó preocupada.

—Esto no está bien, yo tengo novia. Además, solo vine para hablar contigo —exclamé cambiando el tono de mi voz, sin darme cuenta de que estaba siendo brusco. Mia se separó de mí y me miró.

—Muy bien, pues aquí estoy. ¿De qué quieres hablar? —Se puso seria y su cara cambió, dejándome ver a una chica diferente.

—¿Por qué, Mia, por qué me dejaste? No me diste ninguna explicación, simplemente me llamaste. ¿Sabes cómo me sentí? —le hice las preguntas que habían estado tanto tiempo en mi mente y que deseaba que me respondiera.

Ya era hora de encararnos, de decirnos todo, de saber lo que sentíamos. Nuestras vidas habían cambiado tanto, que ya no éramos los mismos. Mia estaba nerviosa, su cuerpo la delataba, sus manos entrelazadas crujiéndose los dedos, la mostraba así.

—Lo siento, pero no tengo respuesta para todo eso —respondió en un hilo de voz—. No te creas que yo lo pasé mejor que tú, porque no es así. Yo también sufrí y…

—¿Y qué? Habla, no te calles las cosas. Para eso vine, para saber toda la verdad. —Estaba cabreado.

Aunque mi cabreo no era porque no fuera clara conmigo, sino por las inmensas ganas que tenía de volver a probar esos labios con los que había soñado desde hacía mucho tiempo, tanto que ni lo recordaba. Las cosas ahora eran diferentes y no podía fallarle a Lidia y mucho menos a

Jon, no me perdonaría que ella sufriera por mi culpa y los perdiera para siempre, solo porque aún seguía enamorado de mi primer amor, ese que nunca se olvida por mucho que estés con miles de mujeres, ese que, aunque esté lejos, seguirá en tu recuerdo, ese que jamás saldrá de mi corazón.

—Sam, será mejor que te vayas. No tengo nada más que decirte —dijo con lágrimas en los ojos.

—Eso, huye de nuevo. Es lo que mejor sabes hacer, pero no te preocupes no te molestaré nunca más, que seas feliz, Mia —hablé con el corazón comprimido, dejándola descolocada.

Caminé hasta mi coche, pero Mia no permitió que entrara en él, me dio la vuelta agarrando mi brazo y volvió a besarme, importándole muy poco que yo la rechazara. Nos necesitábamos tanto. La apreté a mi cuerpo sintiendo su corazón pegado al mío pues Mia tenía mí misma estatura, latían al mismo tiempo, creando una melodía celestial que calmaba nuestros temores, solo sabiendo una cosa, declarando una cosa. Nos amábamos, incluso más que antes.

Nos separamos, teníamos las respiraciones agitadas. Agaché la mirada y sin decir más, entré en el coche y me fui. Salí huyendo de allí, como ella hizo una vez, ahora era yo el que lo hacía. No podía culparme de hacerlo, ni siquiera reclamarme.

¿Por qué fui a verla? ¿Por qué cojones tuve que besarla? Si antes de salir del apartamento me sentía mal por dejar a Lidia sola, ahora me sentía mucho peor. ¿Con que cara la miraría ahora? ¿Cómo siquiera me acercaré a ella? Mi corazón por primera vez estaba dividido y me era imposible decidirme. Las quería a las dos. ¿Se puede amar a dos personas a la vez?

CAPÍTULO 16

Iba a mucha velocidad, sin pensar en nada. Solo quería llegar al apartamento, estaba preocupado por Lidia. Me estaba metiendo en un lío del que no sabía cómo salir. Al ir tan rápido, llegué enseguida, dejé el coche en el aparcamiento y subí en el ascensor hasta mi casa. Cuando entré, fui hasta el balcón para comprobar si Lidia seguía ahí. Suspiré tranquilo, debía de estar durmiendo, así que subí hasta mi habitación, pero antes de entrar escuché la voz de Jon:

—No está —soltó Jon cabreado y me di la vuelta para hablar con él.

No iba a permitir que me prohibiera hablar con mi novia y mucho menos, sabiendo que tenía que arreglar las cosas con ella, aunque tuviera que pelearme con él, la vería.

—¿Dónde está? —pregunté y Jon me echó una mala mirada.

—En otra habitación… Pero no vayas ahora, está mal y necesita descansar.

Me dio igual que se opusiera, fui directo a la habitación de invitados. Abrí la puerta y la vi sentada en la cama. Lidia había escuchado toda la conversación entre su hermano y yo. Me acerqué y me arrodillé ante ella para poder estar a su misma altura.

—Lidia —la llamé y ella me miró con una tristeza en sus ojos que no había visto antes.

—Sam, déjame. No quiero hablar contigo ahora, por favor. Esto está siendo muy difícil para mí —dijo con la voz entrecortada por el llanto.

—No, Lidia. Lo difícil es tener que olvidar a alguien con quien lo tenías todo. ¿Te crees que yo no sufro con todo esto? —No me respondió y me partió el alma verla así por mi culpa.

—Sam, vete, por favor. Ya hablaremos en otro momento… Ahora no tengo la mente fría para discutir contigo y no quiero que digamos algo de lo que podamos arrepentirnos —asentí comprendiéndola.

Me acerqué a ella y le di un beso en la frente que duró mucho más de lo que pensé. Deseaba que no sufriera. Yo la quería, la quería muchísimo.

—Lo siento, Lidia. No olvides que te quiero, y lo que menos quiero es que sufras —declaré y salí de la habitación dejándola mucho más destrozada de lo que ya estaba.

Fui hasta mi habitación y entré directo al baño. Necesitaba una ducha para relajarme, pero ni con eso lo conseguí. No podía borrar el beso de Mia y me preocupaba, porque si ya en estos años no pude olvidarla, mucho menos ahora que volví a besarla y sabía dónde encontrarla. Ese beso marcó un antes y un después entre nosotros y aunque luchaba contra mí mismo para no amarla, el corazón era el que decidía y así lo hizo. Decidió seguir amándola por el resto de mi vida.

Por la mañana, me levanté temprano, aunque estaba bastante cansado porque no dormí nada en toda la noche, pero teníamos que ir a la universidad, además, quería ver a Lidia para saber cómo estaba. Salí de mi habitación ya vestido y con todo preparado para mi primer día y me dirigí a la cocina, donde escuché cómo Jon y Lidia hablaban. No quise interrumpirlos y aunque estuviera mal espiar por detrás, lo haría. Solo así sabría qué sentía y qué haría con todo esto que estaba pasando.

—Ya lo tengo decidido, Jon. Me iré a España, no puedo seguir aquí y mucho menos después de lo de anoche. Además, no puedo entrar en el instituto hasta que arreglemos los papeles para que seas mi tutor.

¿Quería irse? No podía permitirlo. Lidia no podía irse, dejarme. ¿Qué podía hacer para que se quedara? La necesitaba, la quería a mi lado, la necesitaba a mi lado.

—Lidia, piénsalo. Ya verás que las cosas entre Sam y tú se arreglan. Ya sabes que necesita tiempo… Yo sé lo que él ha pasado por culpa de esa pelirroja que lo tiene embrujado —sonreí al escucharle decir eso—, pero él te quiere. Te lo ha dicho y yo le creo.

No quería que siguieran hablando más sobre eso y decidí entrar para hacerle ver a Lidia que pondría todo de mi parte para hacerla feliz. Puede que fuese una locura, pero necesitaba olvidar a Mia de una maldita vez, necesitaba sacarla de mi corazón, de mi vida, de todos lados. Quería ser feliz y sabía que, con Lidia, lo iba a conseguir.

Entré en la cocina, me acerqué a ella y sin dejarla pensar la besé. En un principio se negó, pero poco a poco, logré que no me rechazara dejándome entrar en su boca y besándola como ansiaba. Por un momento, me perdí en el beso de Mia y me obligué a mí mismo a no pensarla nunca más. ¿Lo conseguiría? No lo sabía, pero lo intentaría.

Al separarme de ella, miré a mi alrededor y Jon se había ido para dejarnos a solas. Menos mal que tenía a mi amigo de mi lado, aunque la que estaba sufriendo era su hermana. Dicho así, era de locos, pero es que yo no quería que esto pasara.

—¿Por qué me besaste? No vuelvas a hacerlo, Sam, por favor —dijo y volví a besarla—. Sam, Sam… Así no podré olvidarte.

—¿Pretendes olvidarme? —pregunté con el ceño fruncido y ella asintió—. No quiero que lo hagas, Lidia. No me olvides, por favor —supliqué acojonado—. Yo… Ya sabes que te quiero, que no podré vivir sin ti. Te necesito, Lidia, quédate a mi lado, no me dejes. —Mis lágrimas se hicieron visibles y realmente no sabía por qué lo hacía.

¿Sería que me enamoré de ella al fin? ¿Sería que mi corazón se asustó al escuchar de sus labios lo que pretendía hacer? Me arrodillé, me abracé a su cuerpo y Lidia comenzó a llorar. Estaba quedando como un hombre débil, pero me importaba una mierda. Solo necesitaba que me creyera y no me dejara, no ahora, que tanto la necesitaba para poder olvidar a… No quería decir su nombre. No se merecía siquiera que la mencionara.

Lidia se agachó y quedó frente a mí, con sus pequeños dedos secó mis lágrimas y me besó con pasión. La estreché entre mis brazos y la atrapé para que no escapara jamás.

—Sam. No lo hagas más difícil, por favor —suplicó separándose de mí y levantándose—. Necesito irme, necesito salir de aquí y poder creerte.

—¡No puedes pretender que deje que lo hagas! —alcé la voz y me levanté para acercarme a ella de nuevo.

—Lo siento, Sam, pero tengo miedo. Tengo miedo a sufrir y sé qué es lo que pasará. —Negué y cogí mis cosas para irme de una vez.

La miré con miedo, porque sí, el miedo lo tenía yo y no sabía por qué. Mis sentimientos estaban liados, demasiado liados y ahora que tenía la esperanza de olvidar a Mia con la ayuda de Lidia, me la vuelvo a encontrar. El destino a veces era muy cabrón. Suspiré agachándole la mirada, estaba muy avergonzado. Prometí no hacerle daño e hice lo contrario.

Así nos quedamos por unos minutos, mirándonos, hasta que recibí un mensaje de Jon apurándome, él salió antes y me esperaba en el aparcamiento. Quise acercarme y abrazarla, pero no podía, así que me di la vuelta y me fui dando un portazo. Al salir, apoyé mi espalda en la puerta y una lágrima rodó por mi mejilla, con el puño me la quité cabreado.

***

Caminábamos por los pasillos de la universidad buscando nuestra clase. Jon estaba nervioso y no daba con la que era, cogí el papel que nos dieron en el mostrador y miré el número de esta: Aula dieciocho-A. Miré a mi alrededor y la teníamos justo delante, cosa que hizo que nos riéramos. Fuimos, pegué en la puerta y nos quedamos a la espera de que alguien saliera, unos segundos después una chica rubia no muy alta nos abrió la puerta y nos dejó pasar. No es que las clases estuvieran cerradas con llave, pero habían comenzado y no queríamos interrumpir, claro que al final lo habíamos hecho.

—Buenos días —saludé y la profesora nos miró con una ceja alzada.

—Buenos días. ¿Quiénes son ustedes y por qué llegan tarde? —nos preguntó.

—Lo sentimos… Somos nuevos, es nuestro primer día —respondí nervioso—. Nos perdimos buscando el aula. —Escuché alguna que otra risita y me cabreé por ello.

—He de suponer que sois los españoles, ¿no? —asentimos y nos indicó que nos sentáramos en las sillas libres.

Al caminar hasta nuestros respectivos sitios, la chica que nos abrió me miró y sonrió, yo la imité, no quería quedar como un maleducado.

La clase fue bastante entretenida y me ayudó mucho a no pensar en el problema que tenía en mi corazón. Estaba bastante emocionado por haber empezado lo que necesitaba, lo que quería desde pequeño, y nada ni nadie me lo iba a fastidiar. Los sentimientos en este momento estaban en tercer plano o más.

En algunos momentos, no podía concentrarme pues la imagen de Lidia llorando, se mezclaba con la de Mia y estaba cansado de pensar en eso. Yo era el culpable de ese sufrimiento que ambas tenían.

Cuando la clase terminó, nos levantamos para salir y buscar la siguiente, aunque aún nos quedaba una hora para entrar, así que iríamos a la cafetería del campus para tomarnos algo. Al salir, la misma chica nos esperaba y se acercó a nosotros. Jon sonrió y me dio un codazo en las costillas.

—Hola… Perdonad que no me haya presentado antes, pero la Srta. Loren es un poco… cabrona. —Soltamos una carcajada y me di cuenta de que era española por su acento.

—Eres española, ¿verdad? —pregunté y asintió.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco nada más. —Volvimos a reírnos.

—Soy Valeria.

—Samuel, y él es mi mejor amigo, Jon.

Después de las presentaciones, nos dirigimos con ella a la cafetería, por el camino nos contó que era de Murcia, llevaba en California cuatro años, aunque echaba de menos su tierra. La verdad es que era bastante simpática y Jon la miraba embobado.

Pasamos la hora bastante rápido, aunque al estar en buena compañía y con una buena conversación, no era para menos. Me iba a gustar mucho estar aquí. En ese momento, recibí un WhatsApp, miré el móvil y era un número desconocido, ni siquiera tenía foto alguna. Decidí abrir el mensaje y comencé a leerlo.

«Hola, Samuel, no sabes quién soy, pero yo a ti sí que te conozco… Necesito tu ayuda. Es

sobre Mia».

Fruncí el ceño a la vez que mi pecho se comprimía preocupado. ¿Qué habría pasado? No sabía qué hacer, si responder o ir directamente a casa de su tía, donde anoche la dejé. Decidí responder primero.

«¿Quién eres y qué quieres de mí?».

La respuesta no se hizo mucho de esperar y al leerla, sentí como si me arrancaran el corazón del pecho.

«Es algo importante. Mia está en el hospital y… necesito que vengas, por favor. Anoche intentó suicidarse».

Me levanté como un resorte con la clara intención de ir a verla, tenía que verla. Jon me miró y se levantó también preocupado. Entonces salí corriendo de la cafetería sin decirle nada, no podía hacerlo, las palabras no me saldrían. El miedo a perderla me inundó el cuerpo, saberla mal, me estaba matando. Escuché los gritos de Jon tras de mí y me di la vuelta y lo vi junto con Valeria que venía con él.

—¿Dónde coño vas? ¿Qué ha pasado, Sam? —habló con notable preocupación.

—Es Mia —respondí y abrió los ojos sorprendido, aunque pronto pasó a una cara de cabreo.

—¿Mia? ¿Otra vez Mia? —expresó incrédulo—. Siempre es Mia. ¿Cuándo cojones te vas a olvidar de ella? Siempre te jode la vida, Sam, y no te das cuenta. ¡Te manipula!

—No es lo que parece…

—¡No! Claro que no… ¡No me jodas, Sam! —escupió sin dejarme terminar.

—¡Intentó suicidarse, joder! ¿Crees que iría si fuera alguna estupidez? —Agaché la cabeza mirando al suelo—. Es por mi culpa, Jon… Lo hizo por mi maldita culpa y todo esto me está sobrepasando. —Suspiré—. Llegué aquí con la intención de ser feliz con tu hermana y todo se ha complicado. Jamás imaginé que volvería a verla después de tres años. Pensé que mis sentimientos hacia ella se habían ido, pero no, no fue así.

Jon me miraba con odio… Todo lo que le decía a él le dolía muchísimo, pues su hermana era la que estaba sufriendo por todo esto, aunque no más que yo o incluso Mia. Nunca quise que esto pasara, nunca quise hacerle daño a Lidia y, de hecho, no quería hacerlo.

—No voy a volver con Mia, si es lo que piensas, pero necesito verla y saber que está bien, ¿lo entiendes? —asintió y me di la vuelta para irme de una vez.

—¡Sam! —gritó Jon antes de que me montara en el coche—. No te acerques a mi hermana —sentenció y abrí los ojos sorprendido—. No hasta que no tengas claros tus sentimientos. No quiero verla llorar de nuevo por ti.

—No puedes pedirme eso, yo la quiero, Jon…

—Eso no es así y lo sabes. Simplemente es un puto espejismo que tú mismo creaste, pero no la quieres y no la querrás jamás. —Y después de esas duras palabras se dio la vuelta y se marchó dejándome más jodido que nunca.

Valeria, que no entendía nada, se acercó a mí y me dio una palmada en el hombro. Agaché la cabeza mientras retenía las lágrimas. Otra vez me sentía solo, más solo que nunca. Me di la vuelta y me monté en el coche. Tenía que ver a Mia.

CAPÍTULO 17

Mia
Horas antes

Lo vi marcharse a toda prisa, después de haberle besado y haberle declarado mis sentimientos. No podía creerlo cuando lo vi debajo de mi ventana buscándome y mucho menos podía creer que volviera a besar sus labios después de tanto tiempo. Sus labios seguían sabiéndome igual, nunca olvidé su sabor, lo había grabado a fuego en mi recuerdo.

Ahora me sentía mal, muy mal. Saber que tenía novia, aunque seguía amándome con la misma intensidad con la que yo lo amaba, y me dejara para ir con ella, me dolía como si me arrancasen el corazón de cuajo. Me senté en la carretera y me abracé a mis rodillas, los sollozos no tardaron en volver, aunque creía que no, dejé de llorar desde que lo vi esa mañana en el instituto de la mano de ella.

Estuve ahí, en el mismo sitio durante una maldita hora. Me pareció estar años ahí sentada, con la esperanza de que iba a volver por mí, pero no lo hizo… Entonces, decidí que no podía seguir así, que mi vida sin él no tenía ningún sentido. Me levanté y caminé cabizbaja hasta el interior de la casa, subí las escaleras y entré al baño. Ahí, delante del espejo, me miré y no me gustó lo que vi. Mis recuerdos se hicieron visibles acabando con la poca cordura que me quedaba.

Flashback

Estábamos en abril y ya solo quedaba una semana para volver a verlo. Por fin vería a Sam después de seis largos meses. ¡Dios!, cuánto lo echaba de menos… Me levanté esa mañana feliz de la vida, marqué con un bolígrafo en el calendario el día y suspiré al ver lo poquito que me faltaba.

Entonces, entró mi abuela a mi habitación y me miró levantando una ceja. Maldita la hora en la que decidí venir a vivir con ellos.

—¿Qué te hace tan feliz hoy, Mia? —me preguntó y me encogí de hombros.

No quería decirle el motivo de mi gran felicidad por miedo a su reacción. Miró el calendario y se fijó en el día marcado con corazones alrededor de un nombre. Ponía Sam, no le gustó lo que vio y me dio una cachetada que no me esperé.

—¿Por qué me pegaste? —pregunté incrédula.

—¿Sigues pensando en ese estúpido? ¿Acaso no te hemos enseñado nada en este tiempo? Ese chico no te conviene, Mia, y no irás a verlo.

No podía creer que me prohibiera eso y no se lo iba a permitir.

—Eso no pasará. Iré a verlo quieras o no, abuela —afirmé segura de mí misma.

—Ni sueñes que dejaré que lo hagas.

—¿Y qué harás para impedírmelo? ¿Acaso piensas encerrarme?

Y como si le hubiera leído la mente asintió. Además de amenazarme con hacerle daño a mi madre. Se había vuelto loca y su locura hizo que yo me sintiera igual. No podía creer que hiciera eso, que me amenazara con dañar a mi madre. Mi abuela había perdido el control y yo

lo perdería en cualquier momento. Salió de mi habitación y me encerró en ella. Grité, pateé la puerta, le tiré la silla, hice de todo para poder salir y no podía.

Los días pasaron y llegó el más importante, tenía que ir a verlo. Mi abuela entró con el teléfono en la mano y fruncí el ceño… En esa semana no apareció por la habitación ni para traerme algo de comer. Me sentía mal, débil y no era para menos.

—Llama a ese chico y dile que lo dejas y que no quieres saber nada de él —dijo y abrí los ojos sorprendida.

—No haré eso… Jamás le diré a Sam que no quiero saber nada de él. Yo lo amo, ¿me escuchaste? Lo amo y eso ni tú ni nadie hará que deje de hacerlo.

—Si no lo haces, tendrás noticias de tu madre y créeme, no serán buenas.

—¿Por qué me odias tanto? —pregunté y su respuesta fue darme el maldito teléfono.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y cogí el teléfono entre mis manos temblorosas. Tenía que hacerlo, debía hacerlo. No podía dejar que le hicieran daño a mi madre y si para eso tenía que dejar al amor de mi vida, pues lo haría. Bajo su atenta mirada, marqué el número y al tercer tono, por mucho que yo suplicara que no lo cogiera, respondió Sam. Tragué saliva y mi abuela al ver que no pronunciaba palabra, me instó a que lo hiciera. Lo saludé y cuando supo que era yo, me dijo mil veces las ganas que tenía de verme y besarme hasta el cansancio. Entonces llegó el momento de la verdad a medias, dejarle. Sería lo más duro que hiciera en mi vida y después de esto, nunca más sería la misma.

—Hola, Sam.

Su voz sonaba feliz y mi corazón sangraba al saber que esa felicidad se iría al traste al oír lo que tenía que decirle.

—Déjame hablar, por favor. Tengo algo importante que decirte.

Pronto su voz y felicidad se fueron apagando con solo decirle eso. Mi abuela seguía expectante y yo, yo no sabía cómo proseguir… Me estaba muriendo y cuando le dijera todo lo que mi abuela me estaba obligando a decirle, moriría del todo.

—No iré a verte… No, no quiero saber más de ti. No te quiero y nunca lo hice.

No podía dejar de llorar, y aunque lo hacía en silencio para que él no se diera cuenta, lo hizo y hubo un momento en el que no creyó ninguna de mis palabras, así que cambié el tono de mi voz para sonar más dura y solo así lo creyó. Cuando me dijo lo mucho que me odiaba, cosa que sabía que lo decía por mi culpa, porque realmente me amaba tanto como yo a él, le colgué, hundiéndome por completo en mi propia miseria.

Mi abuela se quedó tranquila después de eso y se marchó de mi habitación. Me hundió la vida tanto, que intenté quitarme la vida. Si no lo tenía a él, no quería seguir viviendo. Cogí una cuchilla y me hice unos cortes en mi muñeca, segundos después, quedé inconsciente.

Recordar esos momentos no fue de ayuda. Por culpa de esos sucesos, mi abuela me internó en un centro psiquiátrico, haciéndome pasar por loca. Allí estaba siempre dormida por todas las medicinas que me daban para mantenerme tranquila. Dos duros años en ese lugar, dos malditos años habían pasado, hasta que mi madre vino en mi rescate y me sacó de allí. Pero ya no era la misma, la Mia risueña y feliz había cambiado, dejando ver a una chica triste. Mi madre hizo todo lo posible para que viviera feliz, pero mi felicidad tenía nombre y ese era Sam. Ya no podía buscarlo y tuve que impedírselo a mi madre, pues ella quería decirle la verdad, me negué y por mí, no lo hizo. Entonces fue cuando decidí cambiar de aires después de vivir un año con mi madre.

***

Ya en mi habitación, entré al baño y abrí el cajón del mueble del lavabo. Ahí dentro, tenía algunos de los medicamentos que me habían mandado en aquel centro de locos, cogí el más fuerte y saqué todas las pastillas de la caja. Las sostuve entre mis manos con las lágrimas mojando mis mejillas, pensando que era lo mejor que podía hacer y fue lo que hice, me tomé todas y cada una de las pastillas. Por lo menos veinte pastillas había, no estaba segura de la cantidad.

Poco a poco, mis piernas comenzaron a flaquear y mis latidos cada vez eran más lentos… Pensé en él, en Sam, y me quedé con el mejor recuerdo suyo grabado en mi mente, sus ojos. Eso era lo que más amaba de él. Lo último que mis labios dijeron fue: «Te amo» y caí al suelo inconsciente.

***

Luces, muchas luces se clavaban en mis ojos pesados… Intentaba abrirlos, pero me costaba hacerlo. Ni siquiera recordaba qué había pasado y por qué estaba así, me sentía mal, muy mal. Me dolía todo mi cuerpo, como si me hubieran atropellado. Me dolía el pecho y sentía unas corrientes que intentaban sacarme de la oscuridad que mi mente pedía.

¿Cuánto tiempo había pasado? Fue lo primero que pregunté cuando por fin mis ojos se abrieron. Mi prima y mi tía estaban a mi lado cerca de la cama donde mi cuerpo descansaba. Entonces recordé el momento en el que me tomé las pastillas.

—Mia, ¿cómo te sientes? —me preguntó mi tía preocupada.

Las dos estaban con los ojos rojos claramente de haber llorado. Asentí encogiéndome de hombros. No sabía cómo estaba, aunque algo sí sentía, era vergüenza… No podía mirar a mi tía a la cara después haber hecho lo que hice y mucho menos nada más llegar a su casa. Brit se acercó a mí y me abrazó fuerte, sus sollozos se hicieron visibles y cada vez más intensos.

—Estoy bien, Brit —susurré reprimiendo mis lágrimas que pronto asomarían.

—No digas eso cuando casi te mueres. ¿En qué estabas pensando? Nos diste un susto de muerte, Mia. No sabes lo que sentí cuando te vi tirada en el suelo del baño. Estabas muerta, ¡joder! ¡Muerta! —gritó y lloré.

No debí hacerlo, no debí hacerle eso a mi familia, esa que sí me quería de verdad. Pedí perdón, aunque eso no borrara lo que habían sufrido por mi culpa.

Minutos u horas habían pasado, no sabía exactamente cuánto. Mi tía me regañó a la vez que me abrazó con amor. En ese mismo instante, la puerta se abrió y un Sam con la respiración agitada y los ojos llenos de lágrimas entraba a toda prisa, alcanzándome y escondiéndose entre mis brazos. Estaba aquí conmigo, había venido por mí y no me lo podía creer. Lloraba como un niño perdido, era otra persona importante en mi vida que sufría por mí. Mi tía y mi prima salieron de la habitación para dejarnos a solas.

—Sam, Sam —llamé para que saliera de su escondite.

Levantó la mirada y no dijo nada, sobraban las palabras, se acercó a mí y me besó. Nos fundimos en un precioso beso que me haría olvidar cualquier cosa que hubiese pasado en mi vida. Al separarnos, subió sus manos a mis mejillas y secó esas lágrimas que no sabía que aún

seguían rodando por ellas.

—Nunca más vuelva a hacerlo —dijo con voz temblorosa.

—Lo siento… No pensé en las consecuencias. Solo quería desaparecer y la mejor manera era esa —expliqué con temor.

—¿Por qué lo hiciste? No puedes siquiera pensar en repetirlo, Mia. Antes te llevo lejos, donde nadie pueda hacerte daño —exclamó y negué sabiendo que eso nunca pasaría.

Miré a un lado, donde no pudiera verlo, donde pudiera borrar el recuerdo de sus ojos tristes, cogió mi mejilla con su mano izquierda para hacer que lo mirase y al hacerlo, rompí en lágrimas de nuevo. ¿Cómo podría explicarle todo lo que pasó para que no me odiara de por vida? Sam me amaba, eso lo sabía, pero también me odiaba por lo que le hice y eso no iba a cambiar jamás.

—Mia… Mia, mírame.

—No, Sam… Creo que es mejor que te marches y no vuelvas más. —Sollocé y miró hacia otro lado negando—. Deberías hacer tu vida con esa chica. Yo no te traigo nada más que dolor y eso es algo que no puedo permitir.

Dio vueltas de un lado al otro con la mirada en el suelo, susurrando cosas ininteligibles para mí, pero no me hacía falta oírlo para saber qué decía.

Encontré a Sam después de tres años y saber que estaba bien era lo mejor que me había pasado, pero sabía que era nuestro fin y que después de esto, no volvería a verlo jamás, era lo mejor para ambos… Aquí se acabaría todo de una vez por todas y podríamos pasar página para rehacer nuestras vidas, aunque yo no quisiera vivir sin él. Lo iba a amar por siempre.

CAPÍTULO 18

Samuel

¿Por qué me hacía esto de nuevo? Me amaba al igual que yo a ella y no entendía, no podía explicar lo que sentía en ese momento en el que volvía a echarme de su vida. Nunca me dijo los motivos que la llevaron a hacerlo hace tres años y vuelve a hacer lo mismo. La miré y seguía mirando por la ventana de esta maldita habitación, en donde estaba por intentar quitarse la vida. ¿Por qué? No lo sabía… Tantas preguntas, tantos sentimientos y tanto odio impregnado en nuestros cuerpos.

Intenté acercarme a ella, cogerle la mano, suplicarle que no lo hiciera, lo dejaría todo por ella… Pero no me dejó, en cambio me miró con odio y sentí cómo el suelo se abría bajo mis pies para hundirme aún más en esta mierda de vida que, por su culpa, estaba viviendo.

—Será la última vez que te lo diga, Sam. —Cerró los ojos con fuerza y resopló—. Lárgate de aquí. No vuelvas a buscarme y olvídate de mí de una maldita vez… Yo haré lo mismo.

—¡No! Jamás dejaré que me apartes de nuevo. ¿Te crees que es fácil hacerlo? Te metiste tan adentro de mí, que no logro sacarte y no creo que pueda hacerlo nunca —levanté la voz y puso sus manos sobre su cara, sobándose exasperada.

Volví a acercarme a ella y me senté en la cama, cogí sus manos y las quité de su cara. Quería ver sus ojos, esos preciosos ojos azules que me enamoraron el primer día que la vi en aquella habitación de niña mimada. Estaban llenos de lágrimas y, aun así, se veían los más perfectos de este mundo.

—Tengo miedo, Sam —susurró y fruncí el ceño incrédulo.

—¿Miedo? Tú no sabes qué es eso, Mia… Yo sí —respondí—. Miedo es saber que cuando salga por esa puerta no volveré a verte y no podré tenerte. Ese es mi miedo. —Sollozó de nuevo y ahí me di cuenta de que sí, tenía que irme y vivir mi vida, aunque jamás lograra ser feliz por su culpa, por su recuerdo.

Sin decirle nada más y sin recibir respuesta alguna, me levanté, le di un beso en la frente y me fui, salí de aquel cubículo que tan pequeño se me estaba haciendo. Me estaba ahogando allí dentro y necesitaba respirar, necesitaba vivir.

Cuando estuve en el exterior, corrí hasta mi coche y entré en él. Antes de arrancar, le pegué varios puñetazos al volante. Estaba cansado de todo esto, de vivir con el recuerdo de alguien que no quería estar conmigo, de alguien que, lo único que hacía era dañarme. No volveré a pensar en ella, no volveré a buscarla e intentaré ser feliz, aunque tenga que hacerlo solo, ya que Jon no quería que estuviera con Lidia y yo… Yo no sabía si quería estar con ella y hacerle daño, más del que ya le hice.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero cuando miré el reloj y vi que eran las tres de la tarde, me sorprendí. ¿Cuánto tiempo había estado en el hospital? Arranqué sin saber dónde ir y conduje sin destino alguno, pues mi destino no estaba escrito y nunca lo estuvo.

Llevaba media hora conduciendo, entonces vi la playa, el día estaba nublado, pero daba igual. Ir a la playa, sentarme en la arena por horas y pensar en todo, era lo que necesitaba en estos

momentos. Aparqué el coche y me bajé del mismo con la clara intención de sumergirme en una tormenta por horas. Caminé descalzo por la arena y respiré hondo, echando la vista atrás y recordando mi vida en Málaga, mi playa, mi familia. Cuánto los echaba de menos.

Me senté en la orilla importándome muy poco mojarme. Creo que sería lo mejor que podía pasarme, meterme en el inmenso océano y perderme en él. Entré poco a poco al agua, vestido, hasta que me llegó al cuello. Estaba helada pues con el día que hacía, era normal. No había nadie, estaba completamente solitaria y lo agradecí, así no me tacharían de loco. Me sumergí y abrí los ojos, mirando la profundidad. No había mucho que ver, más que a mí intentado borrar mis sentimientos ahogándome. Me sentía cobarde, hundido, mucho más que en el agua y pensé que por qué hacerlo, no tenía necesidad alguna de perder mi vida por ella, cuando le importaba una mierda lo que yo sintiera. Porque por mucho que dijera que me amaba, no lo demostraba. Yo sí le iba a demostrar que podía vivir sin ella, que haría mi vida y me olvidaría de ella.

Cuando sentí cómo mis pulmones comenzaban a cerrarse, saqué la cabeza del agua y lloré como jamás lo había hecho. Siempre fui débil, ella me convirtió en lo que soy hoy día, pero ya no más, ya no seré el chico débil que la espera cada día, que la sueña cada día. Porque el día que vuelva a soñar con ella intentando alcanzarla, me daré la vuelta y dejaré que se vaya para siempre, como me pidió.

***

Iba en el ascensor empapado, ni siquiera esperé a secarme. Cuando salí del agua, me metí en mi coche y volví a casa. Entré en mi apartamento. Jon estaba sentado en el sofá expectante a la puerta, parecía estar esperándome. Me miró con el ceño fruncido al verme empapado y se levantó para comprobar que estuviera bien, aunque, a decir verdad, primero miró por la ventana para comprobar que no estuviera diluviando. Me acerqué a él y con la mirada en el suelo, puesto que me sentía avergonzado, le pregunté:

—¿Dónde está? —dije en un hilo de voz.

—Aquí no. —Levanté la mirada y lo escruté—. Se marchó, Sam… Mi hermana volvió a Málaga. —Corrí hasta la puerta para ir al aeropuerto a impedírselo, pero la voz de Jon resonó en toda la habitación—. Ni lo intentes. Además, ya no la alcanzarás, me aseguré de que así fuera.

—¿Por qué coño lo hiciste? No tenías derecho a pensar por ella.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que la dejara sufrir por tu maldita culpa…? Yo sabía que esto iba a pasar, Sam, por eso no quería que estuvierais juntos, pero tú siempre haces lo que te da la gana y esta vez la que sufrió fue mi hermana. Por eso la ayudé a irse, compramos el pasaje del primer vuelo que hubiera y se marchó. —Me acerqué a él y sin pensármelo dos veces, le pegué un puñetazo tirándolo al suelo.

Jamás pensé que lo golpearía, jamás pensé que llegaría a joderlo todo, que mi vida iba a cambiar tan rápido en tan solo unos días. Jon se levantó tocándose el labio y limpiando con su mano la sangre que brotaba de ahí mismo. Me miró con odio y me respondió de la misma manera y con más intensidad que yo. Me golpeó dos veces, dos puñetazos en la cara y así, pasamos parte de la tarde, golpeándonos como animales.

Horas después, estaba en mi habitación encerrado, después de haberme curado y haber discutido mil veces más con mi mejor amigo, me quedé aquí metido hundiéndome aún más en mi miseria, en mi mierda de vida.

Entonces, sonó mi móvil y lo cogí sin mirar siquiera quién era.

—¡Diga! —grité sin darme cuenta.

—¿Qué te pasa, hijo? —preguntó mi madre nerviosa.

Me incorporé en la cama y pasé mis dedos por el puente de mi nariz, ahora morada por los golpes. Suspiré con pesadez y me maldecía mil veces mentalmente por ser tan gilipollas.

—Hola, mamá… No me pasa nada. Lo siento.

—Hijo, no me engañes. No puedes decir que no te pasa nada cuando Lidia viene de vuelta.

Me levanté como un resorte sin entender y salí de mi habitación en busca de Jon. ¿Por qué coño no me dijo que mi familia lo sabía? Joder, ¿es que no merezco al menos una puta explicación?

—¿Cómo sabes eso?

—Jon nos llamó y nos pidió que ayudáramos a su hermana, que volvía porque no podía entrar al instituto sin arreglar antes todos los papeles.

—¿Solo te dijo eso? —pregunté justo en el momento en el que salía al balcón y me encontraba a Jon mirando a la nada.

—Sí, solo eso… Por eso te llamo. ¿Qué pasó, Sam?

—Nada.

—¡Samuel Jones! ¡Habla de una vez! —Sonreí al escuchar a mi madre enfadada. La añoraba demasiado.

—Vi a Mia…

Se instaló un silencio incómodo y Jon al escucharme hablar se dio la vuelta y me mató con la mirada. Perfecto, mi amigo seguía cabreado conmigo, aunque yo también lo estaba con él. Iba a entrar en casa, pero lo cogí del brazo impidiéndoselo, no sirvió de nada y se marchó dejándome perplejo. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

—Sam… Sam, ¿estás ahí? —Escuché la voz de mi madre llamándome y volví a poner mi atención a ella, aunque no por mucho tiempo más.

—Mamá. Te prometo que te contaré todo… Lo único que puedo pedirte ahora es que cuidéis de Lidia.

Después de unos segundos larguísimos, intentando que mi madre colgara para poder ir a buscar a mi amigo, lo hizo y salí corriendo en su busca. Busqué en su habitación y no estaba, miré minuciosamente en cada rincón del apartamento, pero nada. El muy cabrón se había ido sin decirme ni media palabra. Cogí el teléfono y lo llamé unas diez veces sin resultado alguno. Cuando pensé que no lo iba a hacer, descolgó y para sorpresa mía, no era él sino Valeria, la chica que conocimos por la mañana en la universidad. Me dijo dónde estaban y salí del apartamento en su busca, mi amigo ya estaba emborrachándose.

Conduje buscando el bar que Valeria me había dicho y tardé más de media hora en encontrarlo pues estaba bastante lejos de nuestro edificio. Al encontrar el Johnny's Bar, que así se llamaba, me di cuenta de que era un sitio de mala muerte. ¿Cómo había acabado mi amigo aquí? Y lo peor de todo, ¿qué hacía con Valeria?

Aparqué el coche y fui directo al interior del bar. Ya en el interior, miré a mi alrededor, era oscuro, sombrío, no había muchas personas, más bien tres borrachos abrazando la barra como si se fuera a caer y al final, pude visualizar a mi amigo en la misma postura que los borrachos que acababa de criticar. Madre mía lo que tenía que aguantar.

Valeria me vio llegar, se la veía preocupada, después de todo, tenía que darle las gracias por no dejar a mi amigo tirado en ese momento.

—Gracias —dije mirándola amigable.

—Samuel, creo que deberíais hablar… Me llamó y estaba muy cabreado —explicó—. Lo traje aquí, porque trabajo aquí después de las clases. —La miré sorprendido—. De algo hay que vivir, ¿no?

—Claro, no tienes que darme explicaciones —respondí a la vez que cogía a mi amigo en peso, ya que no podía mantenerse en pie—. De nuevo, gracias… Nos vemos mañana. —Asintió y salí de allí arrastrando a Jon hasta el coche.

En el camino, Jon abrió los ojos un momento y al darse cuenta de que estaba conmigo, intentó salir del mismo, en marcha. Se había vuelto loco. Tuve que pegar un frenazo y pararme en la calzada, cuando lo hice, se bajó y cayó al suelo de boca. Normal, con la borrachera que llevaba, cómo no. Me bajé y me dirigí al otro lado para volver a cogerlo y meterlo en el coche de nuevo.

—¡No me toques! ¡Vete con Mia y déjanos en paz de una puta vez! —escupió lleno de odio.

¿Qué le pasaba? Joder, sabía que la había cagado con su hermana, pero hasta este punto… Jon jamás se puso así conmigo, en mi vida lo había visto tan lleno de rencor como en este momento. ¿Acaso me estaba escondiendo algo? Tenía que averiguarlo.

CAPÍTULO 19

Seguíamos en el mismo lugar y en la misma posición. Jon no decía nada y ya me estaba cansando este estúpido silencio y sobre todo su mirada inyectada en sangre. ¡Mierda!, parecía que le había partido el corazón a él, en vez de a su hermana.

Cuando me cansé, caminé de nuevo al coche y me metí, iba a arrancar cuando Jon se montó… Claro, no se iba a quedar ahí tirado, para eso no estaba tan borracho. Arranqué y me metí de nuevo en la autopista dirección a la casa. Por el camino no decía nada y lo único que hacía era resoplar y maldecir. Hasta lo huevos me tenía ya…

—¿Puedes decirme de una vez qué cojones te pasa? —pregunté cabreado.

—Déjalo, Jones —respondió con altanería.

Solté una carcajada y me miró confundido. Sí, me estaba riendo porque él solo me decía Jones cuando su cabreo estaba llegando a su final. Tenía un amigo muy expresivo y se le notaba en la voz cuando bajaba la guardia.

—¿De qué coño te ríes ahora? Desde luego que esa pelirroja te está lavando el cerebro… Al final te dejará tonto. —Y cuando dijo eso, mis carcajadas se esfumaron—. Ya no te ríes tanto, ¿no?

—Eres un jodido hijo de… —Me miró mal—. Lo siento, no quería decirte eso, pero me tienes harto ya.

Bufó y agachó la mirada, ¿avergonzado? Sí, lo estaba. No dije nada más y él tampoco me respondió, así que, sin más, seguí el camino sin dejar de mirar a la carretera. Media hora después llegamos y metí el coche en el aparcamiento, después de eso, subimos en el ascensor y al llegar al apartamento, cada uno nos fuimos a nuestra habitación. Ya en ella, me fui al baño, me preparé para darme una ducha, estaba tan cansado y estresado que necesitaba relajarme.

El agua caía por mis hombros relajando los músculos que parecían atrofiados, y la verdad, ni el agua caliente me ayudaban, me sentía igual de mal, me sentía como una mierda. Había perdido a Mia, aunque en realidad jamás la tuve, pero… A la que sí había perdido era a Lidia y eso, eso era algo que no concebía. Quería ir a Málaga y traérmela a rastras si era posible pero no podía hacerlo, ella necesitaba su espacio para valorar si seguir conmigo le merecía la pena y yo, yo debía dejarla elegir qué hacer.

Salí de la ducha y estaba igual que cuando entré, ni un cambio, ni un ápice de verdadera tranquilidad. Me enrollé una toalla en la cintura y salí del baño encontrándome a Jon apoyado en la puerta de la habitación.

—Sam, yo… Cuando te vistas baja, ¿vale? —asentí y salió.

No lo entendía, de veras que no y ahora a saber qué me iba a decir. Solo esperaba que no fuera a pegarme de nuevo y a gritarme lo hijo de puta que había sido, como si para mí hacerle daño a su hermana, me hubiese gustado. Nunca quise hacerlo y, de hecho, lo hice sin darme cuenta.

Cuando me vestí, fui directo al salón y Jon me esperaba sentado en el sofá, tomando una cerveza y viendo la tele. Sonreí al ver que en la mesa de centro había otra cerveza y una *pizza*.

—¡Como antes! —exclamé.

—Como en los viejos tiempos —respondió.

—Tampoco hace tanto de eso —repliqué y sonrió.

—Pues parece que llevamos aquí un año. Se me ha hecho eterno y creo que quiero volver a casa. —Abrí los ojos sorprendido y me senté a su lado.

Tenía preparada la película Marvel, seguía en pausa y abrió la caja de la *pizza*. Esta conversación iba a ser muy larga. Ambos comenzamos a comer en silencio, aún no sabíamos por dónde empezar, aunque era él quien se suponía que debía hablar primero, si no, ¿para qué tanta preparación?

—Sam —susurró—. Siento haberme puesto así y siento haber ayudado a mi hermana a irse, pero ¿qué querías que hiciera? No podía seguir viéndola así, llorando a todas horas y esperando a que tú volvieras arrepentido —explicó cauteloso—. Sé lo que Mia te ha hecho sufrir y lo sigue haciendo, por eso la odio tanto. ¡Joder, Sam! No es fácil para mí ver cómo día a día, sufres por ella, por su recuerdo, por el amor que le tienes y a la vez por el que ella se niega a corresponderte.

—Lo siento, Jon… Quiero a tu hermana, de verdad que la quiero —respondí agachando la cabeza. Sí que la quería, no estaba enamorado de ella, pero eso era cuestión de tiempo.

Lidia había entrado en mi vida en el peor momento y lo estaba llenando de luz, de su luz y estaba seguro de que, si no hubiera visto a Mia, en este momento estaría con ella y estaría olvidándome de la pelirroja que me había vuelto loco.

—Si tanto la quieres, ¿por qué la haces sufrir? —Jon estaba desconcertado, pero no más que yo.

—No es tan fácil… Jon, ver de nuevo a Mia me jodió, me cegó e hizo que me olvidara de la persona que estaba ayudándome a olvidarla y ahora me siento la peor mierda del mundo, por dejar escapar a una buena chica por alguien que no merece la pena. —Mi voz sonó apagada, triste, pero sincera.

Pasamos horas charlando, bebiendo cerveza y comiendo *pizza*. La película al final ni la vimos y la verdad no hizo falta, ya que hacía tiempo que necesitábamos este momento para nosotros. Todo lo que nos había pasado en tan poco tiempo, nos estaba distanciando y eso no podíamos permitirlo. Quise llamar a Lidia, pero no me dejó, no por ahora, pues ella necesitaba tiempo y yo se lo daría, todo el que ella necesitase. Eso sí, si es más tiempo de la cuenta, yo mismo iré en su busca y la traeré de vuelta con nosotros. Jon rio por mi comentario.

—Y cambiando un poco de tema, ¿tú y Valeria?, ¿en serio? —pregunté con una sonrisa daleada.

—Eres estúpido, ¿Valeria y yo? No, para nada… Solo me ayudó a despejarme y me escuchó mientras despotricaba sobre ti. —Solté una carcajada y él se unió a mí.

—Pero te gusta, ¿verdad? —insistí y me miró sin decir ni media palabra—. Venga, Jon, puedes decírmelo. Además, la chica es guapa y muy simpática y lo mejor de todo, te ha aguantado borracho… Tío, eso es amor.

—Vale, vale, sí… Me gusta, ¿contento? Pero ella es una chica a la que les gustan las chicas, ¿me entiendes? —Abrí los ojos, incrédulo.

No creía que a Valeria le gustaran las chicas. Averiguaría eso por mi amigo… Tenía que saber si era cierto y si no lo era, ayudarle a conquistarla.

A las tres de la madrugada, decidimos que ya era tarde para seguir bebiendo y charlando. Ya me sentía un poco mareado y antes de dormir quería llamar a mi padre para explicarle lo que pasó con Mia y preguntarle sobre Lidia, aunque, a decir verdad, quería hablar con ella y poder

decirle lo que la echaba de menos y lo que la quería y necesitaba en mi vida.

Me levanté del sofá, dejando a mi amigo tumbado en el mismo, ya que se quedaría para ver la película. Sí, a esa hora, Jon estaba loco. Subí a mi habitación y antes de acostarme, cogí mi móvil y marqué el número de mi padre, lo cogió al segundo tono, parecía estar esperando mi llamada y en realidad, así era.

—Por fin llamas. ¿A qué estabas esperando? Llevo esperándote horas.

—Papá, lo siento, pero han pasado muchas cosas y no podía llamar.

Escuché la voz de mi madre detrás de mi padre y sonreí. Siempre igual, mi madre quería saberlo todo. Tuve que cortarlo en alguna que otra ocasión a consecuencia de mi madre que no paraba de parlotear y no me dejaba hablar.

—¿Puedes decirle a mamá que se calle un momento? Mira, papá, te llamo mañana. Estoy cansado.

Me despedí de ellos, pero antes de colgar pedí hablar con Lidia. No quiso hablar conmigo, dijo que cuando ella estuviera preparada me llamaría, así que, sin más, colgué. Me tumbé en mi cama boca arriba mirando al techo, perdiéndome en mis pensamientos y cómo no, Mia entró en mi mente. No podía más, así que me obligué a no pensarla más e incluso a odiarla, aunque sabía que me iba a costar mucho hacerlo, lo intentaría así se me fuera la vida en ello. Suspiré y cerré los ojos, dejando a oscuras todo a mi alrededor. Oscuridad por dentro y también por fuera, me hacía falta Lidia para que me alumbrara el camino. Pensando en ella por fin, me quedé dormido.

Los siguientes días fueron más de lo mismo. Ir a la universidad, ver a Valeria un rato después de clases yendo al bar donde trabajaba y volver a casa a comer *pizza*, beber cerveza e intentar ver la película de Marvel, pero eso cambió a las dos semanas, comenzaban los exámenes y no teníamos tiempo a nada más que no fuese estudiar.

Seguía sin saber nada de Lidia y tampoco de Mia y eso debía agradecerlo. Por fin, dejaría de pensarla gracias a su ausencia. Ni siquiera sabía cómo estaba y aunque intenté mil veces llamar para comprobar que estuviera recuperada, no me atrevía. Decir que no me importaba sería mentirme a mí mismo pues no era así. Mia seguía importándome más de lo que admitía, pero tenía que ser fuerte y seguir con mi vida.

—¡Eh, Sam! —Escuché la voz de Valeria y me di la vuelta.

Venía corriendo en mi dirección. Cuando llegó hasta mí, venía sin aliento y tuvo que agacharse unos segundos para poder recuperarse.

—Espera —dijo casi al borde de la asfixia y sonreí.

—Estás mayor ya —exclamé haciendo que se incorporase de golpe y me escrutó con la mirada.

—Pero ¡serás bocazas…! Esta noche hay una fiesta en la fraternidad Delta, ¿vendrás? —me preguntó y me encogí de hombros.

—¿Has invitado a Jon? —repliqué para sonsacar—. Creo que le gustaría.

—Sam. Sé por dónde vas y no, no me gusta Jon, si es lo que estás pensando —respondió achinando los ojos, haciendo ver su cara de niña buena, mucho más angelical.

Valeria era una chica rubia de ojos verdes y cara de ángel. Normal que Jon estuviera loco por ella, sí era guapísima. Le sonreí sarcástico y le guiñé un ojo mientras le sonreía burlándome de ella. No me creía ni una palabra y sabía que sí le gustaba, aunque ella le hubiese hecho creer que era lesbiana.

—Bueno, déjate de estupideces, ¿vendrás o no? —volvió a preguntar ignorándome completamente y asentí.

Me despedí de ella y fui en busca de Jon que tenía un examen en una asignatura que no compartíamos, ya que él, estudiaría una rama diferente a la mía. Caminé hasta su aula y me lo encontré saliendo de la misma, al verme me saludó alzando la mano y llegué hasta él. Le comenté lo de la fiesta y me respondió que Valeria aún no le había dicho nada… No quería ir, pero lo convencí dando por hecho que en la fiesta iba a triunfar con ella, porque sí, a la rubia de ojos verdes le gustaba Jon por mucho que se negara a decirlo.

CAPÍTULO 20

Llegamos al apartamento bastante tarde, muchos exámenes y mucho que estudiar. Cuando llegamos, a eso de las nueve de la noche, estuve barajando la posibilidad de no ir a la fiesta, pero como era un buen amigo y Jon necesitaba ayuda, decidí ducharme para poder relajarme, vestirme y volver a bajar al aparcamiento para montarnos en mi coche.

Por el camino, que no fue corto, porque la fraternidad estaba cerca de la universidad, íbamos bastante animados. Sí, parecía mentira que pudiera animarme un poco después de pasar estas semanas como un alma en pena, pensando en la maldita pelirroja y la morena que seguía sin llamarme. ¿Por qué eran tan complicadas las mujeres?

Llegamos a la fiesta y en la puerta, nos esperaba Valeria. Jon abrió los ojos desorbitadamente, estaba preciosa, llevaba un vestido negro ceñido al cuerpo por encima de las rodillas y unos tacones rojos de medio metro. Nos acercamos a ella, la saludé con un beso en la mejilla, Jon no sabía qué hacer, estaba atontado. Valeria se puso roja y ahí fue cuando pude ver que sí, a ella le gustaba mi amigo.

—Vaya, qué guapos estáis —nos piropeó.

—Tú no te quedas atrás, estás preciosa, Valeria —respondí consiguiendo una sonrisa por su parte. Miré a mi amigo—. ¿Verdad que está preciosa, Jon? —asintió como un autómata.

—¿Entramos? Ya hay bastante gente y la música está genial —habló ella sin dejar de mirar a mi amigo.

Entré sin responder para dejarlos a solas como quería, no me siguieron, quedándose embobados por unos instantes para después ponerse a hablar animadamente. «¡Así me gusta, hermano!». Ya en el interior de la gran fraternidad Delta, caminé despacio observando todo a mi alrededor. Hacía tiempo que no iba a una fiesta, más concretamente, la última fue cuando encontré a Mell follando en mi cama con el desgraciado de Carlos. Me acerqué a una mesa llena de bollitos rellenos de… no sabía de qué coño estaban rellenos, pero estaban de muerte. Justo al lado, estaban los barriles llenos de latas de cerveza, cogí una y me la bebí de un sorbo, estaba sediento.

Seguí mirando a mi alrededor y vi a muchas adolescentes alocadas, bebiendo, bailando y alguna que otra tocándose con el primer gilipollas que se cruzaba en su camino. Si yo viera a mi hermana pequeña hacer eso, la sacaba de esta fiesta de los pelos. ¿No tienen sentido común? ¿Qué les pasa a estas chicas? A mi derecha una chica morena, bajita, no me quitaba la vista de encima, la miré y me sonrió sensual. Eso sí que no, me di la vuelta para marcharme y corrió hasta mí cogiéndome del brazo para impedírmelo, me di la vuelta y me besó ansiosa. Por unos pequeños instantes la seguí en el beso, pero me separé enseguida y volví a darme la vuelta sin darme cuenta de que alguien estaba parado detrás, tropecé y caí encima de ella.

Mi respiración se magnificó en el mismo momento en el que nuestros ojos se clavaron intentando averiguar lo que pensábamos en aquel instante. Mia estaba debajo de mí y podría jurar que estaba perfecta, preciosa. No se movió, no se quejó y yo tampoco lo hice, hasta que otra chica se agachó y tiró de ella para separarla de mí, la reconocí, era su prima, la que me avisó de lo que Mia había hecho.

Su prima comenzó a hablarle, pero ella no podía apartar la mirada de mí al igual que yo no podía de ella. Me quedé mudo, en ese momento no existía nadie más que nosotros. Su prima tiró de ella, solo ahí despertó del trance obligándome a mí a despertar, la alejó lo más que pudo de mí y se la llevó a la otra esquina de la casa, pero no tan lejos pues aún podía verla. En ese momento, vinieron hasta mí Jon y Valeria, venían agarrados de la mano, abrí los ojos tanto, que se me saldrían de las órbitas en cualquier momento.

—¡*Wow*! Así se hace, campeón. Te llevaste a la chica más guapa de la fiesta —grité en su oído, la música estaba demasiado alta como para hablar con alguien.

—Estamos juntos, por fin me ha dicho la verdad —respondió mi amigo feliz de la vida.

Le sonreí a ambos y la rubita que se estaba convirtiendo en una muy buena amiga, se sonrojó y me dio un beso en la mejilla agradecida, pues yo fui quien la impulsó a declararle sus sentimientos a Jon. Volví a mirar donde Mia, pero ya no estaba, comencé a mirar hacia todos lados, entonces la encontré bailando con su prima. Mi amigo que no era tonto me miró y luego clavó sus ojos en la misma dirección de donde estaban mirando los míos, refunfuñó al darse cuenta de que no dejaba de mirar a la maldita pelirroja, como llevaba llamándola desde hacía semanas.

—¡Joder con Mia! La vamos a tener hasta en la sopa —dijo mi amigo alzando la voz y lo escuché claramente.

—Déjalo estar, Jon. —Escuché que le decía Valeria.

¿Cómo? No lo sabía, pero estaban hablando de mí y agudicé mis oídos para oírlos, me costó, sí, aunque no tanto. Los miré y alcé una ceja despectivamente, ya me estaba cabreando. ¿Por qué tenían que hablar de mí y Mia? No hay un yo y Mia, no hay un tú y yo, me dije mirándola. Y como si fuéramos imanes, Mia me miró de nuevo y nuestras miradas decían mucho más de lo que nuestros labios podían pronunciar. Comenzó a sonar una canción lenta, de esas que te atraen a la persona que amas con todas tus fuerzas, por un momento me obligué a no mirarla y salir de allí, pero el imán era más poderoso que todo eso. **Ed Sheeran – Perfect.**

Me acerqué a ella rodeándola por la cintura con mis brazos, la pegué a mi cuerpo y sin decir ni media palabra, comenzamos a bailar. Nos mirábamos, nos comíamos con los ojos, nos amábamos con la mirada, todo lo que sentía por ella se estaba magnificando, llegando a límites insospechados. La música llenaba nuestros sentidos, provocando el mejor momento vivido con ella y es que no había nadie más. Solo ella y yo.

Subí mi mano por su espalda y se arqueó un poco para pegarse aún más a mi cuerpo, provocando llamaradas en mi interior. Poco a poco, nuestras bocas se fueron acercando hasta que un beso lleno de amor, pasión y deseo, provocó que saliéramos de allí a toda prisa buscando algún lugar íntimo para poder dar rienda suelta a lo que sentíamos.

Solo bastó una canción, nuestras miradas y ese imán que me unía a Mia, para hacerme ver lo que seguía sintiendo por ella, lo que la deseaba, aunque en realidad, jamás dejé de hacerlo. Subimos las escaleras y llegamos al primer piso de la casa, nos metimos en la primera habitación libre que encontramos y cuando ya estuvimos solos y después de comprobar que la puerta no se abriría, nos abalanzamos a nuestras bocas, devorándonos como necesitábamos.

Me senté en la cama y Mia se puso a horcajadas encima de mí, apretando su intimidad contra mi sexo ya duro y deseoso de entrar en ella. La oí gemir y fue como el canto de una sirena volviéndome completamente loco, aún más de lo que ya estaba. La cogí en brazos y la tumbé en la cama para poder amarla. Comencé a desnudarla, aunque sin dejar de besarla, llevaba unos shorts y antes de desabrocharlos y dejarla expuesta, bajé hasta sus piernas y fui besando desde

las pantorrillas hasta llegar al interior de sus muslos, donde sabía que la haría delirar. Posé mis labios en su sexo aun cubierto por los pantalones, pero con solo eso, la escuché gemir y suspirar llenando el pequeño espacio solo de gemidos, convirtiéndose en el mejor ambiente. Mientras depositaba besos en el mismo lugar una y otra vez, fui desabrochando el pantalón, bajándolo y dejándola solo con un fino tanga de encaje rosa. Me estaba volviendo loco y ahora la volvería loca a ella. Aparté el tanga a un lado y metí un dedo en su interior, mientras la penetraba comencé a lamer su clítoris, deseando hacer que terminase así. Ella estaba con los ojos cerrados y con sus manos rodeando sus redondos pechos, tocándose desesperadamente.

—Para, Sam… —susurró con la voz entrecortada, lo hice más duro, más profundo, hasta que conseguí que su cuerpo se arqueara y mientras gritaba mi nombre, llegara al orgasmo, llenando mi mano por completo.

Sentí que el pantalón me iba a explotar y me los quité deprisa mientras ella me quitaba la camisa, botón a botón, besando cada parte de mi piel, cada parte que iba descubriendo. Volvía a tener sus labios sobre mi piel, llevándome al recuerdo de nuestra primera vez juntos. Una lágrima se escapó de sus ojos azules y la atrapé con mis labios para comenzar a llenarla de besos. Me coloqué entre sus piernas y de una sola estocada entré en ella llenándola por completo y volviéndome jodidamente más loco por ella, si era posible estarlo más.

—Mia… Mia —pronuncié varias veces intentando decir algo, pero no podía hacerlo, las palabras me salían entrecortadas—. Te amo —declaré moviéndome en su interior con una locura aplastante.

Mia me miró y besó mis labios a modo de respuesta, con solo eso, sabía que ella sentía lo mismo. Me levanté sin salir de ella y la pegué en la pared para hacerle el amor con frenesí, estaba loco, más loco y todo por ella.

—Yo también te amo, Sam —respondió sorprendiéndome.

Bajé de intensidad mis embestidas y la besé con dulzura, mordió mi labio inferior y un gruñido salió de lo más profundo de mi garganta. Sentía cómo las paredes de su interior se contraían avisándome de que pronto terminaría, así que la penetré más rápido, para acabar juntos, después de tres estocadas más, un profundo orgasmo nos aniquiló por completo. Nuestras respiraciones seguían aceleradas y mis rodillas fueron flaqueando, provocando que cayera al suelo con ella encima, la abracé con fuerza escondiendo mi cara en el hueco de su cuello, impregnándome de su fragancia, esa que tanto echaba de menos, le dije «te amo».

CAPÍTULO 21

Mia

Tenerlo así, aquí conmigo, entre mis brazos de donde nunca tuvo que salir. Pero fui una estúpida que lo dejó escapar y aun sabiendo que nos amamos, sigo sin poder estar con él, porque yo no soy buena para él, porque conmigo nunca sería feliz. Sentía su respiración en mi cuello, me daban escalofríos solo con eso y no pude evitar sonreír por las cosquillas. Sam se dio cuenta y comenzó a hacerme cosquillas en mis costillas, arrancando carcajadas que no recordaba que tenía. Hacía tanto tiempo que no me reía así, que no me sentía bien y ahora, todo era diferente.

—Sam, por favor. ¡Para! —Soltó una carcajada y me miró.

—Eres preciosa —susurró cortando mi risa de golpe.

Siempre fue un amor, siempre mi amor. Nos quedamos mirándonos por unos segundos, hasta que rompí el contacto, si no, no saldríamos de esta habitación en horas y yo tenía un vuelo que coger a primera hora. Al recordar eso, tuve que reprimir las ganas que tenía de llorar. Me había acostado con él antes de mi marcha. No volvería a verlo, supongo que por eso lo hice, necesitaba tenerlo en mi memoria grabado a fuego y esta noche, había sido la mejor de toda mi vida.

—Creo que deberíamos vestirnos ya… Mi prima me estará buscando —dije separándome de él. Sam frunció el ceño preocupado.

Al separarnos, me metí en el baño que había en la habitación para poder estar a solas y así poder vestirme sin su mirada abrasándome por completo. Cerré la puerta con pestillo y reposé mi cuerpo en la puerta con la respiración acelerada, las lágrimas no tardarían en salir y mi corazón comenzó a latir tan fuerte, que pronto se me saldría del pecho. ¿Por qué dolía tanto? Joder, lo amaba incluso mucho más que antes y por mi jodida familia no podía estar con él… Mis abuelos seguían amenazándome, incluso sin vivir con ellos, seguían intentando joderme la vida, por eso necesitaba volver a Londres, tenía que contarle toda la verdad a mi madre y juntas conseguir ser felices sin que la familia de mi padre se interpusiera. Con esta decisión, no solo dañaba mi corazón, sino que también dañaba de nuevo el de la persona más importante de mi vida.

—Mia, ¿estás bien? —Me sobresalté al escuchar su voz tras la puerta.

Me di la vuelta y pegué la frente en la misma sorbiéndome la nariz, llenando mis mejillas de esas lágrimas que tanto había retenido, que no me escucharon cuando les dije que se quedaran quietas. Respiré hondo para poder responderle.

—Eh, sí… Espérame abajo, ya mismo estoy contigo —mentí llena de dolor.

—Lo siento, pero de aquí no me muevo hasta que no salgas… Te oigo llorar, Mia, ¿crees que soy idiota? Por favor, si hice algo mal, dímelo —Su voz sonó apagada y armándome de valor, abrí el pestillo y Sam entró al baño.

Me había dado la vuelta para que no viera mi cara de amargura, así que rodeó sus brazos por mi cintura y me dio un beso en el hombro aún desnudo.

—Mia, ¿qué pasa? —volvió a preguntar y no sabía qué decirle.

Empezaría por la verdad, mi verdad. Tenía que saber que me iba en pocas horas y que no volveríamos a vernos jamás. Me di la vuelta y sus ojos me miraron con preocupación, pero no

me dijo nada, solo me apretó más a su cuerpo y me besó. El beso estaba cargado de muchos sentimientos, demasiados y también cargado con una dolorosa despedida.

—Este es el fin, ¿verdad? —asentí, no podía articular palabra, parecía que me habían cosido la lengua al paladar—. ¿Por qué no hablas? Necesito que me digas que pasa, que me des una explicación de lo que acaba de pasar. —Suspiró—. Mia, yo te amo y ya me ha quedado claro que lo haré por el resto de mi vida, pero no puedes venir y dañar mi corazón cada vez que te plazca —me recriminó y volví a llorar, aunque no había dejado de hacerlo.

—Lo siento, lo siento. Yo no quise hacerte daño, no quise dañarte, Sam —me disculpé con el corazón encogido.

—Entonces, ¿por qué sigues haciéndolo? —me preguntó y no tenía respuesta para eso—. Mia… No sé qué pasa y realmente no sé si quiero saberlo. ¡Pero deja de jugar conmigo de una vez! —replicó y se separó de mí.

Lo sentía lejos, muy lejos de mí y otra vez había sido yo quien lo había alejado y esta vez sería para siempre. Salió del baño y salí corriendo tras él para impedirle su marcha, no podía irse así, no sin antes decirle todo lo que sentía por él.

—¡Sam! ¡No te vayas! —grité. Se paró justo delante de la puerta aun cerrada. No se movió ni un milímetro—. Quiero que sepas que nunca quise hacerte daño, que tuve mis motivos para dejarte…

—¡¿Qué motivos?! —vociferó dándose la vuelta y me miró con rabia, una rabia que me llenó de dolor.

Me quedé callada, la dureza de su gesto consiguió asustarme y lo vi cerrar los puños a cada lado de su cuerpo tan fuerte, que los nudillos se les veían blancos. Confiaba en él y sabía que sería incapaz de ponerme una mano encima, pero el dolor que había en su mirada era mucho más doloroso que un golpe, preferiría mil veces recibir un golpe antes de tener el odio de su mirada.

—¡Habla de una vez! Y si no tienes nada más que decir, prefiero irme —escupió.

—¡No sé qué quieres que te diga! —alcé la voz, aunque no quería que acabáramos así, nunca salen las cosas como una quiere.

—Déjalo, está claro que sigues siendo la misma niña mimada que consigue todo, pero ya estoy harto, no volverás a verme y mucho menos a hacerme daño… Esta es la última vez que nos vemos Mia Payne. —Y después de decirme eso, salió de la habitación pegando un portazo tras de sí.

Escuché cómo se alejaba a toda prisa y me puse la mano en el pecho. Dolía, dolía demasiado. Lo perdí otra vez y esta vez, sí era para siempre. Me senté en la cama, pasé mis manos por la cara frustrada y me recosté, haciéndome un ovillo y lloré como jamás lo había hecho.

No sabía cuánto tiempo había pasado, ni siquiera sabía si la fiesta terminó hasta que alguien entró en la habitación y se sentó a mi lado agarrando mi mano, no sabía quién era, no veía con claridad.

—Mia, Mia, ¿estás bien, cielo? —La voz de Brit resonó en mi mente, pero seguía sin poder vislumbrarla—. Cariño, soy yo… Mia, abre los ojos, por favor —suplicó. Poco a poco, me obligué a mí misma a abrir los ojos, a vivir de nuevo, aunque fuera desdichada por el resto de mi vida. Me incorporé y abracé a Brit con todas mis fuerzas, apoyándome en alguien, sintiendo el cariño verdadero de alguien, pues ya no sabía quién me quería de verdad y quién no.

Minutos después, estábamos bajando las escaleras, no quedaban muchas personas en la fiesta, estuve horas en esa habitación, horas llenas de amor, pasión y odio en estado puro. Todo a la vez era una mezcla explosiva, de hecho, había sido una explosión en toda regla. Brit llamó a mi tía y

quince minutos después, vino a recogernos. Ella, al verme se preocupó, estaba en un estado reprobable. No dijo nada, pero yo sabía que, en cualquier momento, me haría el tercer grado al igual que mi prima, suerte que solo me quedaba cinco horas a su lado, después me marcharía para siempre.

Media hora después estaba en el baño de mi habitación dándome una ducha, el agua caía por mi espalda calentando mi cuerpo. Recordé el momento en el que Sam me hacía suya, luego me cabreé por haber sido tan estúpida, provocando en mí una ira incontrolable que detonó en mi interior, le pegué puñetazos al mármol importándome muy poco herir mis manos, más herida tenía el alma. Caí de rodillas y metí la cabeza entre mis piernas angustiada. Otra vez tenía esa sensación de vacío en mi interior, otra vez necesitaba desaparecer, aunque eso conllevara acabar con mi vida.

***

Un par de horas después estaba de camino al aeropuerto para volver con mi madre, de donde jamás tenía que haber salido. Ella no sabía que volvía y se iba a llevar una sorpresa, aunque no sabía si le iba a gustar la idea de mi llegada.

Mi tía aún no me había preguntado nada y lo agradecí pues no me sentía con ganas de dar ninguna explicación sobre lo que me pasó anoche con Sam. Los recuerdos me estaban martirizando, los recuerdos de su aliento en mi cuello, sus besos en mi piel. Me hizo suya de nuevo, en realidad nunca dejé de serlo, iba a ser suya para siempre. Por mucho tiempo que pasara, por muchas personas que se cruzaran en mi camino, ninguno se compararía con él y ninguno entraría en mi corazón. Este estaba lleno de amor, pero amor por él y nadie más.

—Bueno, hemos llegado —dijo mi tía tocando mi mano y me exalté.

Estaba tan metida en mis pensamientos que no me di cuenta de que habíamos llegado ya y mucho menos de que mi tía me estuviera hablando. Miré el reloj y aún quedaba una hora para salir de aquí, alejarme de él, de mi primer amor, de este amor que me estaba matando por no poder estar con él. Agaché la mirada y así, sin decir nada, me bajé del coche de mi tía, ella me siguió. Mi prima no pudo venir a despedirse pues tenía que ir al instituto, pero me hizo prometerle que nos veríamos pronto, no se lo prometí, se lo juré. La iba echar mucho de menos y eso que había pasado con ella poco tiempo.

Entramos al aeropuerto y fuimos a facturar las maletas; una vez hicimos eso, nos encaminamos a una cafetería para hacer tiempo, todavía tenía tiempo para irme y claro, mi tía necesitaba saber qué me ocurría. Nos sentamos, cogió mis manos preocupada.

—Mia, cariño. Ya sabes que puedes confiar en mí y puedes contarme todo lo que quieras, ¿verdad? —asentí—. Entonces, ¿qué te impide hacerlo? Mi vida, si estás así es porque todavía quieres a ese chico, ya verás que todo pasa, el tiempo ayuda mucho, cielo. —Negué reprimiendo las ganas de llorar.

El tiempo solo era eso, tiempo. Más tiempo para añorarlo, para odiarlo, para amarlo aún más, pero no para olvidarlo. Eso jamás pasaría. Ya lo había comprobado en estos años que estuve sin él.

—No, tía, eso no es así y lo sé de primera mano. El tiempo lo único que hace es más daño por saber que no lo voy a tener nunca más —respondí y ella apretó mis manos entendiéndome.

Quince minutos después, me despedí de mi tía y caminé decidida hasta el control policial para

irme de una vez por todas. Crucé el arco sin problema y cogí mi bolso de nuevo, eché la vista atrás y alcé la mano para despedirme de mi tía por última vez.

Una vez dije que jamás huiría de nuevo, pero aquí estoy incumpliendo las promesas. Arrastré los pies y comencé a caminar, pero una voz se escuchó al otro lado del arco.

—¡Mia! —gritó y mi cuerpo se paralizó, me di la vuelta y ahí frente a mí, a pocos metros, estaba Sam—. ¡No te vayas! —volvió a decir y negué con lágrimas en los ojos. Volví a darme la vuelta—. ¡Una vez me prometiste que jamás me dejarías, que estaríamos juntos para siempre! —Esa promesa la guardaba en mi interior desde aquel día y, no, no cumplí. Me di la vuelta y lo miré, no podía articular palabra, verlo así con los ojos vidriosos y llenos de miedo, no me ayudaba en nada.

—Lo siento —pronuncié con mis labios y me fui.

No dejé que me convenciera porque sabía que una palabra más haría que me quedase y no podía. Corrí, corrí como jamás lo había hecho y llegué lo más lejos que pude de él, de su presencia, de su esencia, de ese imán que nos unía. Poco a poco, fui bajando la velocidad agotada y caí de rodillas en medio de la muchedumbre que pasaba por mi alrededor. No me importaron las miradas de todas aquellas personas, en lo único que pensaba y lo que me llevaría para siempre, serían sus ojos azules oscurecidos por el dolor. Me levanté y miré atrás, pensando que lo tendría ahí y no, no estaba y no lo estaría más.

CAPÍTULO 22

Samuel

Se fue, se marchó de nuevo y algo me decía que esta vez sería para siempre… Nunca más volvería a verla. Me sentía abatido, destrozado y nada me haría ver el lado bueno de todo esto, porque después de haber pasado la mejor noche de toda mi vida con ella, todo se fue a la mierda y no había nada que hacer. Mia se alejó de mí y yo solo podía hacer una cosa, olvidarla. ¿Olvidarla? Eso no iba a pasar, si en todo este tiempo no lo había conseguido, ¿qué me hacía pensar que ahora sí lo iba a lograr?

—Hola, ¿tú eres Sam? —Me di la vuelta y una mujer parecida a Mia estaba tras de mí—. Discúlpame, no quería molestarte. Soy la tía de Mia y no he podido evitar verlo todo. ¿Cómo estás? Si necesitas ayuda, aquí estoy, ¿vale? —asentí y sin responder salí del aeropuerto.

¿Por qué quería ayudarme? ¿Qué persona ayuda a otra sin conocerla? Ya daba igual, total, no necesitaba la ayuda de nadie, todo el mundo se alejaba de mí o me traicionaba. A lo mejor el problema era yo y no querían decírmelo para no hacerme daño.

Entré en el coche, arranqué y salí a toda prisa de este lugar que me quemaba hasta el alma. Conduje de nuevo sin saber dónde ir, ya estaba harto de ir dando tumbos, así que volví a esa playa en la que estuve la última vez e hice la misma acción, sumergirme en el agua hasta que mis pulmones me avisaran de que necesitaban respirar. Salí a la superficie y miré al cielo nublado, se avecinaba una tormenta, caminé hasta la orilla y después de ponerme los zapatos, fui hasta mi coche para volver a mi apartamento.

No tenía que haber ido a buscarla, pero los recuerdos de la noche amándola, haciéndola mía, me estaban atormentando y necesitaba retenerla a mi lado para siempre. Por eso llamé a su prima y le pregunté dónde estaba; al principio se negó y no la culpaba, me costó convencerla y me lo dijo al fin. Cuando me dijo que se iba, que ya estaba en el aeropuerto, no me lo pensé dos veces y sin decirle nada a mi amigo, salí de mi apartamento para verla, pero ¿para qué? No había servido de nada, aun así, la perdí.

Llegué a mi apartamento y no había nadie, mejor, necesitaba estar solo, necesitaba pensar en todo lo que estaba pasando y con Jon a mi lado no podía. Él estaba muy feliz con su novia y yo no iba a joderle esa felicidad. Salí a la terraza y me quité la ropa para meterme en la piscina que aún no habíamos utilizado. La noche era fresca, pero mi cuerpo estaba ardiendo de rabia. Nadé y nadé bruscamente de un lado al otro, hasta que mi cuerpo me pidió que parase, pues los músculos se me cogían en calambres.

Salí de la piscina y me enrollé una toalla a la cintura, caminé hasta el mueble bar y saqué una botella de *vodka*, necesitaba beber, olvidarme de todo y necesitaba algo fuerte. Así que me decanté por esa botella que tenía y que aún no habíamos tenido ocasión de abrir, pero hoy era un buen momento, el momento perfecto para emborracharme.

Iba a coger un vaso para servirme, y me dije, ¿para qué? Al final, bebí a morro, de igual forma me la iba a beber toda o esa era mi intención. Antes de relajarme en el sofá, subí a mi habitación, me puse unos pantalones de pijama finos y volví a bajar. Ahora sí, este era mi

momento, me senté en el sofá y cogí la botella entre mis manos, la abrí y me tomé un buen trago. Lo había necesitado tanto… Me la había bebido tan rápido que, cuando la terminé, cogí otra botella e hice la misma acción.

Las horas pasaban y mi borrachera subía de nivel, tanto, que ya no me mantenía en pie. Poco a poco, fui echando mi cuerpo en el sofá, cayendo en una oscuridad aplastante, llevándome a tiempos pasados, trayéndome esos recuerdos que quise olvidar. ¡Joder! No tenía que haber bebido, ¡bah!, daba igual, ya estaba hecho. Recordé ese día, ese maldito día que recibí su llamada, esa llamada que me hundió la vida, convirtiéndome en este Sam. Antes era diferente a como soy ahora. Miedo, mucho miedo era lo que sentí ese día, por no decir que la rabia y el miedo me estaban consumiendo por dentro.

Flashback

—Sam, hijo. Tienes una llamada —dijo mi madre entrando en mi habitación—. Creo que es Mia.

Al decir su nombre, sentía cómo mi pecho se inflaba, tanto que me iba a estallar en cualquier momento. Tenía tantas ganas de verla, de abrazarla, besarla y hacerla mía de nuevo. La amaba tanto… Mi madre me dio el teléfono y le dije:

—¡Mia, cielo! —exclamé y su respuesta no llegaba, sin embargo, escuchaba sus sollozos. ¿Qué le ocurría?

—Sam, yo… Lo siento.

Mi mundo se vino abajo cuando me dijo que no me quería, que me olvidara de ella, que no vendría a verme. ¿Por qué me hacía esto? Y lo peor, ¿por qué esperó a decírmelo poco antes de venir? No la entendía, me estaba matando por dentro.

Mia se había quedado con mi alma y había destrozado mi corazón, sacándolo de mi pecho y apuñalándolo vilmente y, aun así, seguiría amándola. Así de gilipollas soy.

Mi inconsciencia no me dejó escuchar los gritos de mi amigo Jon, hasta que me tiró un cubo de agua encima. El agua estaba helada y comencé a tiritar, tenía mucho frío, demasiado. Abrí los ojos, mi amigo y Valeria me miraban ceñudos. Yo no me encontraba nada bien, además de sentir el frío calarme los huesos, notaba cómo mi cuerpo ardía. Seguro que me puse enfermo por bañarme en esa playa y en la piscina con el mal tiempo.

—¿Qué te pasa, Sam? ¿En qué estabas pensando? —me preguntó Jon y al oír su voz, tuve que taparme los oídos para que no me taladrara la cabeza con el fuerte sonido.

—¡Cállate, joder! —hablé en voz baja con las manos en mi cabeza.

Mi cabeza latía incluso más fuerte que mi corazón. Jon se acercó y se sentó a mi lado, bufé al escuchar cómo maldecía por haberme encontrado así, se suponía que yo no bebía, pero aquí estaba, borracho y con fiebre. Valeria estaba preocupada y me tocó la frente, asustándose. Me obligó a vestirme para ir a urgencias, aunque no tenía ánimos de salir de casa para nada, no podía negarle que me sentía mal, me dolía todo, así que subí a mi habitación y me puse el primer pantalón de deporte que tenía junto con una sudadera y las deportivas, volví a bajar y me esperaban en la puerta.

—Dame las llaves del coche —me pidió Jon y negué. Ni loco dejaba que cogiera mi coche.

—¡Ni de coña, conduzco yo! —repliqué cabreándome.

¿Desde cuándo me trataba como un niño? Ya éramos mayorcitos como para andar de niñera del otro.

—Sam, estás enfermo y borracho. No creo debas ni puedas conducir —manifestó Valeria.

La miré pensativo hasta que accedí a darle las llaves. Me jodía que tuvieran razón y sabía que la tenían, pero jamás lo iba a reconocer, al menos, no delante de ellos. Bajamos hasta el aparcamiento y nos montamos en el coche, me puse detrás y abrí la ventanilla, necesitaba que me diera el frío aire de California en la cara para despejarme y pensar con más claridad, para lo único que me sirvió fue para recordar el motivo de mi borrachera. ¡Mierda! Ni beber hasta perder la conciencia me servía ya para olvidarme de todo.

Minutos después, llegamos al aparcamiento de urgencias del Garden Grove y nos bajamos del coche. Mientras nos acercábamos a urgencias, mis piernas comenzaron a flaquear y mi vista comenzó a nublarse y justo antes de entrar en el edificio, caí en un profundo sueño.

***

Sentía mis párpados pesados y me costaba abrirlos, tenía calor, mucho calor y sentía la luz brillante clavarse en mis ojos, haciendo que los cerrara con fuerza. Poco a poco, fui abriéndolos y cuando los tuve completamente abiertos, miré a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos en una habitación de hospital. Entonces, recordé el momento en el que llegábamos a urgencias y antes de entrar, me desmayé. En ese momento estaba solo, pero poco después, mi amigo Jon entró y al verme despierto, se acercó a mí con el semblante lleno de preocupación. Qué marica puede llegar a ser a veces…

—Por fin, hermano. Nos diste un buen susto, no vuelvas a hacerlo —expresó preocupado.

—No ha sido para tanto. —Al pronunciar solo esas palabras, mi garganta se retorció y me quejé de dolor. No podía siquiera tragar saliva.

—No hables. Tienes amigdalitis, por eso tenías tanta fiebre y tu cuerpo no lo soportó, te desmayaste —me explicó Jon y asentí.

Yo sabía que tanta agua no era buena y menos con el frío que comenzaba a hacer, pues estábamos cerca del otoño.

Jon no me dejó solo en ningún momento, hasta que horas después, Valeria vino y nos trajo algo de comer, ya que la comida del hospital era insípida y rancia. Cuando la enfermera me puso el caldo de pollo en la mesa, me faltó poco para vomitarle encima pues eso de que llevaba pollo, estaba por verse.

Las horas pasaban demasiado lentas y tuve que decirle a Jon que se fuera a descansar, pero era tan cabezota que no lo haría, así que se quedó conmigo en el hospital, lo agradecí porque realmente no quería quedarme solo.

Por la mañana, un médico entró y me explicó que tenía bastante infección, pero nada que no pudiera arreglarse con un fuerte antibiótico y quedarme unos días en casa para no volver a coger frío. Después de eso, me dio el alta y más tarde por fin salí de allí.

Cuando llegamos al apartamento fui directo a mi habitación. Me sentía bastante cansado y necesitaba la cama, como el respirar. Me acosté y miré al techo agotado. Aún no me creía que Mia se hubiese ido y encima Lidia seguía sin querer hablar conmigo, aunque llevaba unos días sin llamar. Me levanté y cogí de la mochila el móvil para llamar a mis padres y contarles lo que había pasado y ver si con suerte conseguía hablar con ella. Echaba de menos a Lidia, y cuando pensaba en ella, me dolía no poder darle lo que necesitaba y por culpa de Mia, seguía sin poder corresponderle. Marqué el número de mi padre y este me lo cogió al quinto timbrazo, ya iba a

colgar.

—Hola, ¿Sam?

—Sí, papá. ¿Por qué tardaste tanto en responder?

—Es que me pillaste en una reunión. ¿Pasó algo, hijo?

—Bueno, sí… Estuve ingresado por una infección y preferí decíroslo yo antes de que se me adelante Jon. Ya sabes cómo es.

Mi padre se preocupó, quería venir a verme, me negué claramente, no iban a venir por una infección en la garganta. Estuve hablando con él por un buen rato y me dijo que cuando llegara a casa, me llamaría para que hablara con mi madre. Le pregunté por Lidia, pero no me dio ninguna información nueva.

—Hijo, ella está bien. No te preocupes, ¿vale? Además, estamos terminando de arreglar los papeles para que pueda regresar con vosotros —dijo mi padre convencido, pero yo no estaba tan seguro de eso.

Lidia no quería volver a verme, ni hablarme. ¿Cómo iba a volver? Yo le hice daño, le rompí el corazón, el mío se rompió también llenándolo de culpa y de miedo a no volver a verla. Quería a dos chicas y solo amaba a una. ¿Eso era posible? ¿Por qué el amor era así de hijo de puta?

Unos instantes después, me despedí de mi padre y pensando en las dos, me quedé dormido. Volviendo a soñar con ambas, pero sin alcanzar a ninguna.

CAPÍTULO 23

Dos meses después

Este tiempo se me hizo eterno, mucho, diría yo. Dos meses desde que Mia se fue y tres desde que se fue Lidia. Me pasaba el tiempo pensando en ellas, intentando hablar con la hermana de mi amigo y seguía en las mismas. ¿Tan mal estaba? Le hice daño, sí, pero ¿tanto como para odiarme de esa manera? Les preguntaba a mis padres para que me dijeran cómo estaba y me evadían el tema. Menos mal que ya mismo cogía vacaciones y mi destino era Málaga. Echaba mucho de menos a mi familia y más en navidad, fue la primera que pasé sin ellos y me pasé toda la noche en mi habitación, ni siquiera salí. Jon se fue con Valeria obligado por mí, pues no quería dejarme solo.

Quitando todo eso, no me iba tan mal. Los estudios los llevaba perfectamente y tener tanto tiempo libre, me ayudó a pasar mis horas estudiando para sacar las mejores notas. Decidí que ya era tiempo de dejar de pensar en ellas y pensar más en mí y eso estaba haciendo, vivir y acabar lo que empecé.

Todos los días me repetía, «solo quedan tres meses más y volverás a ver a tu familia», solo ese poquito tiempo y eso hacía que me levantara con buen pie.

Me levanté a las siete de la mañana y fui directo al baño para ducharme y vestirme a toda prisa, tenía que estudiar para el examen de anatomía. Lo llevaba bien, pero más valía ser precavido.

Terminé de arreglarme y bajé a desayunar solo, Jon seguramente seguía dormido. Al llegar a la cocina, me tragué mis palabras pues mi mejor amigo estaba tan tranquilo desayunando. Me miró y puso mi café en la barra americana.

—Vaya, qué madrugador —dije sentándome en el taburete.

—Buenos días para ti también —respondió—. Desayuna, que tenemos que ir a estudiar. —Solté una carcajada—. ¿Qué te hace tanta gracia, capullo? —preguntó cabreado.

—Tú —respondí sin parar de reír—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te pones así? Tú no estudias nunca, Jon.

—Vale, es verdad… Pero quiero cambiar eso. Tengo que aprobar el puñetero examen —dijo decidido y palmeé su hombro.

Terminamos de desayunar en silencio y recogimos todo para irnos a la biblioteca. El examen lo teníamos a las once de la mañana, así que disponíamos de dos horas para estudiar.

Bajamos al aparcamiento y nos montamos en el coche, Jon quería conducir, le cogió el gusto cuando estuve enfermo, ya que se lo llevó los días que yo falté a la universidad. Al principio le dije que no, pero al ver la cara de perro abandonado, tuve que decirle que sí y le tiré las llaves al vuelo.

Por el camino le pregunté a Jon por Lidia y me miró con el ceño fruncido. En todo este tiempo nunca le pregunté a él, porque siempre le sonsacaba a mi padre.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Qué quieres con mi hermana, Sam? —Su voz sonó dura. Se había cabreado con solo una simple pregunta.

—Jon, no es algo que quiera ahora, pregunto por ella siempre que llamo a mi padre, pero tu hermana ninguna de las veces que he llamado quiere ponerse al teléfono. —Bufé exasperado—. Sé que le hice daño y me culpo por ello, pero ¡joder!, necesito hablar con ella, necesito saber que está bien, ¿tan raro es? Yo quiero a tu hermana, eso no ha cambiado.

Me escuchaba sin decir nada y así llegamos a la biblioteca de la facultad, sin cruzar ni una palabra más. Salí del coche y al bajarse él, cerró de un portazo que me dolió de la fuerza que había empleado.

—¡Oye, tranquilo! Que el coche no tiene la culpa de tu cabreo —hablé caminando hacia él.

—¡Cierto, el coche no tiene la culpa, la tienes tú! —Agachó la cabeza y se pasó las manos por la cara agotado—. Sam, no sé cómo decírtelo para que me entiendas, pero por favor, deja a mi hermana de una puta vez —me pidió intentando sonar lo más tranquilo que podía.

Dicho eso, comenzó a caminar dejándome en el aparcamiento solo y con la mente llena de dudas. ¿Por qué me pedía eso? ¿Acaso había algo que yo no sabía? Mis padres siempre me evadían, Jon no quería ni que hablara de su hermana. ¡Mierda! Yo solo quería que fuera feliz, aunque no fuese conmigo.

Caminé hasta la biblioteca, antes de entrar me di la vuelta y me fui a un parque cercano, aquí estudiaría mejor. No podía hacerlo al lado de Jon porque no me iba a poder concentrar, las preguntas taladraban mi mente y como no cambiara el chip, este examen no lo iba a aprobar.

Saqué la carpeta con todos los apuntes y me puse a leer. ¡Mierda y más mierda!, no me podía concentrar, tiré los papeles de mala manera al suelo y eché la cabeza en el respaldo del banco donde me había sentado. No podía dejar de pensar en Lidia y en las ganas que tenía de verla y hablar con ella, solo quería saber si estaba bien por su propia boca. Todos me decían que sí lo estaba, pero… ¿Por qué tanto misterio?

Volví a recoger los papeles e intenté meter todos los datos en mi mente, aunque fuera a la fuerza, lo haría. Los leí y releí una y otra y otra vez, hasta que la alarma del móvil me avisó de que ya era la hora del examen, guardé los apuntes en la maleta y me encaminé a la facultad. Cuando llegué fui directo al aula del examen y al entrar busqué con la mirada a Jon; este estaba en el último asiento y no había más a su lado.

«Lo hizo a propósito», pensé.

Me senté en la primera silla libre, esta estaba en la tercera fila justo al lado de una muchacha que parecía la empollona, pues nunca hablaba con nadie en clase, aunque cómo iba a hacerlo, si no levantaba la mirada del libro. Al sentarme, se sorprendió y me miró, para luego volver a poner su atención a sus apuntes.

«Como yo decía», volví a pensar.

Minutos después, entró el profesor y repartieron los exámenes y cuando llegó el mío a mi mesa, me eché a temblar, lo miré y este era de cuatro páginas con cincuenta preguntas. ¡Joder, joder! ¡Esto no se hace, hombre! Tragué saliva y comencé a leerlo muy lentamente, teníamos una hora para responder, menos mal que era tipo test, si no, me habría levantado y escapado al instante.

26 -Señale lo incorrecto sobre el límite del istmo de las fauces.
F) -Úvula palatina.
G) -Arco palatogloso.
H) -Arco palatofaríngeo.
I) -Raíz de la lengua.

J) -Pilar anterior del velo del paladar.

Estuve dándole vueltas a la maldita pregunta y ya estaba hasta los huevos de no recordar algo tan fácil. Si seguía así, los estudios me iban a ir como el culo. Tenía que dar por zanjado el problema con Lidia, ya que con Mia lo tenía más que roto, solo así podría seguir con mi vida.

El tiempo pasaba y ya tenía el examen terminado, solo con la pregunta veintiséis sin responder, entonces pensé en poner lo que yo creía y dar por terminada la tortura de examen que el profesor Morgan nos había puesto, pensando que ya éramos médicos. Marqué la letra **H** que era la que yo creía y me levanté después de recoger mis cosas para dejar el examen en la mesa del Sr. Morgan. Después de eso salí del aula sin esperar a Jon, total, él fue quien me dejó tirado. ¿Por qué debía esperarlo yo ahora?

Salí de la facultad y me encaminé hasta mi coche, por el camino me encontré a Valeria que esperaba a Jon y aunque no tenía ganas de hablar con nadie, me paré para que no pensara de mí que era un borde.

—¡Eh, Sam! ¿Qué tal fue el examen? —me preguntó con una sonrisa perfecta.

La verdad es que esta chica era muy guapa y tenía una sonrisa de infarto, de esas que te deslumbran y te contagian. Besé su mejilla a modo de saludo y comencé a caminar con ella hasta mi coche.

—La verdad, como una mierda… Por lo menos a mí, no sé a Jon cómo le habrá salido —respondí y llegamos a mi Audi.

—No será para tanto, hombre… —refirió sin borrar la sonrisa.

Iba a responder cuando llegó Jon hasta nosotros, me miró ceñudo y le sostuve la mirada, no iba a dejar que me machacara más por algo que yo, ya me machacaba bastante. Ya me sentía como una mierda para que él siguiera con su puto carácter amargado. Me di la vuelta para entrar en el coche, ni siquiera le iba a dirigir la palabra. Me monté en el coche y esperé unos segundos más para ver si se montaba, pero al no hacerlo, arranqué sin apartarle la mirada y salí de allí cagando leches.

Esta vez no fui a la playa, ni al parque, fui directo a mi apartamento a seguir comiéndome la cabeza y con suerte, llegar a la solución del problema. Dejé el coche en el aparcamiento y subí al apartamento, abrí la puerta y fui hasta la terraza para meterme en la piscina, seguía haciendo frío, pero me daba igual si me enfermaba de nuevo, ya todo me importaba una mierda.

Me quité la ropa y me metí al agua sin pensarlo, estaba helada, tanto que calaba los huesos. Me servía el frío para que me aclarase las ideas. Cuando llevaba unos minutos, ya no sentía ni el frío y me sumergí como hice en la playa, abrí los ojos y miré a mi alrededor, no había mucho que ver, pero sentía libertad en este momento, tanta que parecía que en mi vida no había ningún problema.

Cuando sentí cómo mis pulmones me pedían a gritos oxígeno, saqué mi cabeza al exterior y al hacerlo escuché la voz de Jon cabreado.

—¡¿Qué coño haces, Sam?! —vociferó fuera de sí.

Subí las escaleras de la piscina y caminé hasta las toallas, cogí una y me la pasé por los hombros, comencé a sentir escalofríos y corrí hasta el interior del apartamento, Jon vino tras de mí y cogió mi brazo, seguía muy cabreado.

—¡Joder, Jon! ¡Déjame en paz! —suspiré cabreándome.

Estaba harto de Jon, de sus comentarios, de sus respuestas y de todo. ¿Por qué? Porque no pude corresponder a su hermana, porque mi corazón seguía sintiendo por Mia, incluso más que

antes y no había remedio para eso, porque, aunque hice todo lo posible por estar con Lidia y ser feliz, no pude, porque no la amo y nunca lo haría, porque amo a Mia y siempre la iba a amar.

—¡¿Estás loco?! ¿Cómo se te ocurre meterte en la piscina con el frío que hace? ¿Es que quieres enfermarte de nuevo? —formuló las preguntas tan deprisa que no me dio tiempo a procesarlas.

—Mira, Jon, te voy a decir lo mismo que tú con tu hermana. ¡Déjame en paz de una puta vez! No volveré a repetírtelo —escupí histérico, subí a mi habitación y cerré la puerta de un portazo.

Estaba tan cansado que tenía ganas de volver a Málaga y estudiar allí, aunque tuviera que repetir el examen para que me dieran la nota que pedían para medicina. Estaba harto de esta situación, de Jon y sinceramente era hora de tomar una decisión: ¿Volver o no?

CAPÍTULO 24

Segundos, minutos, horas, días, semanas y meses habían pasado. Estábamos cerca de las vacaciones y a mi vuelta a Málaga conté todo ese tiempo hasta hoy, a solo dos días de mi viaje, me iría solo. Jon y yo seguíamos igual, e incluso me prohibió volver a mi casa para que no viera a su hermana, pero nada de lo que me dijo me hizo cambiar de opinión y compré el pasaje el mismo día de nuestra discusión.

Llamé a mis padres muchas veces durante todo este tiempo e incluso en una ocasión escuché la voz de Lidia y volví a querer saber de ella, pero todas eran negativas y ya estaba cansado. Con mi vuelta, sabría qué estaba pasando.

Me levanté temprano para ir a la facultad y por fin terminar mi último día. Ya habíamos terminado los exámenes y los había aprobado todos. Menos mal, tantas horas de estudio tenían que dar sus frutos, ¿no?

Bajé a la cocina como cada día a desayunar y ahí estaba Jon, como siempre con su cara inexpresiva y sus ojos llenos de furia. ¿Qué había pasado con mi amigo, con mi hermano? Me acerqué a la cafetera y me serví mi café, ese que mi amigo siempre me tenía preparado pero que ahora se tomaba solo, aunque pensándolo bien, prefería que no me lo pusiera, a saber, si sería capaz de envenenarme o algo. Cogí entre mis manos la taza caliente y me senté frente a él sin decir ni media palabra.

Jon no me quitaba la vista de encima, yo tomando mi café sorbo a sorbo, tampoco lo hacía, teníamos una guerra interna entre ambos.

—Creo que ya es hora de que hablemos —soltó de pronto sorprendiéndome.

—¿En serio? ¿Tú crees? —repliqué burlándome.

—Sí, aunque si lo prefieres seguimos como hasta ahora y todos contentos —sopesó agotado.

Pensé y pensé, a mí se me daba muy mal hacerlo pues cuando pensaba, dos mujeres se cruzaban y me jodían el día, así que sí, decidí que ya era hora de aclarar ciertas cosas que solo Jon podría hacer.

—¿Y qué tienes que hablar? Porque si vas a volver a prohibirme algo, mejor te lo guardas —escupí levantándome para largarme de una vez—. O no, mejor dime, ¿qué querías decirme?, espero que sean las respuestas a todas las preguntas que te hice durante todo este tiempo —afirmé y volví a sentarme.

—¿Qué quieres saber?

—Todo sobre Lidia y no me digas que no sabes nada, porque no te creo. Es tu hermana y además te conozco, sé cuándo escondes algo —asintió.

—Sam, yo solo puedo decirte que ella está bien, que si no quiere hablar contigo es porque sufrió mucho y aunque no lo creas, sigue haciéndolo… Por eso no quiero que vayas, no quiero que te vea y vuelva a sufrir, ¿me entiendes? Es mi hermana —explicó tranquilamente y me sorprendió.

—Yo no quiero hacerle daño. —Puse los dedos en el puente de la nariz mientras suspiraba. Todo esto me estaba sobrepasando—. Lo único que quiero es saber si está bien y sobre todo saber si volverá aquí.

—¿Para qué quieres que vuelva? No estarás con ella y eso le hará daño… Todo lo que hagas le hará daño, Sam. Por eso no quiero que te acerques a ella. —Y por primera vez le di la razón.

De todas las veces que habíamos tenido esta conversación, esta era la primera vez que la entendía. Entonces una idea se metió en mi cabeza, una idea que no sabía si a Jon le iba a gustar, pero era lo único que podíamos hacer, pues yo no iba a dejar de ir a Málaga.

—Pues vente conmigo —propuse y abrió los ojos sorprendido.

—¿Te has vuelto loco? Son las vacaciones y ya le había dicho a Valeria que la acompañaría a Murcia —respondió irritado.

—Pero es tu hermana, Jon. ¿No tienes ganas de verla? —asintió—. Pues no creo que a Valeria le importe que vayas a ver a Lidia antes y unos días después, vayas con ella.

Se quedó unos momentos pensando, unos momentos que se me hicieron eternos, la verdad es que tenía muchas ganas de pasar tiempo con él, ya que el tiempo que llevábamos peleados, solo habíamos discutido y nos estábamos distanciando. Quería recuperar a mi mejor amigo, a mi hermano. Lo miré expectante y desesperado por saber su decisión, hasta que sonrió y eso me dio la respuesta.

—Vale, iré contigo unos días y después me iré a Murcia con Valeria… Para una chica que me aguanta, no la voy a dejar tirada —exclamó haciéndonos reír a ambos.

Por fin las cosas comenzaban a ir bien. Jon y yo volvíamos a ser los hermanos inseparables y eso me hacía los días más llevaderos.

El día en la universidad se me pasó volando, estábamos de regreso al apartamento, teníamos que terminar de arreglar las maletas, solo quedaba un día para volver a ver a mi familia, estaba deseando abrazarlos y relajarme en mi hogar.

Dos días después

Mi despertador sonó a las seis de la mañana. Me levanté con una sonrisa de oreja a oreja, caminé hasta el baño y me metí bajo el chorro de agua, una ducha me despejaría del todo. Cuando terminé me vestí, cogí las maletas y bajé a desayunar antes de irnos. Jon, como cada mañana, estaba desayunando y me encantaba que mi amigo hubiera vuelto, pues solo él sabía cómo me gustaba el café. Cargado con una pizca de azúcar y una gota de leche. Bebí el primer sorbo y cerré mis ojos para saborearlo con gusto.

—¡Cuánto te había echado de menos! —dije mirando a mi café.

—Gracias, hombre… —respondió Jon y solté una carcajada.

—¡A ti también, capullo!

—Eso está mejor —respondió y desayunamos.

No tardamos ni media hora cuando ya estábamos montados en el coche para ir hasta el aeropuerto. Eran tantas las ganas de llegar que me daba igual dejarlo aparcado en la calle. No estábamos para perder el tiempo esperando un taxi. Conduje deprisa, tanto, que alguna vez que otra, Jon tuvo que decirme que aflojara la velocidad y lo hice, pero después volvía a subirla. Tenía ansiedad, ganas de volver, de salir de aquí y olvidar un poco todo lo que había pasado en este tiempo. Solo llevábamos meses, pero había sido los más largos de toda mi vida.

Cuando vinimos a California, veníamos con la clara intención de quedarnos aquí para siempre. Terminar los estudios, buscar trabajo en algún hospital de aquí y con suerte conseguirlo. Todo eso era perfecto en mi cabeza. Todo muy bonito, todo. ¡Y una mierda! Todo se fue por ahí

mismo, porque sentía la necesidad de estar en mi casa, de volver a mi vida, de conseguir trabajo, sí, pero allí mismo.

Llegamos al aeropuerto y una vez que dejamos el coche aparcado y bien cerrado, caminamos hasta el interior del aeropuerto, fuimos directos a facturar para poder entrar, esperaríamos la hora cerca de la puerta de embarque.

Cuando llegué al control policial, el recuerdo del día que se fue Mia chocó en mi mente como a quien le dan un puñetazo, así de fuerte, así de duro. Tuve que mover mi cabeza de un lado al otro, para sacar esos malos recuerdos, pues no era el momento. Demasiado tiempo había pasado pensando en ella, en ellas, ya estaba cansado. Supongo que también sería porque dentro de muy poco volvería a ver a Lidia y eso es algo que quería. ¿Qué sentiré al verla después de tanto tiempo? ¿Aún mi cuerpo sentirá que la necesita o lo habrá olvidado? Tenía muchas dudas sobre eso y eran las ganas locas que tenía de llegar.

Pasamos el control sin problemas y caminamos hasta la puerta de embarque que no estaba lejos. Nos sentamos y Jon me miró emocionado, tenía tantas ganas de llegar como yo, no era para menos, él tenía que ver a su hermana, a su única familia, aunque nosotros éramos hermanos también. Aún recuerdo el día que lo conocí y desde entonces éramos inseparables, este tiempo enfadado había sido horrible.

Flashback

Estaba en casa de mi abuela mientras mi madre trabajaba, siempre me aburría mucho, hasta que un día fuimos a casa de la vecina para «ver la novela». *Sí, cuando me dijo que haríamos eso, no sabía si escaparme de casa o algo, pero no pude y fuimos a casa de doña Lola que así se llamaba o así la llamaba mi abuela. Cuando llegamos a su casa, en mis fosas nasales entró un olor que… Uf, qué olor más bueno. Doña Lola estaba horneando galletas y para qué contar, solo con eso me ganó y me quedaría a ver la dichosa novela.*

Pero me llevé otra sorpresa al decirme la vecina que su nieto Jonathan estaba en su habitación por sí quería jugar con él. Me gustó eso de hablar con alguien de mi edad o al menos, con alguien que no fuera una abuela desesperada por ver Pasión de Gavilanes. *Cada vez se ponía más pesada mi abuela con la novelita. Lo peor de todo es que esa novela ya la habían visto, pero se ve que les encantó, si no, no la verían repetida, ¿no? Caminé cauteloso hasta la primera puerta del pasillo de aquella casa humilde, donde en cada rincón de esta, había al menos cuatro fotos de familiares, figuritas de porcelana y un sinfín de cosas más. Parecía más un museo que una casa. Pegué dos toques en la puerta y sin recibir respuesta, entré y vi a Jonathan sentado en su cama jugando a la consola, carraspeé dos veces y me miró.*

—¿Quién eres? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Soy Samuel, el nieto de la vecina de tu abuela —respondí y asintió.

—¡Aaah!, pues muy bien. ¿Quieres jugar? —propuso señalando la consola y asentí mientras caminaba hasta él.

Me tendió otro mando y así pasamos la tarde, jugando y riéndonos. Pasaron las horas volando sin darnos cuenta, hasta que la madre de Jonathan vino a recogerlo, venía con una niña más pequeña que me miraba extrañada y queriendo saber quién era yo. Ella era su hermana Lidia.

El tiempo pasó y cada vez éramos más amigos, tanto, que juramos que siempre seríamos hermanos.

—Sam, Sam. —Escuché que me llamaba Jon y lo miré—. ¿En qué piensas? Hace rato que te estoy hablando. Ya están embarcando. —Abrí los ojos y una emoción embargó todo mi ser.

Me levanté y caminamos hasta las azafatas para entregarles nuestros pasajes; al hacerlo, comenzamos a entrar y se inició la cuenta atrás, poniéndome nervioso, inflándose el pecho, como si llevara años sin volver.

Cuando entramos, nos sentamos en nuestros respectivos asientos y eché la cabeza en el respaldo mientras suspiraba. ¡Menos mal que me tocó la ventana!

—Tranquilo… Pronto estaremos en casa —pronunció Jon y asentí tranquilo.

«En casa, pronto estaremos en casa», me repetí una y otra vez.

CAPÍTULO 25

Llevábamos bastante tiempo sentados en este avión y estaba hasta los cojones, quería llegar ya, ¡joder! A cada minuto que pasaba, más me desesperaba, pero aún nos quedaba una hora, una maldita hora para llegar. Miré a Jon y este estaba leyendo el periódico tan concentrado, que no se daba cuenta de mi desesperación.

—¿Quieres dejar de moverte de una puta vez? ¡Joder, parece que tienes pulgas en el culo! —soltó sin mirarme.

—Es que estoy cansado de estar aquí sentado… ¡Quiero que este maldito avión aterrice de una santa vez! —eso último lo dije alzando la voz y Jon soltó una carcajada.

—Vale… A ver, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan nervioso? —me preguntó cerrando el periódico y mirándome.

Fruncí el ceño como si estuviera preguntándome una tontería, aunque era más que evidente que algo me pasaba y él sabía qué era. ¿Es que quería que hablásemos de su hermana? Sí, quería verla y cada vez que el avión se acercaba más a su destino, más nervioso me ponía yo. Era de locos, yo estaba loco, sí, lo sabía. Sonreí y él me imitó, pero poco después, su semblante cambió a uno más serio. ¿Qué le pasaba ahora?

—Sam, sé por qué estás así, déjame decirte que no verás a mi hermana —habló nervioso y achiné los ojos intentando no cabrearme. ¿Cómo había dicho?

—¿Cómo que no voy a ver a tu hermana? ¿Dónde está ella, Jon? —pregunté intentado parecer sereno, pero toda esa euforia que guardaba para cuando llegara el momento se estaba yendo a la mierda.

—¡No!, y deja de preguntar. No tengo ganas de hablar de ello ahora.

—¿Dónde está, Jon? No hagas que vuelva a preguntártelo.

—Sam, hay cosas que tú no deberías saber, y si la ves, sabrás…

—¿Qué es una puta adivinanza o algo por el estilo? No me jodas, Jon… Llevas unos meses así, ocultándome cosas y uno de los motivos de mi vuelta es enterarme de esto. Entérate bien, ni tú ni nadie me va a prohibir ver a Lidia, ¿estamos? —exclamé enfurecido.

—¿Por qué quieres verla si no la quieres? —me preguntó también alzando la voz.

—¡Yo sí la quiero, joder!

—Aaah… Pues no sé qué decirte.

Y se calló, quedándose mudo durante la hora de viaje que nos quedaba. Otra vez habíamos discutido y siempre era por lo mismo. ¿Es que jamás podré tener una relación normal con Lidia? Estaba claro que ella no quería verme, era algo que ya sabía, pero también tenía claro que iba a luchar por verla y que me dejara conquistarla de nuevo. Tenía la certeza de que, si Lidia me aceptaba y volvíamos a estar juntos, ella terminaría quedándose en mi corazón, echando de una patada a Mia, que era lo que yo más quería. Olvidarla, sí, eso quería.

El avión al fin aterrizó y mis nervios estaban a flor de piel, cogí mi mochila y caminé decidido hasta la cinta mecánica que traía las maletas, sin esperar a Jon, que venía asfixiado tras de mí.

—¡Espera, coño! —gritó cuando llegó hasta mí.

—¿Para qué? Si tú no quieres decirme dónde está Lidia. ¿Acaso me lo vas a decir? —Negó —. Pues entonces no te espero.

Cogí mi maleta y antes de recibir una respuesta por su parte, volví a caminar, pero esta vez hacia la salida donde seguro que mis padres nos estaban esperando. Como yo decía, mi madre y mi padre estaban esperando en la salida. Corrí hasta ellos, aún no me habían visto; cuando llegué, me puse delante de ellos y gritaron al verme.

—¡Sam, hijo! —gritó mi madre apretándome a ella—. ¡Por fin llegaste, no sabes lo que te he echado de menos, mi niño!

—Y yo, mamá, os extrañé demasiado… —susurré abrazado a ella.

Me separé y abracé a mi padre fuertemente. Estar cerca de ellos al fin me estaba dando la vida y una sensación de paz increíble, esa paz que hacía tiempo que no sentía porque se fue el día en que Mia se cruzó de nuevo en mi camino provocando que Lidia escapara de mí.

—¡Por fin, campeón, estábamos locos por verte! ¿Cómo estás? ¿Y Jon?

—¡Aquí estoy! —respondió por mí. Lo miré y estaba asfixiado de tanto correr.

—¡Hola, hijo! ¿Por qué llegaste así? —preguntó mi madre mirándolo y le dio un beso y un abrazo.

—Pregúntele a su hijo. —Me miró cabreado y le tendí la mano en signo de paz. Este me la estrechó y nos reímos.

Salimos del aeropuerto y caminamos hasta el coche de mi padre.

Por el camino estuvimos hablando de mil cosas y me moría por hablar de Lidia, pero no me atrevía por miedo a las respuestas que me dieran todos. Sabía que algo estaba pasando con ella, pero ¿el qué? No podrían ocultármelo toda la vida, no podrían escondérmela para siempre, yo mismo la iba a buscar cuando todos no se dieran cuenta. Cuando llegamos a mi casa, mi hermana al escuchar el sonido del claxon salió corriendo en mi busca y yo al verla hice exactamente lo mismo. A ella sí que la había echado de menos, era mi princesa.

—¡Sam! —gritó y la besé.

—¿Cómo estás, pequeñaja? ¿Me has echado de menos? —le pregunté y asintió.

Entonces me di cuenta. ¿Con quién estaban? Mi corazón comenzó a latir frenético y no entendía por qué. Miré a mi padre para ver si me respondía, pero negó. Entonces una señora de unos cincuenta años salió de mi casa y saludó a mi madre.

—Lo siento, pero salió corriendo al escuchar el coche —se disculpó y luego me miró a mí—. Tú debes de ser Sam —asentí—. Soy Miranda, la niñera de tu hermana… Espero que pases unas buenas vacaciones.

—Gracias.

Perdí la poca esperanza que se generó en mi cuerpo al pensar que Lidia estaba con mi hermana, pero no fue así y me dolió no tenerla ya, no verla de una vez.

Cuando entré en mi casa, respiré hondo y los olores familiares entraron en mis fosas nasales impregnando todo a su paso. Estaba en casa, estaba en mi hogar y me sentía feliz, relajado, a gusto… Aunque me faltaba verla a ella.

—Hijo, ¿estás bien? —Escuché la voz de mi madre y me di la vuelta para mirarla.

—Sí, no… No sé, mamá. —Suspiré sentándome en el sofá—. Han pasado tantas cosas que, no sé ni cómo no me he vuelto loco en este tiempo —expliqué al tiempo en que mi madre se sentaba a mi lado—. Venía con la intención de verla y conquistarla si se dejaba, pero ya veo que ni siquiera ha venido a recibirme.

—Hijo, tienes que entenderla. Lidia está pasando por unos momentos difíciles y…

—¿Y qué, mamá? Ninguno me decís nada y estoy cansado de ser el último estúpido que se entera de las cosas. —Mi madre se puso nerviosa y en vez de responderme, se levantó con la intención de irse y volver a evadir la conversación—. No te vayas, mamá. No antes de que me digas la verdad —dije cogiéndole la mano.

—Es ella la que debe decírtelo, Sam, no yo… En un principio no estuve de acuerdo con ella, pero la entendí y… sé que cuando lo sepas, me odiarás.

Fruncí el ceño y ahora sí se fue dejándome completamente solo y hecho un lío. ¿Qué había querido decir con eso? Me levanté frustrado del sofá y subí a mi habitación a dejar la maleta que aún estaba en la entrada. Entré en ella y sonreí, estaba todo igual que cuando me fui, mi madre había sido muy cuidadosa. Me asomé por la ventana y vi en el jardín a mi padre jugando con mi hermana y mi madre se acercaba hasta ellos, pero Jon no estaba. ¿Dónde fue? Seguro que fue a ver a su hermana.

Coloqué la ropa en cada cajón y colgué las camisas, una vez todo hecho, bajé al jardín y me despedí de mis padres.

—¿Dónde vas? —me preguntó mi padre.

—Voy a ver a Mell —mentí claramente—. Te cojo el coche, mamá.

Los dos asintieron no muy convencidos y salí de mi casa, me monté en el coche de mi madre y arranqué sin saber dónde ir. ¿Dónde estaría Lidia? Conduje pensativo, intentando dar con ella, entonces pensé y me dije «estúpido» por no saberlo antes. «Claro, estará en su casa, gilipollas», me regañé a mí mismo.

Al haberme desviado, tuve que dar la vuelta para coger el camino de la casa de Lidia y en menos de quince minutos, estaba parado delante de su puerta sin saber qué hacer. ¿Entraré? ¿Me atreveré a tocar siquiera el timbre? Suspiré varias veces, no lograba calmarme, algo me decía que cuando la viera las cosas en mi vida iban a cambiar y no sabía si realmente quería saberlo. Puede que, si me voy sin hablar con ella, pueda seguir con mi vida como hasta ahora, o puede que si la veo y me entero de una vez qué está pasando, quiera tener una vida con ella.

—¡Joder! —Pegué un puñetazo en el volante frustrado.

¿Hasta cuándo esta ansiedad que me oprimía el pecho? Me quedé con la mirada perdida y el corazón acelerado, hasta que me armé de valor y salí del coche, cerré la puerta y todo lo hice a cámara lenta, no apurar las cosas era buena idea en este momento. Caminé despacio hasta la puerta y antes de tocar el timbre, la puerta se abrió y un Jon muy sorprendido me miró cabreadísimo. Aunque me dio igual su cara, yo había venido a ver a Lidia y lo que menos me preocupaba en este instante era él.

—¿Qué coño haces aquí, Jones? —me preguntó enfurecido.

—¿Vuelvo a ser Jones? —escupí intentando no cabrearme, aunque mi paciencia tenía un límite y Jon los había pasado todos.

—¡¿Qué coño haces aquí?! —repitió la pregunta, aunque esta vez alzando la voz.

Antes de responderle, escuché su voz acercándose y mi cuerpo comenzó a temblar. Poco a poco, cada vez más cerca. Los segundos pasaban y yo cada vez estaba más nervioso.

—Jon, ¿quién es? —preguntó en el mismo momento en el que su mirada y la mía conectaron y yo no pude pronunciar palabra.

CAPÍTULO 26

La miraba y la miraba sin saber qué decir o qué hacer. No podía ser cierto lo que mis ojos veían y mucho menos podría ser cierto que me lo hubieran escondido, estas cosas no se esconden, no se evaden… Me lo tenían que haber dicho y ahora entendía lo que mi madre me dijo, tenía razón. ¿Cómo no me dijo nada?

—Sam, yo… yo, lo siento —pronunció casi en un susurro y por un momento no supe qué decirle, pero algo dentro de mí se encendió y dio paso a un Sam muy cabreado.

—¡¿Que lo sientes?! ¡¿En serio, Lidia?! ¡Joder…! ¡Estás embarazada! ¿Cómo has podido ocultármelo? —grité fuera de mí y los ojos de Lidia se llenaron de lágrimas.

Entré en la casa y cerré de un portazo. No me podía creer esto… Lidia estaba embarazada y me lo ocultó. ¿Cómo pudo? Di vueltas de un lado al otro con la cabeza gacha y la mirada perdida. Sabía que al verla mi vida iba a cambiar, ¡y de qué manera…! ¡Voy a ser padre, mierda, padre! No podía estar pasando esto, ¿cómo? Siempre tuve precauciones.

—Sam, por favor. ¿Quieres calmarte? —intervino Jon poniéndose frente a mí.

Lo miré con odio, con desprecio, pues él también me lo ocultó. Mi mejor amigo, mi hermano, nadie me dijo nada, ¿por qué? ¿Acaso pensaban que no me haría cargo o que huiría?

Jon se dio cuenta de mi mirada, esa que él mismo usó conmigo en estos meses porque no quería que hiciera sufrir a su hermana y todo era por esto, por el embarazo. Lidia no me quitaba los ojos de encima y aunque me moría por abrazarla y calmar su sufrimiento, no podía, en este momento lo único que quería hacer era desaparecer.

—No me pidas que me calme… No cuando me habéis ocultado que iba a ser padre. ¿Tú lo ves normal? —pregunté agitado—. ¿Y tú, Lidia? ¿Tanto daño te hice que no pudiste decírmelo? —mi voz salió entrecortada, nerviosa—. Durante todos estos meses te llamé. —Suspiré—. Ninguna de las veces quisiste ponerte, ¿por qué?

—Sam… Yo no podía. ¿Qué querías que te dijera si estabas embobado con Mia? En serio, lo pasé muy mal y lo único que pude hacer fue irme. ¿Acaso querías que me quedara para verte con ella? —Sus sollozos cada vez eran más fuertes y me estaba matando—. Yo te amo, Sam, pero…

—Pero ¿qué?

—Nada, déjalo…

—¡No! ¡No voy a dejarlo, Lidia, es mi hijo también! —dije alzando la voz.

—Hija… —me corrigió.

Al escuchar eso me paralicé, saber que era una niña, que ya lo sabía y no me dijo nada… Eso incrementaba mi cabreo, ya no lo aguantaba más, le eché una última mirada y salí de esa casa que tan pequeña se me había hecho. Mientras corría para el coche, escuché la voz de Jon llamándome, pero no lo escuché, no quise hacerlo. Entré en el coche y salí a toda prisa de allí.

Necesitaba pensar, aclarar mis ideas, mis sentimientos. Todo, todo se había magnificado. Mis sentimientos por Mia eran muy fuertes, pero ver a Lidia, después de tantos meses y en ese estado y no solo por el embarazo, sino por su sufrimiento, hizo que mi corazón diera un vuelco y me planteara muchas cosas. No lo pasó nada bien y todo por mi culpa.

Estaba agobiado, acojonado y todo mi mundo era una auténtica locura. ¿Qué íbamos a hacer

ahora? Pensé y pensé durante minutos, los minutos me llevaron a horas y seguía dando vueltas en el coche. Hacía un rato que mi móvil no dejaba de sonar, pero ni siquiera sabía quién era porque no lo miré, aunque me hacía una ligera idea. Al final decidí dar un paseo por mi playa, esa que tanto había echado de menos, la misma que me vio llorar por Mia, por Melissa y por la única que no lloré fue por Lidia. Claro que ella no me hizo daño, al contrario, todo lo que hizo fue hacerme feliz, o por lo menos intentarlo.

Aparqué, salí, me quité los zapatos y los dejé en el coche, después comencé a caminar hasta que mis pies tocaron la fina arena, llenando mis dedos y haciendo que sintiera el calor de mi hogar. Suspiré al tiempo que me acercaba a la orilla, me dieron ganas de hacer lo mismo que había hecho en California, meterme en el agua, sumergirme hasta que mis pulmones pidieran clemencia, pero esta vez no lo hice, en cambio repetí lo que por tantos años hacía y que llevaba tiempo sin hacer, me senté en la arena, cerca de la orilla, pero lo suficientemente lejos para no mojarme.

Lidia

—¡Sabía que esto iba a pasar, te lo dije mil veces, Lidia! —me recriminó mi hermano.

Tenía razón, siempre la tuvo y me culpaba por ello, pero no podía decirle nada, no quería que dejara toda su vida por mí. Su futuro, su carrera, sus sueños. No me perdonaría que perdiera la oportunidad de conseguir lo que por tanto tiempo estuvo luchando. Por un embarazo y más, sabiendo que no me amaba, que siempre la iba a amar a ella. No iba a soportar tenerlo conmigo por nuestra hija y que después de varios años me echara en cara que lo dejó todo por mí, por alguien a quien no amaba y nunca amaría por muchos años que pasaran. No, definitivamente no quería eso y ese fue motivo suficiente para no confesarle la verdad.

—Lo siento, pero lo hice por él, no voy a dejar que esté conmigo solo por nuestra hija… No lo soportaría —sollocé y mi hermano me abrazó con fuerza—. ¿Viste cómo me miró? No quiero eso para mi vida, para el futuro de mi hija, Jon. Quiero tenerla y hacerla feliz. —Mi hermano asintió y ambos nos sentamos en el sofá.

Desde que llegué a Málaga, los padres de Sam no se separaron de mí y cuando se enteraron de que iban a ser abuelos, mucho menos. Ahora me siento en deuda con ellos por no decirle a su hijo nada, por guardarme el secreto, aun sabiendo que su hijo podría odiarles por ello.

Ver su mirada llena de rencor me partió el alma y más cuando de mi mente salió el recuerdo de su última mirada, esa que utilizaba conmigo y que me llenaba de amor. Pensé que me quería, que había conseguido entrar en su corazón, aunque también sabía que Mia no había salido del mismo, pero me conformaba con estar dentro también. Me equivoqué, no estuve, nunca estuve y ahora más que nunca me doy cuenta de que así era.

Toqué mi abultado vientre, haciéndole ver a mi pequeña que estaríamos bien y que solas íbamos a ser felices, pero ni yo misma me lo creía, no después de este infierno de día que no acababa nunca.

Las horas comenzaron a pasar llegando la noche al fin, me sentía exhausta, así que cuando cené, me acosté dejando a mi hermano solo en el salón. Me habría gustado estar más tiempo con él, pero el embarazo me estaba matando y necesitaba descansar, aunque sabía que no iba a pegar ojo en toda la noche.

Estábamos preocupados por Sam, ya que, al marcharse, no dijo dónde iba y no había llegado

aún a su casa. Sus padres lo llamaron durante toda la tarde y seguían haciéndolo, pero nada, no les cogía el teléfono. Se había ido sin decir dónde, sin decir nada y no le culpaba, incluso lo entendía, yo fui quien le ocultó que seríamos padres. Eso no se le hace a la persona que amas. Y aunque siga pensando que lo hice por él, realmente no era así, lo hice por mí, por no sufrir más y eso me había convertido en una egoísta.

—¿Dónde estás, Sam? —me pregunté a mí misma.

En ese momento mi hermano entró en mi habitación y se sentó a orillas de mi cama, su semblante era de total pánico y me temía lo peor. Me incorporé y lo primero que se cruzó en mi mente fue él… Algo le pasó a Sam, estaba segura de ello.

—¿Qué ocurre, Jon? —pregunté preocupada.

—Es Sam…

—¿Qué pasó con él? —No dejé que mi hermano dijera nada más.

Me levanté para vestirme mientras esperaba a que mi hermano me dijera de una vez que había pasado.

—¡Jon, habla!

—Está en el hospital…

No escuché nada más, cuando estuve vestida salimos de casa y cogimos un taxi en dirección al hospital. Tenía miedo de que algo grave le hubiera pasado y todo había sido por mi culpa, por no decirle la verdad, por negarme a hablar con él en estos meses, pero no lo iba a dejar… Iba a conquistar a Sam de nuevo.

CAPÍTULO 27

Samuel

Me perdí en las olas, en el océano, en cada gota de agua que caía sobre ella y sobre mí. Había comenzado a llover y me dio igual, me estaba acostumbrando a estar empapado por horas. Me levanté de la arena y como si una sirena me cautivara, caminé hasta el interior del mar cubriendo mi cuerpo poco a poco, milímetro a milímetro. Los segundos pasaron y me parecieron horas, largas horas de pensamientos dolorosos y recuerdos aún más desastrosos. ¿Por qué no podía poner un puto muro en ellos? No, si hiciera eso, sería inteligente, pero yo era un gilipollas que le encantaba sufrir.

El temporal cada vez empeoraba más, provocando una guerra en las profundidades, haciendo que enormes olas comenzaran a chocar con las rocas que tenía a mi derecha. Me sumergí importándome muy poco que el océano me llevara con él, que me tragase y me soltara en cualquier isla desierta. Eso sería algo increíble.

No me di cuenta de cómo estaba empeorando todo, las olas, el viento, hasta que la marea comenzó a arrastrarme con ella y en un momento rápido, muy rápido, mi cuerpo chocó con las rocas y no recordé nada más.

***

Sentí una cálida mano en mi mejilla, acariciando mi piel áspera por la barba que comenzaba a salir. Me sentía tan bien, tan a gusto que no quería abrir los ojos ya que estaba en el mismo cielo.

—Eh, Sam. Despierta. —Escuché su voz aterciopelada y supe quién era.

—Lidia —susurré sin abrir los ojos—. Bésame —le pedí con voz ronca.

No me hizo esperar y sentí sus labios pegados a los míos, fue como estar de nuevo en casa y no quería salir de aquí jamás. Levanté mi mano derecha y agarré su mejilla mojada por las lágrimas. Aun con los ojos cerrados, me besó como había estado esperando desde que decidí volver y no quería que acabase. Poco a poco, se fue alejando y mis ojos se abrieron lentamente, pero la luz era tan cegadora que me costó horrores vislumbrarla, hasta que mi visión se acostumbró a la luz de la habitación de hospital. ¿Cómo había llegado aquí? Entonces recordé las olas, la lluvia, la enorme tormenta que me llevó hasta las rocas y hasta ahí llegaban mis recuerdos.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunté con voz irregular. Tenía la garganta seca.

—¿Quieres agua? —asentí—. Tu padre te rescató. Supo dónde encontrarte, le costó mucho poder sacarte de entre las rocas —explicó mientras me daba un vaso de agua.

—¿Y dónde están ahora?

—Fueron a cambiarse de ropa. Sam, llevamos aquí dos días. —Abrí los ojos sorprendido—. Has estado inconsciente todo este tiempo.

—¿Estuviste conmigo todo el tiempo?

—No podría separarme de ti, aunque quisiera —confesó avergonzada.

Nos quedamos mirando unos instantes y supe que era ella, era la chica que había conseguido entrar en mi corazón y quedarse sin problema. Lo tenía claro, me había enamorado de Lidia sin querer, sin darme cuenta, mi corazón la eligió incluso antes de volver a ver a Mia. Rompí nuestras miradas para bajar a su vientre, ese que llevaba a mi hija y alcé mis manos y las posé ahí. Fue una sensación extraña, pero muy tranquilizadora.

—Siento no habértelo dicho antes, Sam, pero tenía miedo…

—Shhh, no digas nada. Sé por qué lo hiciste y no te culpo por ello, yo habría hecho lo mismo —declaré agarrando sus manos y llevándomelas a mis labios para besarlas.

Lidia miraba todos mis movimientos, estaba nerviosa, lo notaba en sus ojos, esos oscuros ojos que consiguieron que me sumergiera en ellos. Me había costado mucho darme cuenta de que la amaba y ahora que lo sabía, ¿cómo se lo diría? Puede que ni me creyera, pero utilizaría todo este tiempo para hacer que confiara en mí de nuevo.

Iba a besarla de nuevo, en el mismo momento en que mis padres entraban en la habitación, dándose cuenta de que nos habían interrumpido en pleno momento romántico.

—¡Oh!, lo siento —exclamó mi madre nerviosa y le sonreí.

—Hola, mamá —saludé y se acercó a mí para apretarme contra su cuerpo como siempre hacía —. Mamá, estoy bien.

—No, hijo, no lo estás. ¿Cómo se te ocurre meterte en el agua? ¿Has perdido la cabeza? — Sonreí y negué.

—No. Bueno, un poco sí, pero no es lo que parece.

—Déjalo ya, mujer… Está bien, y eso es lo importante —intervino mi padre para salvarme el culo.

—Gracias —susurré.

Yo quería a mis padres, los adoraba, pero en este momento solo quería estar a solas con ella, con la chica que me robó el corazón aquella noche que vino a mi casa. La misma noche que la besé sin pensar en las consecuencias, pero me dio igual hacerlo porque ya la necesitaba. Mis padres se dieron cuenta de que no le quitaba la mirada de encima a Lidia y sonrieron satisfechos. Al parecer, ellos estaban incluso más felices que yo.

Poco después, vino el médico para decirme mi estado de salud y nos explicó que estaba bien, pero que debía quedarme un día más pues estuve demasiadas horas inconsciente. Había tragado demasiada agua y el golpe en la cabeza fue lo que me mantuvo en un sueño tan profundo. Me hicieron pruebas y estaba todo bien, así que por la mañana saldría de aquí.

Horas después, mis padres se marcharon y obligué a Lidia a que hiciera lo mismo y se fuera con ellos. En un principio se negó, pero realmente estaba cansada y no podía quedarse otra noche más en el hospital en su estado. Se despidió de mí casi de lejos, no se atrevía a besarme de nuevo y no le insistí para no agobiarla, cuando saliese del hospital tendríamos todo el tiempo del mundo para poder estar juntos sin que nadie se interpusiera y esta vez, para siempre.

Me quedé solo en la habitación con la mirada perdida en el techo y por un momento, recordé cada sueño que seguía teniendo, aunque el de estos días fue diferente. Corría tras ella, tras Mia, pero una neblina se interponía y al desaparecer, la que estaba frente a mí era Lidia, la alcancé y no se alejó, a eso me aferraría, a saber, que hasta un sueño me decía que era ella.

Estaba a punto de quedarme dormido cuando la puerta se abrió y mi amigo Jon entró en la habitación, se acercó a mí y sin decir nada, me abrazó. Me había pasado con él y solo estaba cuidando de su hermana, yo en su lugar haría exactamente lo mismo, cuidaría a mi princesa de cualquier estúpido que intentase hacerle daño.

—Eh, hermano, ¿cómo te sientes? —se interesó al separarse.

—Bien, muy bien, más que bien —respondí y soltamos una carcajada.

—¿Y a qué se debe tu más que bien?

—A tu hermana. —Frunció el ceño.

—Ahora sí que me he perdido —aseguró.

—Y yo, lo tengo más claro que en toda mi vida, Jon —sostuve sin borrar la sonrisa de gilipollas—. Por fin me doy cuenta. Amo a Lidia, Jon, me enamoré de ella incluso antes de ir a California y no lo he sabido hasta ahora, hasta que volví a verla —declaré y mi amigo negaba incrédulo.

—No te creo, Sam, tú solo amas a Mia, esa chica te ha lavado tanto el cerebro, que te tiene alelado —expuso con altanería.

Siempre se ponía así cuando hablaba de Mia y no me sorprendía, yo sabía que la odiaba, nunca dejó de hacerlo.

—Créeme, Jon, estoy enamorado de Lidia, la amo y voy a luchar por ella.

—No harás nada, Sam… Aléjate de ella. No quiero que vuelva a sufrir por ti —sentenció—. Además, tú estás así por el embarazo, no porque la quieras de verdad —escupió y eso me cabreó, pero estaba tan feliz que no me pelearía con él, por lo menos no ahora.

—Pues te equivocas y haré que te tragues tus palabras «hermano» —expresé esto último levantando los dedos en forma de comillas.

Dicho eso, se dio la vuelta y se marchó dejándome solo y cabreado, porque sí, me había cabreado tanto que me habían entrado ganas de levantarme de la cama y pegarle un puñetazo por bocazas. ¿Por qué no puede creerme sin más? ¿Acaso piensa que es imposible que ame a su hermana? A veces Jon se equivocaba y esta era una de esas veces.

Decidí que el día acabase y me obligué a cerrar los ojos para dormirme, con suerte la noche no sería muy larga y en pocas horas estaría en casa con ella.

Por la mañana me desperté temprano, la desesperación por salir de aquí me hizo madrugar, comencé a vestirme sin esperar siquiera el alta del médico, le esperaría preparado para salir corriendo. Minutos después, mi padre junto con Lidia entró y me saludaron con una sonrisa al verme ya preparado.

Me levanté de la cama y después de darle un abrazo a mi padre, me acerqué a ella y le di un corto pero dulce beso en los labios. No se lo esperó, incluso mi padre abrió los ojos sorprendido, era justo ese gesto el que esperaba de él.

—¡Vaya! —exclamó mi padre y reí por su ocurrencia.

—¡Sí, vaya! —le siguió Lidia y volví a besarla.

En ese momento el médico llegó con los papeles del alta y después de leerlos casi con prisas, salimos por fin del hospital. Me estaba asfixiando o también podrían ser las ganas que tenía de poder declararle por fin a Lidia lo que sentía. Aunque tenía miedo, miedo al rechazo, a que no me creyera, a perderla por culpa de mi mala cabeza. No sabía si merecía su amor, si me la merecía y quería luchar por ella, quería luchar por tener un futuro juntos.

Antes de aquella noche, mi sueño era convertirme en el mejor médico del mundo, pero ahora mi sueño era ella, estar con ella por siempre y para siempre.

Ya en el coche, estábamos los dos en el asiento de atrás. Lidia me miraba de reojo, ni siquiera se atrevía a cruzar su mirada con la mía y me hacía gracia su manera de evitar cualquier contacto conmigo, aunque no se lo iba a poner nada fácil.

—Sam, por favor… me estás poniendo nerviosa. ¿Te pasa algo? —asentí sin borrar la sonrisa.

—Sí, claro que sí, pero ya lo sabrás, preciosa.

Sonrió, sí que lo hizo, por fin conseguí arrancarle una preciosa sonrisa que hacía que se viera incluso más hermosa de lo que ya era. No podía apartar mis ojos de ella y a cada tiempo se sonrojaba y se perdía en el camino. Estaría conmigo, sí que lo estaría y lucharía de por vida para hacerla feliz como ella se merecía.

CAPÍTULO 28

Llegamos a la casa y nos bajamos del coche. Lidia caminó delante, pero cogí su brazo y entrelacé nuestros dedos necesitado de ella. Miró nuestras manos y me la soltó nerviosa… Los nervios se metieron en mi cuerpo y el miedo a perderla me aniquiló por completo, cambié la expresión de mi cara y ella se dio cuenta, pues esta estaba llena de tristeza.

Entramos en la casa y mi hermana corrió a mi encuentro a la misma vez que mi madre, me abrazaron las dos como si llevaran años sin verme, la besé en la cabeza y a mi madre en la mejilla.

—Hijo, ven, descansa —propuso mi madre llevándome al salón, bueno, más bien arrastrándome.

—Mamá, mamá. —Suspiré—. No necesito descansar. Estoy bien.

—No mientas, Samuel Jones. —Soltamos una carcajada y al final tuve que hacerle caso.

Me senté en el sofá, mis padres sabiendo que Lidia y yo teníamos que hablar, se marcharon al jardín y nos dejaron solos. Mi chica no sabía qué hacer, seguía de pie, aunque yo sabía que las piernas la estaban matando y el peso de su vientre no ayudaba a que eso no pasara. La insté a que se sentara a mi lado y negó, cosa que me dolió aún más. Tenía que currármelo más si quería que me escuchara y lo que es peor, que me creyera.

—Siéntate, Lidia, por favor —pedí cauteloso—. Sé que estás cansada, así que ven, siéntate.

Agachó la cabeza y arrastrando los pies caminó en mi dirección y se sentó a mi lado, aunque no todo lo cerca que la quería, pero al menos me hizo caso en algo. Mi mano buscaba la suya, mis labios buscaban los suyos, pero estaba tan lejos de aquí, cerca en cuerpo y lejos en alma. ¿Qué pasaba? ¿Por qué no me miraba? Entonces decidí coger el control y acercarme yo a ella, no iba a dejar que se alejara. Cogí su mano y besé el dorso de esta mientras la miraba. Nos perdimos en nosotros, aunque ella no lo sintiera así, yo sí que lo sentía, porque cuando estábamos cerca, juntos, éramos solo ella y yo. Solo Lidia y Samuel, solo nosotros.

—Sam, por favor, no sigas —manifestó al tiempo que cogía sus mejillas y pegaba nuestros labios en un beso lleno de promesas, donde yo quería que sintiera mi amor por ella, pero se separó y se levantó alejándose de mí—. ¡No! ¡No, Sam! ¿Por qué lo haces más difícil? Tú y yo no podemos estar juntos, tú no me quieres, Sam.

—Tienes razón —hablé mientras me levantaba e intentaba acercarme a ella, pero no me dejaba hacerlo—. No te quiero, te amo, Lidia. —Abrió los ojos a la vez que las lágrimas rodaba por sus mejillas—. Siempre te he amado, pero no lo he sabido hasta ahora.

—Tú no me amas, Sam, es solo un espejismo que el embarazo te está poniendo. —Negué riéndome y se cabreó—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú, preciosa…

—Deja de llamarme preciosa, Sam. Céntrate.

—No puedo cuando te tengo cerca —aseguré caminando de nuevo hasta ella y esta vez no se apartó.

Este era el momento de declararle el amor que sentía por ella, de cómo poco a poco fue entrando en mi vida, en mi corazón, quedándose, aferrándose y de cómo ya no tenía voluntad

para echarla de mi vida y no amarla como lo hacía. Puede que me haya vuelto loco y puede que ella tenga mucho que ver en eso, pero todavía no lo sabía. La estreché entre mis brazos, mirándola a los ojos, rozando mis labios con los suyos, arrancándole un pequeño gemido desde lo más profundo de su pecho, cosa que hizo que mis piernas flaquearan y quisiera hundirme en ella por horas.

—Sam, no lo hagas más difícil. Tú tienes que cumplir tu sueño, ese que tanto deseas tener —expresó en un susurro.

—Mi sueño eres tú, Lidia, siempre fuiste tú y es ahora cuando me doy cuenta de que te amo. —Unas lágrimas involuntarias salieron de mis ojos y ella me las secó—. Sé que fui un estúpido, un inmaduro, un gilipollas… Cuando veas que me paso me paras, por favor. —Sonrió y la besé con dulzura.

Estaba en casa cuando ella estaba conmigo, cuando la tenía entre mis brazos, me sentía en mi hogar. Ella era mi hogar…

Se separó de mí unos milímetros y nos sentamos en el sofá de nuevo, pero esta vez más cerca el uno del otro, cogí su mano y la llevé a mis labios para besarla. Lidia comenzó a llorar y la estreché contra mi pecho, no quería verla así, no quería que derramara ni una lágrima más a no ser que fuese de felicidad o de risa.

—No llores, por favor. Me mata verte así.

—Es que no puedo creerlo. Tú, Samuel Jones, el chico que siempre estuvo en mi mente, en mi corazón, ¿enamorado de mí? ¿En serio? Nunca pensé que lo iba a lograr, siempre supe que volverías con ella y no conmigo —explicó entre sollozos.

—Pues créetelo. Me enamoré de ti y creo que fue desde que probé tus labios, ahí supe que no tenía voluntad para dejarte, pero no me daba cuenta hasta qué punto entraste en mi vida. Hoy sí lo sé y quiero estar contigo, si tú me dejas. —Mi voz comenzó a salir entrecortada, llena de temor, un temor que no lograba sacar de mi pecho, que me estaba ahogando.

Lidia cogió mis manos y las puso en su vientre donde nuestra hija se estaba formando y ahí no pude retener las lágrimas y así, acariciando a mi pequeña, la besé, besé sus labios con todo el amor que podía sentir por ella, haciendo que el odio y el rencor que estaba acaparando todo mi ser se esfumara de un plumazo y llenando mi pecho de ella, solo de ella.

—Te amo —susurré con nuestros labios aún pegados.

—Yo también te amo, Sam, y siempre, siempre lo haré, aunque nuestras vidas se separen. —La apreté aún más.

—Nunca me perderás.

Días después

Estos dos días junto a ella fueron los más increíbles de toda mi vida. Por fin era feliz, por fin encontraba la felicidad gracias a Lidia, a esa chica hermosa con una sonrisa angelical y oscuros ojos. Esa que entró sin previo aviso y que consiguió quedarse en mi interior para el resto de mi vida.

Nunca iba a olvidar a Mia, eso sería algo imposible pues ella era mi primer amor y aunque Lidia fuera la dueña de mi corazón, Mia seguía teniendo su hueco. Ella me hizo daño, mucho daño, y aunque no sabía los motivos que la llevaron a dejarme, cosa que no quiso decirme jamás, la respetaba. Entonces dio paso a que otra chica me hiciera olvidar el infierno que viví al

escuchar de sus labios que no me quería.

Jon seguía cabreado conmigo y ahora también lo estaba con su hermana, pero nos daba igual, nosotros nos amábamos y queríamos estar juntos, quisiera él o no.

Me levanté gracias al despertador, eran las ocho de la mañana. Y diréis, ¿para qué tan temprano si estás de vacaciones? Pues muy fácil, hoy era el cumpleaños de mi amor y cumplía dieciocho, quería llevarle el desayuno a la cama.

Miré a mi izquierda, estaba dormida plácidamente, su cabello largo y negro reposaba en mi almohada, los labios entreabiertos y rosados, era hermosa y una maravilla de contemplar. Verla aquí en mi cama era algo que jamás imaginé, aunque ya dormimos juntos, ahora era diferente, ahora nos amábamos con todas nuestras fuerzas.

Bajé la mirada al vientre y me acerqué para besar a mi hija, parece que me sintió porque comenzó a moverse y me hizo feliz saber que me reconocía. Tenía miedo, mucho miedo de no ser un buen padre, éramos demasiado jóvenes, pero juntos lograríamos cualquier cosa. Me levanté de la cama y salí de la habitación para dirigirme a la cocina. Cuando entré, Jon estaba sentado en un taburete, conversando con mi madre con una taza entre sus manos, fruncí el ceño y él me miró apenado.

—Buenos días —dije secamente.

—Hola, hermano —pronunció Jon y volví a mirarle.

—¿Hermano? No, Jon, hace dos días que me dijiste que no éramos hermanos, ¿no lo recuerdas? Porque yo no puedo olvidarlo —expresé cabreado. ¡A la mierda el buen humor!

Flashback

Lidia y yo estábamos en el sofá, besándonos, cuando vino Jon y a pleno pulmón nos gritó de todo, me separé de Lidia y me acerqué a él para encararle. No iba a dejar que insultara a su hermana.

—¿Qué cojones te pasa? —pregunté señalándolo con un dedo.

—¡No, Sam! ¿Qué coño haces tú con mi hermana? ¡Te dije que te alejaras de ella! —gritó fuera de sí.

—Eso lo decidiré yo, ¿no crees? —pronunció Lidia levantándose y poniéndose a mi lado, cogió mi mano y entrelazó nuestros dedos, cosa que a Jon no le gustó para nada y nos lo hizo saber.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres que vuelva a hacerte sufrir? Ahora no pienses solo en ti, piensa en tu hija, esa que verá a su madre llorando por las esquinas porque su padre no la quiere. ¿De verdad es eso lo que quieres? —Me acerqué a él y sin decirle nada, le pegué un puñetazo.

Ya estaba harto de escucharle decir eso, solo pedía que confiara en mí, aunque le costara creerlo amaba a su hermana y lo iba a demostrar. Jon se tambaleó, pero no cayó al suelo, tocó su labio y se secó la sangre que brotó con el golpe, me miró con odio y me dijo:

—Está bien, haced lo que os dé la gana… Luego no vengas a llorarme porque no estaré y tú y yo, ya no somos hermanos, no volveré contigo a California.

Después de eso, se marchó dejándonos completamente sorprendidos, Lidia se abrazó a mí y comenzó a llorar. La calmé como pude y juré que serían las últimas lágrimas que derramaba.

—Lo siento, Sam… En serio, estoy arrepentido de todo lo que os dije —se disculpó y suspiré.

—¿Por qué no puedes confiar en mis sentimientos hacia tu hermana? Yo la amo, Jon, y lo

único que quiero es hacerla feliz y ser feliz con ella.

Mi madre nos miraba como si estuviera en un partido de tenis, pero en ningún momento se metió y mucho menos se fue, tampoco quería que lo hiciera.

—Lo sé, me ha costado creerte y te pido perdón por ello, pero entiéndeme, Sam, es mi hermana y no quiero que sufra. Ahora sé que contigo será feliz —asentí y me acerqué a él para darle un abrazo—. ¿Esto significa que volvemos a ser hermanos?

—Nunca dejamos de serlo, no para mí, al menos. —Soltamos una carcajada y mi madre se levantó con lágrimas en los ojos y nos abrazó.

—Estoy muy orgullosa de en lo que os habéis convertido, chicos. Sam, me alegro de que por fin seas feliz, hijo, pensé que nunca lo lograrías y quiero a Lidia por hacer que esto pase —expresó mi madre y los dos le dimos un beso en cada mejilla.

Comencé a preparar el desayuno de Lidia y cuando lo tuve listo, comencé a subir las escaleras con Jon tras de mí, él no entraría hasta que yo no se lo dijera. Cuando entré en la habitación seguía igual que cuando me fui, la misma postura y sonreí como un tonto al verla así y darme cuenta de todo lo que la amaba. Mi corazón latía tan fuerte, que se me saldría del pecho en cualquier momento y todo por ella, por Lidia, por mi Lidia.

CAPÍTULO 29

Caminé con la bandeja entre mis manos hasta que llegué a la cama, me senté a su lado y acariciando su cabello, me acerqué y le di un casto beso, provocando una sonrisa matadora de su parte. Abrió los ojos y los llenó de felicidad al ver la bandeja con tostadas, zumo, fruta y una rosa blanca, que simbolizaba mi amor por ella.

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo mi amor, cumpleaños feliz. —Besé sus labios —. Aún no tengo velas para que soples, pero eso será después.

—No quiero ninguna fiesta, Sam —afirmó incorporándose en la cama.

—¿Por qué no? —pregunté con el ceño fruncido.

—No está mi madre y encima Jon no quiere ni verme. ¿Crees que voy a estar bien así? No puedo. —Suspiró y acaricié su mejilla.

—Bueno, lo de tu madre es algo que ya no tiene arreglo, pero Jon… Ese cabrón te adora y seguro que viene a felicitarte.

—¿Tú crees? —asentí con una sonrisa—. Te quiero, Sam, eres el mejor y doy gracias por tenerte a mi lado —declaró y la besé con desesperación, olvidándome que mi amigo estaba fuera escuchando y hasta viendo todo.

Escuchamos un carraspeo y nos separamos de golpe, miramos de dónde provenía el sonido y vimos a Jon que nos miraba con una sonrisa. Lidia pegó un brinco y corrió hasta su hermano emocionada, no se lo esperaba, lo abrazó y besó y en este momento era feliz.

—No te esperaba, Jon —gimoteó Lidia y Jon secó sus lágrimas.

—No me perdería tus dieciocho cumpleaños por nada del mundo —afirmó.

Dejamos que Lidia desayunara tranquila mientras que Jon y yo, hablábamos de mil cosas en las que Lidia era la completa protagonista. Jon me dio su confianza y por fin se dio cuenta del amor que sentía por su hermana. Una hora después, estábamos en el jardín junto a mis padres, hicimos una barbacoa e invitamos a Mell. Tenía muchas ganas de verla y así pasamos la tarde, entre familia. Las horas pasaron y estábamos muy animados, tanto que eran las once de la noche y Jon seguía con sus chistes malos. Era para ahogarlo en la piscina.

—¿Qué le dice una silla rica a una silla pobre? —preguntó Jon en un intento de hacer un chiste bueno. Todos negamos sin saber qué responder—. Pobrecilla. —Lidia y yo nos miramos y de pronto escuchamos una gran carcajada.

Mi madre se estaba desternillando y eso me hizo más gracia que el chiste de Jon. Ahora por culpa de ella, se piensa que nos hace gracia y no parará.

Yo no me separé de Lidia en ningún momento, no podía hacerlo. Además, tenía una sorpresa, algo que nadie se esperaba, algo que haría que nuestro amor se sellara por completo. Me había costado tanto reconocer lo que sentía, darme cuenta de que me había enamorado de ella que, ahora, en este momento, solo quería estar con ella y no dejarla nunca más. Entonces pensé que había llegado el momento, me levanté y miré a mi padre, haciéndole una señal para que me acompañara.

—Ahora vuelvo, preciosa —dije con una sonrisa. Le di un beso y caminé junto a mi padre a la cocina.

Cuando estuvimos solos, mi padre me extendió el anillo y lo miré emocionado… No podía creérmelo, le pediría matrimonio a Lidia, era tan extraño, me sentía tan bien. Ayer le pedí a mi padre que fuera a comprarlo y cuando le dije lo que pensaba hacer, se sorprendió y me dio su opinión.

Flashback

Estaba con Lidia en la cama a punto de dormirnos. Bueno, ella ya lo estaba. La miré y acaricié su cabello negro, deslizando mis dedos hasta abajo, donde terminaba su espalda, tenía el pelo muy largo. Mi corazón se aceleraba y era algo nuevo, algo que antes no sabía qué significaba, pensaba que era algo diferente, que no era amor. Pero no, yo estaba equivocado y ahora que lo sabía, quería estar con ella y ser feliz de una vez con alguien que sí merecía la pena, alguien como Lidia. Entonces una idea cruzó mi mente y aunque era algo precipitado, lo necesitaba hacer y que haría...

Me levanté con la intención de buscar a mi padre y hablar con él, no para pedirle permiso, pues ya era mayorcito para hacer con mi vida lo que me plazca, pero sí necesitaba decirle algunas cosas. Salí de mi habitación y bajé las escaleras sabiendo que lo encontraría viendo la televisión. Al llegar, lo confirmé, ahí estaba recostado en el sofá viendo un programa de motos, cosa que le encantaba y que hacía tiempo no veía con él. Echaba de menos esos momentos. Mi padre se dio cuenta de que alguien estaba cerca y miró en mi dirección.

—Hola, campeón. ¿Aún despierto?

—Sí, no podía dormir.

—¿Y qué es eso que no te deja dormir? —preguntó sabiendo que había algo, le sonreí afirmando.

—Quiero casarme con Lidia y necesito que me ayudes. —Mi padre abrió los ojos sorprendido—. Papá, no me mires así, por favor, parece que no estés de acuerdo.

—No es eso, Sam, pero… es que es muy pronto, ¿no crees? Además, sois muy jóvenes.

—Sí, papá, es muy pronto, pero quiero hacerlo, necesito hacerlo. Yo la amo y solo quiero pasar el resto de mi vida con ella —asintió y poniendo su mano en mi hombro me sonrió y ahí supe que tenía su apoyo.

Concretamos en que él iría a comprar un anillo y el día de su cumpleaños se lo pediría. Nadie más sabía nada y era lo mejor, prefería que todos se llevaran la sorpresa de lo que quería hacer.

Aunque mi padre me dio su apoyo, no dejó de decirme lo que pensaba y me replanteó la vida que yo quería, pero le respondí que no quería esa vida si eso conllevaba no estar con Lidia, así que no le quedó otra que respetar mi decisión.

Seguíamos en la cocina y estaba muy nervioso. ¿Y si me decía qué no? ¿Qué haré si eso pasa? No pensé más en ello, ya estaba todo listo, mi padre pondría la música y yo saldría directo hacia ella para sacarla a bailar y después pedirle matrimonio… Estaba muy nervioso y deseaba que todo saliera perfecto, tal y como lo pensamos. Mi padre salió y me dejó en la cocina, cogió el portátil, conectó los altavoces, buscó la canción, le dio al *play* y la música comenzó a sonar. **DMEI- *Amor sin ti***. Elegí esta canción porque explicaba lo que sentía por ella y se lo haría saber.

Salí de mi escondite y me dirigí hasta ella, que me miraba con los ojos vidriosos, reteniendo las ganas de llorar. Jamás hice esto con ninguna chica, ni con Mia y eso solo quería decir que sí,

Lidia me hizo olvidarla, llegando hasta mi alma, mi corazón y de ahí no saldría nunca. Extendí mi mano y me la agarró sin pensarlo, la pegué a mi cuerpo, todo lo que el vientre la dejaba y sonreí al ver que era poco. Mis brazos rodeando su cintura, los suyos rodeando mi cuello, armando el mejor puzle, el que no le faltaba ninguna pieza, porque estábamos al completo. Lidia no pudo aguantar la emoción y las lágrimas brotaron de sus ojos, haciéndolos más hermosos de lo que ya eran, entonces la besé como el que besa por primera y última vez. Siempre durante el resto de mi vida, la besaría así, con amor, con pasión y deseo. Antes de que la canción terminase, la solté y me arrodillé ante ella, provocando la sorpresa en todos los invitados. Lidia no lo podía creer, aunque realmente nadie podía.

—Lidia —pronuncié nervioso y sonrió—. Esto es difícil, pensé que no me pondría tan nervioso. —Todos soltaron una carcajada—. Desde que llegaste aquella noche a esta casa con lágrimas en los ojos, sentí que mi vida estaba conectada con la tuya. Cuando me besaste, aun sabiendo que mi corazón le pertenecía a otra persona, me hiciste saber que jamás podría separarme de ti y fue verdad, no puedo hacerlo —expresé casi tartamudeando—. Nunca supe lo que sentía por ti, estaba tan cegado por el recuerdo de un amor que realmente me tenía atrapado y que no iba a ninguna parte. Tú, con esa luz que desprendes y con felicidad, me hiciste borrar todos los malos recuerdos que tenía, haciendo que me enamorara de ti. —Escuchamos un «ohh», pero no miré quién fue, sabía a ciencia cierta que había sido mi madre.

Lidia no sabía qué hacer, estaba nerviosa, emocionada, y yo, yo estaba algo más que nervioso, pero aun teniendo miedo a su rechazo, me armé de valor y seguí declarándole mi amor.

—Por todo eso, solo me queda pedírtelo: ¿Quieres casarte conmigo? —Expulsé todo el aire que estaba reteniendo cuando lo solté por fin.

Lidia no decía nada y ya no sabía si era por la emoción o porque realmente no quería casarse conmigo. Yo seguía sin soltarle las manos que le temblaban. ¿O era yo? Seguro que era yo.

—Dime algo, por favor —supliqué y se arrodilló delante de mí.

—¿Tú qué crees, Samuel Jones? —preguntó pasando sus dedos por mi pelo—. Claro que quiero casarme contigo, no deseo otra cosa en toda mi vida… Te amo.

Y cuando dijo eso, le puse el anillo y todos comenzaron a apLidiadir. Cogí sus mejillas con ambas manos y la besé con la desesperación de hacerla mía de una santa vez, porque sí, ella era mía y siempre lo sería.

Lidia, una adolescente alocada, que a cada tiempo que me veía me sacaba los colores por sus piropos, sabía que yo le gustaba, pero no lo que sentía por mí. Y una noche, esa noche perfecta, entró tanto en mi casa como en mi vida, quedándose en ese hueco que aún tenía vacío a la espera de esa persona que me ayudase a olvidar a la chica que me hizo daño, a esa pelirroja que, sin querer, me enamoró y tiró como un trapo.

Esa era Lidia, la chica de mis sueños, la de mi vida, la que se quedó con todo lo que sentía… Mis miedos, mi incertidumbre, mis recuerdos, con todo se quedó para llenarlo ella con su luz. Por fin sabía quién era la chica a la que perseguía en cada sueño y la que tenía frente a mí en cada despertar, era ella, era Lidia, era… Mi destino.

Meses después

Habían pasado ya tres meses y yo seguía en Málaga, aunque no tenía pensamiento de volver, al menos no por ahora. Lidia y yo decidimos mudarnos a su casa, ya que arreglaron los papeles y

pudo ponerla a su nombre, con la autorización de Jon, claro está.

En este momento me encontraba preparando algo para comer, Lidia se sentía mal desde ayer y no era para menos, ya nuestra pequeña tenía que haber nacido, pero se estaba haciendo de rogar. Durante este tiempo, arreglamos su habitación con mucho entusiasmo y ya estaba todo preparado para su llegada.

—¡Sam, Sam! —Escuché de pronto cómo Lidia me llamaba a pleno pulmón y salí corriendo a su encuentro.

Al llegar me asusté, pues la sangre rodaba por sus piernas y se quejaba de un fuerte dolor. Sin pensármelo dos veces, la cogí en brazos y la llevé hasta el coche para ir al hospital de inmediato.

No tardé ni quince minutos. Cuando estaba en la puerta de urgencias, un enfermero salió con una silla de ruedas y se la llevaron a toda prisa… Corrí tras ella, pero no me dejaron pasar y tuve que esperar en la sala de espera. Odiaba tener que esperar, estar aquí por horas sin que nadie se dignara a darte noticias a menos que le preguntes. Decidí llamar a mis padres y a Jon, aunque a él solo podía informarle, ya que se fue a California con Valeria y vivían juntos. Mi amigo había encontrado a la mujer indicada, estaban muy enamorados.

Veinte minutos, veinte largos minutos en los que la desesperación estaba llegando al límite. Iba a ir a buscar a cualquiera que me pudiera decir lo que fuese, estaba harto de esperar. Entonces mis padres llegaron y me sentí un poco mejor, al menos ya no estaba solo.

Una hora, una maldita hora había pasado y un médico salió a buscarme para que entrara a la sala de partos. Mi cuerpo comenzó a temblar y mi corazón latió eufórico, conforme me iba acercando donde estaban Lidia y mi hija. Era padre, tenía una hija, una princesa por la que luchar toda mi vida. Llegamos a la habitación y al entrar, vi la estampa más perfecta que había visto en toda mi vida. Lidia tenía a nuestra hija entre sus brazos y le daba besos en la frente.

Caminé despacio, para no hacer ruido y así no interrumpirlas, pero Lidia siempre sabía que yo estaba cerca con solo percibir mi olor, entonces levantó la cabeza clavando sus ojos en mí, en ese momento pude reaccionar y comencé a llorar, eran lágrimas de alegría, de orgullo y tenerlas cerca, bien y felices. Ese sería mi trabajo por el resto de mi vida.

Me acerqué hasta ellas y cuando la tuve todo lo cerca que se podía, me puse a su altura y la besé con fervor… Lidia en poco tiempo me había dado todo sin pedir nada a cambio, me había dado un hogar, una familia por la que luchar y siempre le estaría agradecido.

—Te amo, preciosa —declaré secando sus lágrimas con la yema de mis dedos.

—Te presento a Noa… Tu hija.

—Eres la niña más hermosa que he visto en toda mi vida —susurré mirándola embobado y acercando mis labios a su frente.

Era esto lo que necesitaba, alguien que me ayudara a olvidar, a ser feliz y ahora era inmensamente feliz, como jamás pensé.

—Gracias —dije.

—¿Por qué?

—Por no rendirte…

EPÍLOGO

Diez años después

—¡Noa! ¡Noa! —grité desde el piso de abajo.

Teníamos prisa, era la fiesta de padres e hijas en el colegio y ella era igual que mi madre, con tan solo diez años, mi hija era demasiado coqueta. Lidia se acercó por detrás y besó mi hombro, pero la agarré por la mano y la puse justo delante de mí para poder besar sus labios. ¡Dios!, cuánto me encantaba su boca, tan carnosa, rosada y cómo la chu… Mejor dejo los pensamientos obscenos para más tarde.

Éramos muy felices, como siempre quise. Cuando Noa nació nuestras vidas se llenaron por completo y no necesitábamos nada más. Aunque Lidia siempre tuvo la duda de que yo no era feliz, ya que renuncié a mi sueño de ser médico por ellas, pero no, no era así. Es verdad que dejé atrás la vida que yo tenía planeada a conciencia, es verdad que todo estaba calculado para ser el mejor, pero esa vida no la quería sin ellas, así que no me arrepentía del paso que di. Soy feliz.

Un año después de convertirnos en padres, decidimos mudarnos de nuevo a California, pues yo estaba trabajando con mi padre en su empresa; esta se dedicaba a comprar hoteles y era una de las más importantes en el mundo. Quería poner una oficina en California, así que nos vino como anillo al dedo.

Ya en California nos casamos en una boda sencilla, sin nadie, solo ella y yo. Nos dimos el sí quiero. Mis padres se cabrearon conmigo por no haberles avisado, pero nos dio igual. Jon también quería haber estado; él, al acabar su carrera al igual que Valeria, se mudaron a Nueva York, allí le ofrecieron un trabajo en un hospital. Me sentía feliz por él, mi hermano encontró lo que tanto buscaba.

—¡Puag, qué asco! —exclamó nuestra pequeña monstruito obligándonos a separarnos.

—¡Noa, al fin estás lista! ¿Pensabas ponerte un vestido de gala? —pregunté acercándome a ella para hacerme cosquillas.

—Para, papi.

—De eso nada, siempre que tardes en arreglarte una hora, tu castigo serán las cosquillas.

Lidia se puso delante de mí y comenzó a arreglarme la corbata. La noté rara y su expresión con el ceño fruncido me decía que algo le pasaba, pero le quité importancia y besé sus labios antes de que terminase. Ya teníamos que salir, pues la fiesta comenzaba en menos de una hora.

—Ten cuidado, cielo —susurró y la miré a los ojos.

—Eh, ¿qué ocurre?

—Nada, es solo que siento algo extraño, como un mal presentimiento, pero seguro que son cosas mías. No te preocupes —asentí y la besé de nuevo para después salir de casa junto con mi princesa.

Me había quedado en trance, pensando en todo lo que habíamos vivido, en lo que nuestras vidas habían cambiado y lo feliz que era con todo. Miré a mi hija, esa preciosa niña que me enamoró solo con sentirla en el vientre de su madre y que tanto se parecía a ella, aunque con la excepción de que tenía mis ojos, azules como el mar. Era preciosa.

Salimos de casa y nos montamos en el coche para ir a la escuela de mi hija.

Llegamos al St Paul School y aparqué; al salir del coche, cogí la mano de mi hija y

caminamos hacia la entrada. Noa comenzó a saludar a sus compañeras y se fue directa a un niño de su edad.

Entramos al centro, mi pequeña estaba con su compañero, sentados el uno al lado del otro y me hizo recordar algunos momentos de mi pasado, esos que hacía tiempo que los tenía guardados en un lugar muy lejano dentro de mi cabeza, tanto, que jamás los volví a sacar, hasta hoy.

El salón de actos estaba a rebosar de padres, muy orgullosos y sonriendo, viendo a sus hijos hacer su función.

Cuando le tocó a mi princesa, el pecho se me encogió al verla allí arriba, tan preciosa y perfecta, tocando el violín junto con su compañero que tocaba el piano. Sentí cómo alguien se sentaba a mi lado y una brisa de perfume me hizo cerrar los ojos, desconcentrándome por completo. Me giré para saber quién era ella y cómo es que había una madre, pero no veía muy bien, la luz era tenue y las gradas estaban en completa oscuridad. Al escuchar el estribillo de la música, volví a centrarme en mi hija y cuando acabó, me levanté a la vez que todos a mi alrededor y empezamos a aplaudir eufóricos. Las luces se encendieron y la vi. Ella me vio. Nuestras miradas se quedaron enganchadas, como nos mirábamos antes de que nuestras vidas se alejaran. Reviví recuerdos dolorosos y preciosos, pero recuerdos, al fin y al cabo.

Dicen que el destino puede ser caprichoso, no siempre es lo que esperas, ni siquiera por mucho que luches para conseguir el objetivo en nuestra vida. Siempre pensé que me esperaba una vida con ella, besando sus labios, acariciando su mejilla y declarándole mi amor a cada minuto. Pero mi destino cambió hace diez años y por nada del mundo dejaría que cambie de nuevo. Mia ya no lo era, ya no era la chica de la cual me moría… Mia ya no era mía y yo, yo no sería suyo nunca más.

Entonces, sin decirle nada, me giré para salir de aquel cubículo que, con todo lo grande que era, se me estaba haciendo demasiado pequeño para estar los dos en un mismo lugar. No sabía con exactitud cuál fue su gesto al ver cómo me alejaba, pues ni siquiera me di la vuelta para comprobarlo.

Busqué otro lugar donde sentarme y me obligué a olvidar que estaba en el mismo sitio que yo. Así pasé lo que quedó de fiesta, alejado de ella como me había pedido hacía años. Cuando por fin terminó, cogí a mi hija de la mano y nos montamos en el coche con una sonrisa. Había sido una actuación de diez y estábamos muy contentos.

Al llegar a nuestro hogar, Lidia estaba en la cocina preparando la comida. Me acerqué a ella y la abracé tan fuerte como pude y me permitía, no le extrañó dado que siempre lo hacía. Besé sus labios con amor, esa pasión que sentía por ella, por la mujer que tenía entre mis brazos, a la que amaba con todo mi corazón y que no dejaría de amar por mucho que el destino quisiera jugar conmigo. Tan solo tenía un destino y elegí a Lidia como mi compañera de viaje… bueno, y nuestra pequeña princesa.

FIN